

Un secreto en mi colegio

ANGÉLICA DOSSETTI



ZIG-ZAG NOVELA

UN SECRETO EN MI COLEGIO

ANGÉLICA
DOSSETTI

ILUSTRACIONES DE
CAROLINA SAVARD



Viento Joven

E-I.S.B.N.: 978-956-12-2692-0.

1ª edición e-book: abril de 2014.

en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización de su editor.

Gerente editorial: José Manuel Zañartu Bezanilla.

Editora: Alejandra Schmidt Urzúa.

Asistente editorial: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira Lorca.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 2009 por Angélica Dossetti Calderón.

Inscripción N° 181.747. Santiago de Chile.

© 2009 de la presente edición

por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Derechos exclusivos de edición reservados por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono 56 2 28107400. Fax 56 2 28107455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Domingo 1 de junio](#)

[Miércoles 4 de junio](#)

[Jueves 5 de junio](#)

[Sábado 7 junio \(en la mañana\)](#)

[Lunes 9 de junio](#)

[Martes 10 de junio](#)

[Miércoles 11 de junio \(en la madrugada\)](#)

[Miércoles 11 de junio \(05:00 A.M.\)](#)

[Jueves 12 de junio](#)

[Viernes 13 de junio](#)

[Sábado 14 de junio](#)

[Domingo 15 de junio](#)

[Lunes 16 de junio](#)

[Martes 17 de junio \(en la madrugada\)](#)

[Miércoles 18 de junio](#)

[Jueves 19 de junio](#)

[Viernes 20 de junio](#)

[Sábado 21 de junio](#)

[Domingo 22 de junio \(en la mañana\)](#)

[Domingo 22 de junio \(en la noche\)](#)

[Lunes 23 de junio](#)

[A las 23 horas del mismo día](#)

[Martes 24 de junio](#)

[Miércoles 25 de junio, a las seis de la mañana](#)

[Jueves 26 de junio](#)

[Viernes 27 de junio \(en la madrugada\)](#)

[Viernes 27 de junio \(después de almuerzo\)](#)

[Viernes 27 de junio \(en la noche\)](#)

[Sábado 28 de junio \(en la mañana\)](#)

[Domingo 29 de junio](#)

[Lunes 30 de junio](#)

[Jueves 3 de julio](#)

[Viernes 4 de julio \(en la madrugada\)](#)

[Lunes 7 de julio \(a las seis de la mañana\)](#)

[Lunes 7 de julio \(en la noche\)](#)

[Miércoles 9 de julio](#)

*hubiera
podido escribir.*

*A Fabián, que me regaló la
historia.
A Milton, a quien le he robado
un
pedazo de su vida.
A Álvaro, mi mentor.
A Francisca, por enseñarme día
a día
sobre los niños.
Sin ellos esta novela nunca se*

Domingo 1 de junio

No tenía muchas ganas de escribir de nuevo un diario de vida (o como sea que se llame lo que estoy haciendo). Me da un poco de vergüenza imaginar que mi mamá se tope con este cuaderno y se entere de esas cosas que no le quiero contar, pero que ella insiste en saber.

Me han pasado muchas cosas, algunas buenas y otras pésimas. A veces me encierro en mi dormitorio y me siento en el borde de la cama, agarrándome la cabeza, porque tengo la sensación que explotará con todos esos pensamientos que me vienen al mismo tiempo. En otras ocasiones me comunico por el chat con Ana (mi mejor amiga), aunque a veces me quedo con el sentimiento de que no me entiende. Por eso decidí escribir, pues me hace bien dibujar las palabras en un papel (a pesar de tener una letra horrible) y así después poder leer lo que escribí para que no me parezca tan terrible.

Como hace casi un año que no escribo, partiré haciendo un resumen:

Familia. Nunca pensé que algún día lo escribiría: no sé cómo ni por qué, pero ahora pertenezco al grupo de “hijos de padres separados”; sí, eso, mis papás se separaron en febrero.

Todo fue un gran drama; primero, esa pareja, que siempre se estaba riendo y haciéndose cariños, se comenzó a distanciar. Al principio no le di importancia al tema; supongo que los amigos y el colegio no me dejaron tiempo para pensar en que podía estar sucediendo algo malo. Los primeros días de febrero estalló todo: cuando llegaba a casa del colegio siempre encontraba a mamá con cara triste, como si esa alegría que es tan de ella hubiera desaparecido por arte de magia, enojándose por cosas mínimas y retándome por todo. Papá llegaba cada día más tarde de sus

Sueño con un mundo en paz, que comience en las casas de cada niño, pase por el colegio, recorra las naciones y dé como resultado una existencia alegre, plena y confortable para todos los seres que habitan este planeta.

Ema S.

labores en el hotel: siempre decía que tenía mucho trabajo, pues el resort estaba lleno de turistas sudamericanos que no le daban respiro. Pero él también estaba extraño, discutía con mamá, se gritaban e insultaban todos los días. La paz, que antes solo era interrumpida por las mañanas de mi hermano Nico había desaparecido, y ya no se respiraba tranquilidad en ese lugar paradisíaco.

Una noche, a mediados de ese mes que quiero olvidar, permanecí despierta hasta tarde, porque tenía que entregar un trabajo de investigación al día siguiente en el colegio. Era cerca de la una de la mañana y, como me dio sed, salí de mi dormitorio para buscar una bebida; a medida que me acercaba a la sala, comencé a escuchar las voces de mis padres, que no discutían, pero se oían tristes. Me escondí detrás de una planta enorme que está a la entrada del pasillo que conduce a los dormitorios, sin que ellos se dieran cuenta. Mamá estaba sentada en el sofá y se veía como una niña indefensa, con el pelo desordenado, los ojos enrojecidos; sus manos inquietas destruían un trozo de papel; mi padre la escrutaba, de pie al lado del gran ventanal entreabierto que comunica la sala con la terraza. Apagó un cigarrillo en el cenicero atestado de colillas, respiró profundo y caminó hasta quedar frente a mamá.

—¿De verdad te quieres ir? —él se agachó y tomó una de sus manos—. Ella asintió con la cabeza. —¿Me darás otra oportunidad? —papá se sentó a su lado y la abrazó, pero mamá se paró apresuradamente, deshaciéndose de sus brazos.

—Ya no más —le dijo, con la voz entrecortada—. Hoy compré los boletos de avión para los tres, y nos iremos pasado mañana.

Mamá dio por terminada la conversación.

Mi partida de República Dominicana fue tan precipitada como nuestra llegada hacía más de dos años, cuando papá nos anunció su traslado y tuvimos que abandonar Chile para acompañarlo en su

nuevo puesto de gerente general en un resort de Punta Cana.

Me despedí de mis amigos con un nudo en el estomago. Recorrí cada centímetro del hotel tratando de grabar en mi memoria todos los detalles; me bañé en las cálidas aguas caribeñas intentando ahogar la pena que me demolía por dentro. Lloré tanto, que de mis ojos ya no salían lágrimas. Le rogué a mamá que no dejáramos a papá solo en un país extraño, pero ella no me escuchó. La sentí culpable de deshacer nuestra familia y no le hablé en tres semanas, hasta que ya nos habíamos instalado en un departamento a dos cuadras de la casa de mi abuela Normi, en Ñuñoa.

—¡Te odio! —le grité a mamá, la tarde en que entró a mi dormitorio para entregarme el uniforme del nuevo colegio.

—No me hables así, Ema —dijo, con voz calmada, que sentí cínica.

—¡Te odio y te voy a odiar toda la vida! —le grité nuevamente.

—No me faltes el respeto, Ema —me dijo, mientras acomodaba las ropas en mi armario.

—Por qué no, ¿acaso tú me respetaste cuando me obligaste a venirme a Chile? —le pregunté, irónica.

Mamá se sentó en mi cama, intentando hablarme, pero no pudo. Su cara se desfiguró, sus ojos se inundaron de lágrimas, que intentó ocultar, y lloró como nunca antes lo había hecho. En ese momento me arrepentí de todo lo que le había dicho, de las tres semanas en que la ignoré, de las veces en que le dije a Nico que ella era mala, porque nos estaba alejando de papá, de lo que pensé, y de lo que sentí. La abracé para que lloráramos juntas.

No sé por qué se separaron, ya que ambos no me lo han querido decir. Dicen que soy muy niña aún como para entender y, al parecer, les da lo mismo el hecho de que pronto cumpliré catorce años.

Aunque con papá chateo todos los días, lo sigo extrañando mucho. Lo que me consuela es que para las vacaciones de invierno

mi tía Paula, hermana de mamá, nos prometió a Nico y a mí llevarnos a Dominicana para estar con él.

Pololo. No tengo. Facundo, un compañero de curso en el colegio de Dominicana, fue algo así como un pololo, pero se quedó allá junto con mis mejores amigos: Ana, Pancho y Cecilia. Después de un mes viviendo en Chile, terminamos la relación por correo electrónico, porque Ana me contó que le estaba coqueteando a Antonieta, una compañera de curso con la que no nos tolerábamos.

Colegio. Entré al Colegio Americano, que queda súper cerca del departamento en que vivimos. No es como ese colegio estilo gringo en el que estudiaba en Dominicana, sino más bien el típico establecimiento chileno, pero me gusta.

Creo que tengo suerte, pues cuando mamá nos fue a dejar en nuestro primer día de clases, mientras nos despedíamos de ella en la entrada del colegio, pasó un chico corriendo, que se detuvo en la puerta y me quedó mirando.

—¿Ema? —me interrogó, al tiempo que sostenía una de las hojas de la reja.

—¡Milo! —exclamé y lo abracé, sin importarme que mamá me estuviera mirando con cara de bicho raro.

Milo y su hermano Diego viven frente a la casa de la Normi y nos hicimos súper amigos cuando pasamos las vacaciones de “verano-invierno” con Ana en Chile. También nos metimos en uno que otro lío de esos un tanto complicados, pero no me quiero acordar del tema.

Apenas pude reconocer a Milo; en este año y medio sin vernos creció de golpe y ya no es el chico bajito con cara de niño bueno. Ahora mide por lo menos diez centímetros más que yo, su piel abandonó el tono pálido que recordaba, porque, al parecer, había tomado todo el sol que pudo durante el verano y lucía un bronceado de esos que me dan envidia. Como soy súper blanca, no puedo tomar sol y, cuando lo hago, quedo tan roja como un tomate

y me veo más fea de lo habitual. Su pelo ondulado color castaño le caía desordenado sobre los hombros y su nariz respingada me hizo recordar a Facundo,

Al entrar a la sala de clases me llevé otra sorpresa: Sofía, la niña con la que también nos hicimos amigas en esas vacaciones, estaba en el mismo curso de Milo y yo. Sin querer, mamá me había matriculado en el colegio ideal, pues ya no me sentía huérfana de amistades.

Tratamientos dentales. Estoy usando frenillos desde abril. No me gustan estos alambres que me hacen doler mucho la boca; pero, como mamá dice que “para ser bella hay que ver estrellas”, me tengo que aguantar para tener los dientes parejos.

Esto es lo más importante que me ha pasado en estos meses. Ahora me iré a dormir, porque es muy tarde y mañana tengo colegio.

Nota. Sigo extrañando a papá y tengo la esperanza de que se reconcilie con mamá; ya no siento esa rabia que me estaba consumiendo y eso me deja tranquila.

Otra nota. Escribir me hace bien; es como si esas cosas tremendas que me han pasado ya no lo fueran tanto.

Miércoles 4 de junio

Me pasó lo que temía que pasara, aunque no quería que sucediera. El lunes en la noche estábamos cenando en el departamento. Había llegado tía Paula, y los cuatro reíamos, no me acuerdo de qué, porque la tía es súper divertida y siempre está haciendo bromas. Todo iba bien hasta que a mi hermano y a mí nos mandaron a dormir, pues al día siguiente teníamos colegio.

Me dirigí feliz a mi dormitorio y, cuando me estaba desvestiendo para ponerme el pijama, vi una mancha roja en mis calzones. Me paralicé, con la mirada clavada en esa cosa sin forma, intentando llamar a mamá, pero sin que me saliera la voz. El tiempo pareció detenerse, sentía la cara ardiendo y una gota de sudor frío que caía desde mi frente, arrastrándose por la mejilla. A tropezones caminé hasta la puerta, la abrí un poco y de mi garganta salió un grito:

—¡Mamá, mamá! —pero como ella no venía, volví a llamarla.

—¿Qué pasa, por qué tanto escándalo?

La figura de mamá se acercaba por el pasillo que conduce a mi dormitorio.

— ¡Ven! —le dije, al tiempo que le hacía señas con la mano.

—¿Qué pasa, Ema? —me preguntó, con cara de susto.

—Parece que me llegó —contesté, asomando apenas la cabeza por entre la puerta de mi dormitorio.

—¿Llegó qué?

—La regla.

Me miró seria, pero luego en su cara se dibujó una sonrisa forzada. Entró al dormitorio y me acompañó al baño.

Hace tiempo que tengo guardado en mi armario un paquete de esas dichosas “toallitas” que creí que jamás usaría, pero ahora estaba ahí con el paquete en la mano, escuchando las indicaciones de mamá: haz primero esto, luego lo otro, te pueden doler los

ovarios y bla-bla-bla. Su voz sonaba como zumbidos en mis oídos y no lo soportaba, sentía que se me desfiguraba la cara, los labios hacían pucheros, la garganta tan apretada que dolía, y me puse a llorar a moco tendido.

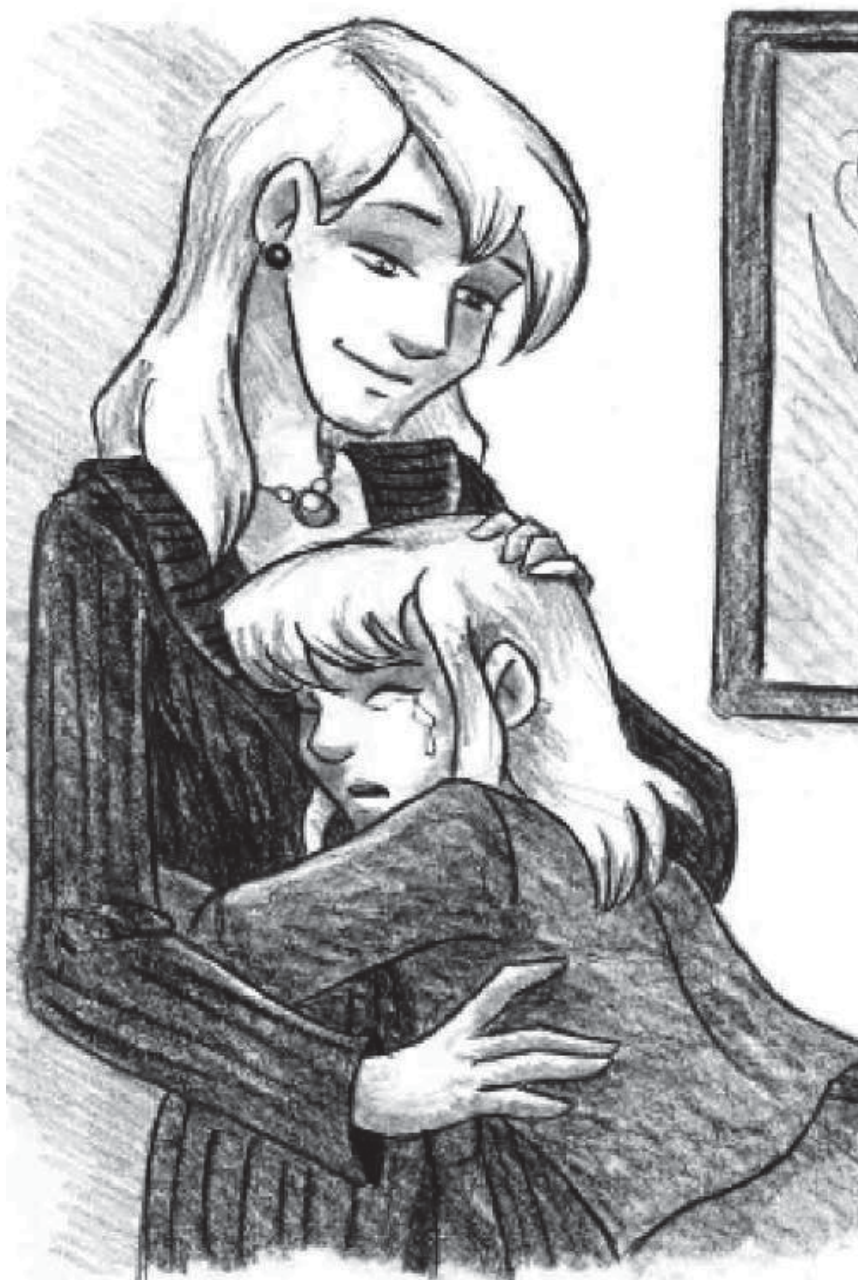
—¿Qué pasa, mi niñita? —mamá me abrazó.

—Es que yo no quería que pasara —repuse entre sollozos.

No hablamos más, creo que no sabía qué decir. Solo me acompañó hasta la cama y se quedó conmigo un buen rato. Luego, cuando pensó que estaba dormida, me dio un beso en la frente y se fue.

Yo sé que esto no es terrible, quizás sería peor que no me llegara, pero me da mucha pena. Parece que me da miedo crecer. No podría decir que mamá nunca me habló del temita aquel, porque mentiría, pero de verdad lo veía tan lejano, como si nunca me fuera a pasar. Esa noche casi no dormí, y al día siguiente me dolía la cabeza de tanto llorar. Lo peor es que sentía que todo el mundo me miraba, que todos sabían que andaba con la famosa toallita, y estoy casi segura de que caminaba raro, porque Milo, en uno de los recreos, me preguntó qué me sucedía que andaba como encogida. Me puse roja y le contesté que nada, que no me pasaba nada.

Ese primer día de “niña-mujer”, al llegar a casa después del colegio, en la sala me estaban esperando Paula, la Normi, mamá y Nico con un ramo de rosas blancas, una torta de milhojas con manjar que tanto me gusta y una cajita azul.



—¡Felicidades! —me dijo mamá, mientras me entregaba la cajita.

—¿Por qué? —pregunté, con cara de despistada.

—Porque la mamá dice que ahora eres grande —respondió Nico, sin saber de qué hablaba.

Nuevamente me puse a llorar, ¿cómo me podían felicitar por lo más terrible que me había pasado en toda la vida? Paula se me acercó, secó mis lágrimas y abrió la cajita que mamá me había entregado: en su interior había un anillo dorado, con una piedra transparente y brillante. Me lo puse de inmediato y no me lo he sacado desde ese día.

Jueves 5 de junio

Hoy recibimos una noticia terrible. A media mañana, Sofía, Milo y yo nos estábamos batiendo a duelo, con poca fortuna, con un lienzo en el que teníamos que pintar al óleo unas cuantas frutas (naturaleza muerta, había dicho la profesora de arte). Estaba segura que eso era lo peor que me podía pasar en el día, pues a cada momento Adolfo (el compañero más desagradable del curso) se paseaba junto a nosotros, emitiendo unos chillidos tipo risa burlona, al ver los intentos de manzanas que se esbozaban en la tela blanca. De improviso, entró a la sala de arte la señorita Laura, nuestra profesora jefe, junto al rector del colegio, el señor Ramos. Lo que le dijeron al oído a la profesora de arte la hizo ponerse más pálida que la tela de nuestros trabajos, mientras todo el curso guardaba silencio, como esperando un anuncio importante. La sala estaba iluminada por los débiles rayos de sol invernal que se filtraban por las ventanas que rodean el amplio espacio lleno de atriles y banquillos, en los que nos ensuciábamos con la pintura aceitosa que quedaba estampada para siempre en los delantales blancos, obligatorios en esta clase.

—¡Alumnos! —dijo la señorita Laura.

Todos permanecemos atentos esperando que la profesora hablara, pero de su boca no salían palabras y el silencio se hacía insoportablemente intrigante. De pronto, la señorita Laura hizo un puchero y de sus ojos salió expulsado un reguero de lágrimas descontroladas. A la profesora se le soltó el libro que sostenía con fuerza en sus manos, que rebotó en el piso con un estruendo, y ambas se abrazaron llorando desconsoladamente. Nos miramos con Sofía, encogiéndonos de hombros.

—Alumnos, tenemos la triste misión de comunicarles el fallecimiento de su compañero Juan José Morales Pineda —la voz

ronca del señor Ramos produjo ecos en la sala.

Por unos segundos todo fue silencio, como si el curso intentara entender lo que el rector había dicho. Luego un cuchicheo invadió la sala.

—¿Quién es ese Juan José? —le pregunté a Sofía en un murmullo, mientras recorría con la mente el rostro de todos los compañeros del curso, sin lograr identificarlo.

—El Chanchomán —contestó mi amiga.

Me puse una mano en la boca y cerré los ojos para recordar la cara de ese compañero que siempre se sentaba en un rincón de la última fila de la sala.

—¿Qué le pasó? —se escuchó la voz fuerte de Milo.

El señor Ramos habló nuevamente:

—Decidió terminar con su vida.

Estas palabras del rector daban bote en mi mente una y otra vez, mientras los murmullos del curso formaban un coro, en una especie de tonada que me emborrachaba, junto con el olor de la trementina que invadía mi nariz. De pronto todo me comenzó a dar vueltas: los compañeros, los atriles, la mesa con las frutas que debíamos pintar. “Naturaleza muerta”, pensé. “El Chanchomán muerto”, me dije, y, de ahí en adelante, no recuerdo nada más.

Al abrir los ojos, estaba en la enfermería del colegio. Nunca antes había entrado a esa habitación, que queda en el fondo del pasillo del edificio de administración del colegio. Todo era blanco: las murallas, las cortinas que ahuyentaban el sol del medio día, los biombos que separaban las tres camillas que descansaban ordenadamente sobre el frío piso de cerámica, también blanca. Junto a mí estaba Sofía, sentada en una silla, con su piel morena y su largo pelo negro, resaltando contra lo albo del lugar.

—¿Qué me pasó? —pregunté, al tiempo que miraba su cara descompuesta.

—Te desmayaste —me respondió, como si eso fuera lo más natural

del mundo—. La noticia del Chanchomán te cayó mal.

En ese momento recordé al rector haciéndonos su anuncio en la sala de arte.

—¿Se suicidó? —la miré, incrédula.

—Eso dijo el señor Ramos. —Sofía estaba seria, como si el brillo de sus ojos se hubiera desleído en el blanco de la enfermería.

—¿Por qué?

—Cómo quieres que lo sepa: cuando te desmayaste, te trajeron a la enfermería y, obvio, yo te tenía que acompañar, así que no pude quedarme a oír los comentarios —se excusó Sofía.

No me gusta la muerte, aunque sé que existe; es como la regla: sabía que tenía que llegarme, pero no quería que me llegara. Algo así me pasa con eso de dejar de vivir; muchas veces me he quedado pensando en ello y me confundo tanto, que prefiero espantar esas ideas de mi cabeza y ocuparme en algo que no me atormente.

El Chanchomán muerto, suicidado, ahora se me venía a la mente con su imagen maciza: un chico como de mi estatura, de piel muy morena, pelo ondulado y ojos saltones, que parecían un par huevos fritos en su cara regordeta. Por eso le decían Chanchomán; todos lo conocían por su apodo y nadie lo llamaba por su nombre.

Como me desmayé, llamaron a mamá para que me fuera a buscar al colegio. Llegó pasadas las dos de la tarde, pálida del susto, imaginando, como siempre, lo peor. Sin embargo, cuando la enfermera le contó lo de mi compañero, y pese a lo terrible de la noticia, le volvieron los colores a la cara al saber que a mí no me había sucedido nada malo. Parece que se dio cuenta que me había desvanecido debido a la impresión.

El resto de la tarde lo pasé en cama, mirando por la ventana del dormitorio las ramas peladas de los árboles y pensando en el Chanchomán (qué feo apodo). Lo cierto es que intentaba recordarlo, pero en mi mente únicamente aparecía su imagen en el

fondo de la sala, siempre callado y solitario. Trataba de deducir por qué alguien querría morir, por qué tomar la decisión de partir a lo desconocido. ¿Qué podía atormentar tanto a un chico de mi edad? Creo que jamás se me pasaría por la cabeza suicidarme, por muchos problemas que tuviera.

Como a las cinco de la tarde llegaron Milo y Sofía a visitarme, se sentaron en mi cama y me quedaron mirando con cara de “pobre cabra”.

—Eres hartito debilucha —me dijo Milo, aguantando la risa.

—¡Pesado! Soy sensible, que no es lo mismo —le contesté, tratando de defenderme.

—¿Te sientes bien? —Sofía tomó cariñosamente una de mis manos.

—Estoy bien; lo que pasa es que mamá me obligó a quedarme en cama.

—Tenemos que ir mañana al velorio —dijo Milo, con cara de circunstancias.

Nos miramos largo rato en silencio, mientras yo jugaba con el control remoto de la tele. Apreté el botón de encendido, porque ya se me hacía insoportable la quietud del lugar, y comencé a cambiar los canales una y otra vez.

—¡Déjalo ahí! —Milo se levantó de la cama mientras clavaba su mirada en la pantalla.

“Las autoridades educacionales se encuentran preocupadas por el aumento en la tasa de suicidios adolescentes. Hoy en la mañana se conoció la triste noticia del menor Juan José Morales Pineda, quien se quitó la vida, lanzándose en bicicleta desde un paso sobrenivel, a altas horas de la noche”.

Me levanté de la cama, y me paré junto a Sofía. El presentador de noticias desapareció de la pantalla, en tanto la imagen de una periodista, micrófono en mano en las afueras de una iglesia llena de gente, se apoderaba del noticiero:

“Desconsuelo es lo que se observa en la iglesia de Nuestra Señora de la Cruz, lugar donde se está velando a Juanjo, como cariñosamente le decían sus padres al menor de trece años que se suicidó ayer. No se sabe con certeza cuáles fueron los motivos que llevaron a este niño a tomar tan dramática decisión, aunque se especula que podría ser una víctima más del matonaje escolar”.

Un frío extraño me recorrió de pies a cabeza. Me senté en la cama y seguí esforzándome por recordar a Chanchomán en el colegio.

—¿Se suicidó, porque lo molestaban? —Sofía miró a Milo.

—No lo creo, no lo molestaban mucho, ¿o sí?

—¿Qué me miran a mí? Yo soy nueva —dije a los chicos, al sentir sus miradas.

Milo consultó la hora en su reloj de pulsera, caminó hasta donde había dejado tirada su mochila, se la colgó de los hombros, y abrió la puerta del dormitorio.

—Vamos, Sofía, es tarde —le ordenó, mientras le hacía una seña con la cabeza.

—¡Espera! —le pedí, al tiempo que me acercaba a él—. Tenemos que averiguar qué pasó.

Milo me miró a los ojos:

—Me das miedo, Ema.

—¿Cómo qué te doy miedo?

—Eso, me dan miedo tus ideas; siempre que se te ocurre algo terminamos metidos en problemas.

—Yo creo que no nos cuesta nada investigar un poco —Sofía sacó la voz, tímidamente.

—Sí, Milo, por favor —le dije, con cara de rogona.

—Me carga cuando me pones esa cara.

Milo se fue sin responder a mis ruegos, aunque espero que mañana me diga que está dispuesto a ayudarnos con esto del Chanchomán. No, no lo llamaré más así; no creo que a él le

gustara, así como a mí no me gusta que Adolfo me grite Feto en medio del patio del colegio, y que el resto de su grupito siga con las burlas todo lo que quede de recreo. No, desde ahora en adelante le diré Juanjo.

Es verdad que casi siempre me meto en líos, como dice Milo, pero estoy tan impresionada con lo de Juanjo, que, en realidad, creo que sería bueno que intentáramos averiguar un poco sobre lo que le sucedió.

No logro quitarme de la cabeza la imagen que me he formado de Juanjo; lo veo montado en su bicicleta, al borde de la pasarela que mencionaron en las noticias. Aunque ni siquiera sé dónde está ubicada, esto no me impide imaginarlo en medio de la noche, parado un tanto dudoso junto al barandal y, por fin, después de pensarlo un poco, lanzarse decepcionado y desesperado al vacío, con bicicleta y todo, sin importarle lo que le sucederá cuando se estrelle con el piso. Es aterrador.

Mamá iba a cada rato a verme al dormitorio, siempre esperando encontrarme dormida. Pero para mí, solo pensar en cerrar los ojos significaba una pesadilla, pues la imagen de mi compañero muerto se había clavado en mi mente y no pensaba salir de allí.

Ya era tarde cuando, en el último de sus viajes a mi dormitorio, mamá me trajo un vaso de leche y un trozo de queque, para que comiera algo antes de dormir. Me recordó también que fuera al baño y revisara la famosa toallita, que todavía debo usar. ¿Cuánto durará esto? Mejor no me quejo; lo de Juanjo sí que es terrible y no que te llegue la regla. Me siento estúpida por deprimirme por algo normal, que le tiene que ocurrir a todas las mujeres, y no haberme dado cuenta antes que sí hay cosas que son importantes, como lo de mi compañero.

Tengo tantas cosas en la cabeza, pero ahora no puedo seguir escribiendo, pues mamá quiere que conversemos un rato. Ha estado merodeando nuevamente por mi dormitorio, y como vio

que sigo sin poder dormir, quiere aprovechar el tiempo.

Nota. Tengo mucha pena.

Sábado 7 junio (en la mañana)

Ayer tenía hartas ganas de escribir, pero no pude hacerlo, porque el día se me hizo corto. Estando instalada en mi cama, con el cuaderno y mi lápiz regalón, no me di ni cuenta cuándo me quedé dormida.

Mamá conversó conmigo la noche del jueves, aunque en realidad fue ella la única que abrió la boca, en tanto yo asentía con la cabeza. Me contó que está preocupada por lo de Juanjo; que le daba mucha pena la muerte de un niño y que, además, la asustaba pensar que a mí o al Nico nos pudiera estar pasando algo similar y que no confiáramos en ella como para contarle la situación. Le re juré que yo, al menos, estaba bien, y que cualquier problema que tuviera sería ella la primera en saberlo. Parece que no me creyó mucho, seguramente por esa manía que tengo de intentar arreglar los problemas sola con mis amigos, sin decirle nada a ella o a papá. Por lo menos, después de nuestra conversación, la sentí más tranquila. Ahora tengo que acordarme de lo que juré, porque de otro modo capaz que termine en el infierno por “jurar en vano”, como dice la Normi.

El viernes fue un día raro, de principio a fin. En el colegio, apenas entramos a la sala y nos ubicamos en nuestros puestos, apareció la señorita Laura vestida de riguroso luto: falda bajo la rodilla, chaqueta, blusa, medias y zapatos negros, lo que nos hizo recordar lo sucedido a Juanjo.

—Alumnos, hoy es un día muy triste para toda la comunidad escolar, y aún más para nuestro curso. Es por ello que le he pedido a un gran amigo que converse con nosotros —la profesora estaba parada frente al curso, con las manos entrelazadas y la mirada perdida.

Atravesó la puerta de la sala un señor alto y enjuto, de traje gris,

al igual que su pelo, y con una sonrisa permanente. Dio una palmadita en la espalda a la señorita Laura, quien, como una niña, tragó saliva y se secó una lágrima que se escapaba rodando por su mejilla. Como si de pronto recordara lo que sucedía, la profesora se apresuró a acercarle una silla al recién llegado. Éste se acomodó en ella, respiró profundo y comenzó a hablar.

El padre Cristóbal, así se llamaba el visitante, nos habló del cielo, del paraíso, del padre Dios, la conformidad, la pena y no sé de qué más. Aunque intentaba mantenerme atenta, no podía quitar de mi mente la idea de averiguar los motivos que había tenido Juanjo para suicidarse. Perdida en mis recuerdos, trataba de recordarlo en el patio, en la sala, el casino o donde fuera. De pronto, me pareció no estar sentada en mi puesto; me sentía como una de esas tantas palomas que se acercan en el recreo a comer las migas que se les caen a los chicos de sus colaciones.

—Ahora vamos a rezar un Padre Nuestro por el eterno descanso de Juan José —las palabras enérgicas del padre Cristóbal me sacaron del sopor en que estaba sumida.

Todos nos levantamos de nuestros asientos y comenzamos a rezar. “Padre Nuestro que estás en los cielos...”, nuestras voces sonaban como un coro automático, al tiempo que la señorita Laura se acercaba al banco vacío de Juanjo y depositaba en su cubierta un ramo de rosas blancas. Todo era muy triste, tanto que un llanto contagioso terminó por inundar al curso y las últimas palabras de la oración ya se escuchaban entrecortadas.

En el bus que nos condujo al funeral iba el curso entero: la señorita Laura, el rector y otros profesores que no conozco. Sofía, Milo y yo nos sentamos en la última corrida de asientos.

—¿Y qué dices, Milo? —le pregunté a mi compañero.

—¿Qué digo de qué? —Milo me miró con cara rara.

—De lo que les dije ayer: de investigar.

—No sé —respondió, inexpresivo.

—Anda, Milo, Sofía está de acuerdo.

—No sé, Ema —respondió con un gruñido.

No volví a hablar, pues los ánimos no parecían muy buenos.

Cuando bajamos del bus, eran las once de la mañana. El día estaba oscuro, amenazante de lluvia; el viento desprendía las últimas hojas, que se aferraban a las ramas de los árboles y revolvía mi pelo, que trataba de ordenar a cada instante. Afuera de la iglesia había mucha gente hablando entre sí. También pude ver vehículos de la televisión, con sus antenas extendidas, y a los periodistas introduciéndose entre la muchedumbre, micrófono en mano y acompañados de otros hombres, que cargaban cámaras y focos enceguecedores.

Mientras mis compañeros de curso y los profesores caminaban lentamente hacia la iglesia, me fui quedando atrás, como si mis piernas se negaran a avanzar. En la entrada del templo, ellos saludaban y abrazaban ordenadamente a unas personas que, imagino, serían los padres y hermanos de Juanjo.

Cuando me animé finalmente a cruzar la puerta, pude escuchar los cánticos religiosos que interpretaba un coro apostado en un rincón del templo. Miré hacia el altar y ahí, bajo la cruz, estaba el féretro con mi compañero en sus entrañas. No me acerqué a la familia, ni siquiera fui capaz de alejarme de las pesadas puertas de la iglesia. De pronto me sentí mareada y salí del lugar para tomar un poco de aire fresco. Caminé entre la gente, hasta llegar a uno de los costados de la iglesia, donde unos escalones conducían a una puerta lateral. Me senté sobre las frías baldosas y me quedé esperando a que el tiempo pasara.

—¿Eras compañera de Juanjo? —un chico moreno y alto, de unos veinte años, se sentó junto a mí.

—Sí —respondí, titubeante.

—Soy Manolo, su hermano.

—Ah. —No sabía qué decir.

–¿Y tú, cómo te llamas?
–Ema, Ema Schulz.
–¿Por qué no estás adentro? –me interrogó.
–No me sentía bien.
–Tampoco yo me sentía bien –el chico miró hacia el infinito, y en su rostro se dibujó una gran tristeza.
–Oye, Manolo, no sé qué es lo que hay que decir...
–No digas nada –me interrumpió–. ¿Eran amigos?
–No, en realidad. Yo llegué este año al colegio, y casi no lo conocía –dije, con vergüenza.
–Ah, ¿con quién se juntaba? ¿Con Eugenio?
–No sé –intenté escarbar en mis recuerdos para responder la pregunta del hermano de Juanjo, pero lo cierto era que nunca lo vi acompañado.
Manolo se levantó y, con movimientos bruscos, avanzó hacia la entrada de la iglesia. Luego se detuvo en seco, se llevó las manos a la cabeza, dio media vuelta y, con paso firme, regresó a mi lado.
–Era mi hermano, ¿cachái?; mi hermanito chico, el conchito.
Manolo no pudo seguir hablando. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se cubrió la cara con las manos. Sus sollozos eran ahogados por el murmullo que producían las personas que estaban frente a la iglesia.
No sirvo para consolar, no sé cómo hacerlo, pero en ese momento sentí que Manolo necesitaba que lo abrazaran, así es que rodeé su espalda con mis brazos, sin poder contener el llanto. Pasaron unos minutos, en que todo pareció quedar en silencio; el chico se secó las lágrimas, respiró profundo y consultó la hora en su celular.



—Me gustaría que habláramos con más calma, pero ahora tengo que entrar, porque falta poco para que llegue la carroza. ¿Me puedes dar tu número de teléfono?

—Sí —le dije, sin saber si era una buena idea. Mamá siempre me pide que no hable con extraños, pero Manolo no me era extraño, y le di el número de teléfono de casa.

Nunca antes había ido a un funeral, y la verdad es que no me gustaría repetir la experiencia. El cortejo fúnebre avanzó lento por las calles de Santiago; me imaginaba que la fila de autos con las luces encendidas era una oruga interminable de ojos brillantes, que avanzaba calma a refugiarse en alguna rama, para convertirse en crisálida y emerger, finalmente, transformada en mariposa. Luego recordaba que no, que era Juanjo quien encabezaba la fila, y que su familia y amigos lo acompañaban tristes, confundidos, desconcertados. A cada instante me convencía más que debía averiguar qué había sucedido, aunque Sofí y Milo decidieran no ayudarme.

En el cementerio permanecí alejada de la gente. Miraba cómo los padres de mi compañero lloraban desconsolados, cómo se retorcían de pena, cómo sufrían con cada una de las palabras que decía el cura, el rector del colegio y, finalmente, Manolo, en representación de la familia.

De regreso al colegio, en el bus todo era silencio. Ni siquiera tenía ganas de hablar con mis amigos; me dediqué a mirar por la ventana cómo caían las primeras gotas de lluvia de esa tarde que, seguramente, no olvidaría nunca más.

A media tarde.

Estaba almorzando en casa con mamá y Nico cuando sonó el teléfono. Al levantar el auricular, escuché la voz de Sofí:

—¿Estai viendo tele? —me preguntó, sin siquiera saludarme.

—No, estoy almorzando.

—¡Apúrate! Enciende la tele y pon el canal nacional —me ordenó

mi amiga.

Como en el comedor no tenemos televisor, agarré el teléfono, que tiene un cordón súper largo, me dirigí al dormitorio de mamá, que era el más cercano, encendí la tele con el control remoto y sintonicé el canal diecinueve.

—¿Lo estás viendo?

—Sí.

En la pantalla aparecían imágenes de la iglesia a la que habíamos asistido al velorio de Juanjo.

—...Una triste jornada de despedida para Juanjo, en momentos en que se aclaran las razones del adolescente...

La voz en off del locutor se oía al tiempo que la pantalla mostraba a la familia, a los compañeros del colegio, y el coro entonaba cánticos religiosos.

—Tenemos a Pedro Tamalea en un despacho en directo desde la casa de los padres del menor. Nos encontramos aquí, en calle Las Dalias, comuna de Ñuñoa, para conversar con los padres de Juan José —en la pantalla apareció el rostro de un hombre mayor, moreno, ojos vidriosos y pelo cano, que sostenía con fuerza las manos de una mujer delgada y demacrada, que parecía estar ausente—, quienes aseguran que su hijo se quitó la vida, al no soportar más las agresiones de algunos de sus compañeros de curso del Colegio Americano.

—Dígame, señora Lucía, ¿qué la hace pensar que su hijo era víctima del matonaje escolar? —preguntó el periodista con cara compungida.

—Mi hijo mayor, Manuel, encontró una nota en el velador de su hermano Juanjo.

—¿Qué decía esa nota? —insistió el periodista.

—Que no quería seguir viviendo, porque no soportaba que le pegaran y lo molestaran todo el día... —la señora tragó saliva, en un intento para no llorar ante las cámaras.

—¿Les había contado su hijo que lo molestaban en el colegio? —el periodista insistió, pese a la congoja de la mamá de Juanjo.

—Nunca nos dijo nada, solo nos enteramos por esa nota que dejó...

La señora no pudo seguir hablando; la voz se le quebró y comenzó a llorar. Su marido la abrazó, hizo un ademán con la mano, y alguien la tomó del brazo para sacarla del foco de la cámara.

—Entendemos la pena que embarga a los padres de Juanjo; esta es una situación muy seria, que lamentablemente se repite cada vez con mayor frecuencia, tanto en Chile como en el resto del mundo. No queremos importunar a esta familia, así que los dejaremos solos; pero antes quisiera que la cámara me ayudara a mostrar la nota que fue encontrada.

En la pantalla apareció la imagen de una hoja de cuaderno con un texto poco legible, escrito con tinta color azul.

—Esto es lo que podemos informar por el momento desde la casa del menor. Adelante estudio.

—Gracias, Pedro. Y consultadas las autoridades del Colegio Americano sobre las acusaciones de matonaje escolar en ese recinto, esto fue lo que contestaron:

—Podemos asegurar que en nuestro colegio se practica el respeto hacia todos sus miembros, y que no hemos recibido ningún tipo de denuncia de bullying, pues en nuestro establecimiento la disciplina es prioritaria y los niños son lo más importante que tenemos. De haber sucedido algo impropio, lo hubiéramos detectado y sancionado —en la pantalla apareció el rostro serio del rector, entrevistado ante la iglesia donde habíamos estado el día anterior—. Esta es una noticia en desarrollo, que iremos ampliando a medida que se realicen las investigaciones del caso. Y, en otro frente noticioso, la economía ha sufrido...

—¡Ema, Ema! —escuché unos gritos provenientes del auricular

que colgaba de mi mano. Había olvidado que estaba hablando por teléfono.

—Sí, aquí estoy.

—Juntémonos en tu casa a las cinco; yo me encargo de llevar a Milo.

—Ya —respondí, y colgué.

Me quedé pensando en lo que había dicho el rector y en lo poco que estaba de acuerdo con él. No sé si es normal, pero en el cole todo el tiempo los chicos están haciendo bromas desagradables y molestando a quien encuentren más débil o indefenso. También es cierto que no es para suicidarse, ¿o sí?

En la noche.

No hay caso, Milo se niega a cooperar con la investigación. Hoy, cuando nos juntamos en mi casa, hablamos hartos del tema, y traté de convencerlo por todos los medios, pero no quiere; hasta terminamos peleando. Al menos, Sofí y yo trataremos de averiguar algo en el cole

Lunes 9 de junio

Parece que lo de mi compañero preocupó mucho a mamá, porque hoy en la noche se reunió en nuestra casa con otros apoderados del curso. Por supuesto, no me dejaron estar presente, pero hablaban tan alto, que desde mi dormitorio (dejé la puerta abierta y no hice ni una pizca de ruido) escuchaba todo lo que decían. Todos estaban asustados por la noticia que habían visto en la tele, y barajaban un montón de nombres, intentando adivinar quién molestaba a Juanjo. Al final, llegaron a la conclusión de que casi todos los del curso eran unos molestosos, y decidieron pedir una reunión urgente con el director.

En el colegio fue un día extraño: mis compañeros tenían caras de pobres chicos sufridos, pero en realidad no sé qué tanto sentían la partida de Juanjo. ¡Qué mal pensada soy!, tal vez estaban auténticamente apenados. Mejor no pienso más tonteras.

Estoy muy cansada: en el cole nos pasan tanta materia, que pareciera que los profes se sintieran felices de vernos atareados, estudiando y haciendo trabajos el día entero. “Este es un colegio de excelencia académica”, nos dicen a cada rato, y dale con la tortura. Hoy me entregaron una prueba de Lenguaje. Escrito con lápiz azul, aparecía en ella un 6, pero con rojo, un 4,8, debido a que me descontaron un montón de puntos por las faltas de ortografía. Me dio mucha rabia, hasta creo que puse cara de furia, pues la profe me miró y dijo: –Ema, tú sabes cuáles son las reglas –como si ella supiera lo que yo estaba pensando, y me puse roja de vergüenza. Ahora tengo que cranear cómo le cuento a mamá por qué me pusieron esta nota, pues, de seguro, se enojará conmigo; se preocupa tanto de las notas, que hasta pienso que es lo único que le interesa.

Martes 10 de junio

Estoy muy enojada. Sucede que hoy teníamos clases de inglés, y aquí soy seca para ese ramo, debido a lo que tuve que aprender en Dominicana para poder pasar de curso en el colegio gringo, donde todo era en ese famoso idioma. La miss nos entregó un diálogo relacionado con un par de amigos que hablaban acerca de sus vacaciones. Teníamos que aprenderlo durante la primera hora, para luego pararnos frente al curso y decirlo con una pronunciación correcta. A mí me tocó con Milo, y me sentí rara ayudándolo en algo para lo que antes era mala, además de que nunca había ayudado a un compañero en alguna materia. Fuimos los terceros en presentar el diálogo; mi amigo se equivocó un par de veces, pero a mí me salió perfecto; tanto, que la miss quedó con la boca abierta y hasta me felicitó (igual me puse roja). Volví a mi puesto orgullosa, y seguí escuchando a Adolfo y a Bernardita, a quienes les tocó después que a nosotros. Ella se equivocaba poco, pero él pronunciaba cada palabra en la misma forma en que se escribe, por lo que la miss lo interrumpía y me pedía a mí que la pronunciara como se debía. –Stop, para, Adolfo, está mal. A ver, Ema, pronúnciala tú –lo interrumpía a cada rato. Al comienzo, me sentía contenta de ser buena para algo, pero ello me duró hasta que me di cuenta que Adolfo ponía cara de furia cada vez que yo abría la boca.

Cuando tocaron el timbre para el recreo, Sofia y Milo se quedaron en la sala arreglando sus cosas y yo salí soplada al baño. En el momento en que me dirigía a encontrarme con mis amigos, me topé con Adolfo en el pasillo que conduce al patio de honor.

–Y tú, Feto con alambres, ¿te estai haciendo la gringa? –me dijo con tono burlón, al tiempo que se ponía las manos en la cintura, amenazante.

–Me llamo Ema –le dije seria, e intenté esquivarlo para poder pasar.

–Y ¿pa’ donde vai tan apurá, ¡Feto!? –Adolfo me cerró el paso y se acercó más a mí.

–¡Déjame pasar! –le dije, roja de furia.

–Miren, el Feto quiere pasar –Adolfo se rió y miró hacia atrás. No me había dado cuenta de que allí estaban sus amigos Gastón y Luciano, quienes emitían risas exageradas, como alentándolo.

–¡Déjame pasar! –repetí.

–Mira, ¡Feto!, nadie me deja en ridículo... –no pudo terminar de hablar, porque en ese momento apareció un inspector-. Gracias, Ema, después me lo sigues explicando –en su cara se dibujó una sonrisa cínica y me dio una palmadita amistosa en la espalda, para luego dejarme pasar.

Salí del pasillo lo más rápido que pude, furiosa con Adolfo, que es tan molesto. Hace como un mes que me puso ese apodo tan feo; fue el día en que vimos unos frascos con fetos de perritos en el laboratorio del colegio. Allí me dijo que eran tan blancos como yo, e igual de horribles. Pareciera que desde entonces olvidó mi nombre y me grita “Feto” cada vez que puede. Al principio me reí, haciéndome la simpática, después lo ignoraba, pero él seguía con la tontería, y ahora me está cargando definitivamente el jueguito.

Cuando llegué a este curso, Adolfo me caía bien solo de mirarlo. Es harto más alto que yo, tiene el pelo color miel, igual que sus ojos, y una que otra peca en la cara, que se le ven súper lindas, pese que a mí me cargan esas manchas en mi rostro. Yo lo miraba cada vez que podía, haciéndome la tonta, pero solo por mirar nada más, pues en esa época yo aún estaba supuestamente pololeando con Facu (que había quedado en Dominicana). Lo encontré lindo hasta el día en que comenzó a molestarme, y ahora, que es tan antipático y desagradable conmigo, hasta me parece feo. Sin embargo, a mis amigos no le conté las pesadeces de Adolfo; no lo

creí necesario, pues casi todos los del curso tienen un apodo.

Siempre me encamino a casa acompañada de Sofía y Milo. Hoy salimos, como de costumbre, cansados, con hambre y sueño, mientras hablábamos sobre un trabajo de Lenguaje, que teníamos que entregar la próxima semana. Estábamos en eso, cuando vimos que frente al colegio se estacionaba un vehículo del canal de televisión nacional.

–Seguro que vienen por lo de Juanjo –dijo Sofi.

–Yo creo... –me detuve y mis compañeros me imitaron-. Tratemos de escuchar lo que dirán.

No esperé la reacción de mis amigos. Me dirigí, por entre los compañeros de colegio, hasta el jardín que da a las ventanas de la rectoría, que se encontraba entreabierta. Me senté en el pasto, abrí mi mochila y saqué un cuaderno, para que pareciera que estaba estudiando.

–¿Qué haces? –me preguntó Milo, deteniéndose junto a mí.

–Chiiiiist –lo hice callar; intentaba oír.

Casi inmediatamente llegó Sofi, quien se acomodó a mi lado sin hacer ruido.

–No escucho nada –dije en un murmullo.

–No importa, igual va a salir en la tele –dijo Milo, y emprendió la marcha hacia la puerta de calle, mientras nosotras lo seguíamos decepcionadas.

Hace un rato apagué la tele, después de ver enterito el noticiario del canal nacional, pero no hablaron de Juanjo ni de la visita de los periodistas al colegio. Tengo que idear el modo de encontrar la información que nos ayude a saber qué pasó con mi compañero.

Miércoles 11 de junio (en la madrugada)

Me acosté con toda la intención de dormir, porque en los días de colegio me tengo que despertar súper temprano, pero no pude conciliar el sueño. Siempre me ha gustado quedarme dormida con la tele encendida; cuando era chica lo hacía, porque me daba miedo la oscuridad, y es por eso que ahora no logro pegar los ojos, si no escucho las voces de la tele. En eso estaba, acurrucada en mi cama, manteniendo fuera del plumón solo la mano con la que maniobraba incesantemente el control remoto, en busca de algo que me sirviera de canción de cuna, cuando me topé con un canal de música en el que estaban dando un especial de Juan Luis Guerra. No pude seguir en la tarea de hallar algo fome que me indujera el sueño, puesto que me quedé pegada con la melodía y los recuerdos de mi vida en Dominicana. Recordé la imagen de Ana, la mejor amiga de todo el mundo; ¡cuánto la extraño! ¡Y a Pancho, a Facundo y a Cecilia! No quería pensar en papá, porque solo el Nico y yo ignoramos qué pasó entre mis padres, que los hizo separarse, mientras todos los demás lo saben, lo cual me molesta mucho. Me muero de ganas de que alguien me lo cuente, para entender por qué dejamos ese país que sentía como mío. No estoy enojada con ninguno de mis padres, pero no me gusta que piensen que soy una cabra chica, incapaz de comprender sus motivos.

No me gusta llorar, pero no pude evitarlo; tenía ganas de retroceder el tiempo o hacer un viaje relámpago, y aparecerme en el hotel en que trabaja papá. Pero como eso no se puede, bajé de la cama, me senté en el escritorio que tengo junto a la ventana del dormitorio, y encendí el computador, con la esperanza de

encontrar en el chat a papá o a alguno de mis amigos. Abrí el MSN, pero no hallé a nadie conectado, así que me fui a Facebook, para ver si me habían escrito algo. Solo encontré una solicitud de amistad de Manolo, el hermano de Juanjo, que acepté sin pensarlo mucho. De pronto, el ícono del MSN comenzó a pestañar.

Pensando dice:

—Hola, mi vida.

Ema dice:

—Hola, papá ¿cómo estás?

Pensando dice:

—Extrañándolos mucho, ¿y tú?

Ema dice:

—Con un poco de pena.

Pensando dice:

—¿Por qué, te pasó algo?

Ema dice:

—Porque no estamos juntos.

Pensando dice:

—Puchas, mi amor, ya estaremos juntitos, te lo prometo.

Ema dice:

—Es que ya nada es como antes.

Pensando dice:

—¿Cómo están tu hermano y mamá?

Ema dice:

—Bien.

Pensando dice:

—¿Tu mamá sale mucho con sus amigos?

Ema dice:

—No sale nunca, ¿por qué? ¿Quieres saber si tiene pololo?

Pensando dice:

—No, quiero saber cómo está.

Ema dice:

—Ella está bien; tengo que irme a dormir. Un beso.

Pensando dice:

—Un beso, mi vida, te adoro.

Ema dice:

—Yo también

No quise seguir chateando con papá, porque siempre empieza preguntándome por mi vida, y termina intentando averiguar qué hace mamá: si sale o no con amigos, y todo eso que me molesta mucho. ¿Por qué no le pregunta a ella?

Nota. Mejor me iré a acostar.

Miércoles 11 de junio (05:00 A.M.)

Definitivamente no pude dormir. Ya falta poco para que amanezca y yo sigo aquí, pensando y pensando en mis papás.

Después de acostarme por segunda vez, me puse a reflexionar en que el único compu de la casa es el que está en mi dormitorio, y en que mamá también lo usa para chatear. No sabe mucho de Internet, mails y esas cosas, y todo lo que hace se lo he enseñado yo. De pronto, se me ocurrió que era posible que las conversaciones de mis papás hubieran quedado grabadas en el disco duro, por lo que me levanté nuevamente de la cama y volví a encender el computador, tratando de no hacer ruido, ya que era súper tarde y en casa todos dormían. Juro que dudé de lo que estaba haciendo cuando vi la carpeta que decía “MSN” en “Mis Archivos”. Sabía que no era correcto meterse en las conversaciones privadas de otras personas, así me lo han dicho hasta el cansancio; pero también sentía la necesidad de entender todo lo que nos estaba pasando. Me alejé del computador, como si este fuera un demonio que me estaba incitando a actuar mal. De pie junto a la cama lo miraba a la distancia, sintiendo una atracción angustiada. Volví a sentarme frente al dichoso aparatito, apreté el botón con el dibujo amarillo de una carpeta y, ante mis ojos, se desplegó una interminable hilera de frases, que no fui capaz de leer. Como si el índice de mi mano derecha tuviera vida propia, o al menos conciencia de lo que estaba a punto de hacer, se posó sobre el botón “Power” de la CPU, y la pantalla quedó negra, sin que alcanzara a leer algo. Sentí un gran alivio.

Jueves 12 de junio

Ayer anduve como zombi el día entero, luchando contra el sueño; no dormir en una noche deja mal, muy mal. No tengo idea de lo que nos enseñaron en el colegio, porque tanto los bostezos crónicos que se apoderaban de mí, como el recuerdo de la dichosa carpeta con las conversaciones grabadas de mis padres, me tuvieron desconcentrada todo el día.

–¿Qué te pasa, Ema? –me preguntó Sofi, en el último recreo.

–Tengo sueño –respondí, en medio de un bostezo.

–¿Dormiste mal? –ella siempre tan preocupada.

–No dormí. ¿Tú crees que una hace mal al espiar las cosas privadas de otras personas?

–O sea, a mí no me gustaría que se metieran en mis cosas, y creo que a ti tampoco –me respondió, seria.

–Y si lo que quieres saber es súper importante para ti, y todo lo que te preguntas está en una carpeta de tu compu, ¿lo averiguarías?

–No sé. ¿De qué estás hablando, Ema?

–De las conversaciones de chat de mis papás; están grabadas en el compu, en una carpeta que encontré ayer en la noche. Estuve a punto de leerlas, pero no pude, y me quedé toda la noche despierta, pensando en lo que encontraría.

–¿Por qué quieres saber qué se escriben? –Sofía puso cara de sicóloga en plena terapia.

–Nunca han querido decirme por qué se separaron –respondí, con un poco de vergüenza.

–Si yo fuera tú, se lo preguntaría a mi mamá.

–Se lo he preguntado un montón de veces, pero lo único que dice es que soy muy chica para entender.

–No sé, Ema, no sé qué contestarte –me dijo, y me dejó en las

mismas, sin saber que hacer.

En la noche, me senté nuevamente ante el compu y estuve mirando la dichosa carpeta durante casi media hora, mientras en la cabeza me daba vueltas lo que me había dicho Sofía: “Que se lo preguntara a mamá”. Después de pensarlo mucho, me dirigí al dormitorio de mamá y le pregunté nuevamente por qué se había separado del papá. Me contestó lo mismo de siempre: “Eres muy chica para entenderlo”. Me dio tanta rabia que no seguí hablando con ella, y volví a mi dormitorio decidida a leer lo que había en la famosa carpeta. Pero tengo tan mala suerte, que justo cuando estaba sentándome frente al compu se cortó la luz. Así que ahora estoy escribiendo mis desgracias alumbrada con una linterna de excursión, de esas que se amarran a la cabeza y tienen una ampolleta en la frente. Intentaré olvidarme del chat, porque parece que me está haciendo mal pensar tanto en eso.

Viernes 13 de junio

Por fin es viernes en la noche; este es el momento de la semana que más me gusta, pues siento que me quedan dos largos días para hacer lo que se me antoje (aunque mamá siempre me pide que la ayude en cosas de la casa o a cuidar al Nico, pero no importa), levantarme tarde o no ducharme en todo el día, y eso lo encuentro bacán.

No he seguido con la idea de abrir las conversaciones de mis papás que están en el compu: tengo la sensación de que existe algo superior que me impide llegar a leerlas. Me asustó el hecho de que, cuando ya estaba decidida a hacerlo, se cortara la luz, así que opté por olvidarme durante un tiempo del tema, al menos mientras pueda aguantar la curiosidad.

Hoy en el colegio todo fue normal, aunque dentro de esa normalidad ahora tenga que soportar las bromas desagradables de Adolfo. Los viernes, Milo, Sofía y yo nos quedamos en el taller extraprogramático de escalada. A mí no me molesta quedarme hasta tarde, pues escalar el alto muro que está en un costado del gimnasio lo encuentro emocionante, al igual que mis amigos. Faltaba poco para las siete de la tarde, hora de término del taller. Mis amigos se habían ido a los camarines, y solo quedaba yo, empinada en lo más alto de la muralla, agarrada con firmeza a las presas (este es el nombre de las agarraderas situadas sobre el muro), mientras el instructor sostenía con fuerza la cuerda de seguridad que unía su arnés al mío. Como a mí me complica trepar, pero para bajar soy un bólido, pisé el suelo triunfante, desenganché el mosquetón y me saqué el arnés. El instructor reunió el equipo y se marchó.



Agotada, me senté en el suelo, con la respiración agitada, mientras intentaba arreglarme el moño, que se me había desarmado, y a la vez pensaba en lo maravilloso que era que fuese viernes. De pronto, una voz desagradable interrumpió mi ensimismamiento.

—Oye, Gastón, ¿habíais visto un feto trepador? —Adolfo estaba parado frente a mí, acompañado de sus amigos.

—Jajaja, el Feto trepador, el Feto trepador... —Gastón comenzó a cantar con la melodía de una canción (El gato volador), entre sus risas y las de Adolfo y Luciano.

Lo miré, sin saber qué hacer; si contestarle, gritar, darle una patada o reírme con ellos.

—Son hartos desagradables —les dije finalmente, llena de furia.

—¿Así que somos desagradables? —preguntó Adolfo a sus amigos, que seguían riendo— ¿Y tú creíste que yo quiero ser simpático con vosotros? —se dirigió a mí, desafiante, mientras sus amigos continuaban cantando mi apodo.

—Aprende a hablar —yo y mi bocota, a la que se le escapan las palabras—: se dice “crees”, y no “creí”, ¡ignorante!

La cosa se puso fea; por unos segundos todo fue silencio, luego la cara de Adolfo enrojeció de ira y se acercó más a mí. De un salto, me paré a la defensiva, preparada para lo que viniera, incluso para darle un puñetazo.

—Me estás diciendo “ignorante” a mí, Feto desabrido y flacuchento —Adolfo estaba tan cerca, que hasta podía sentir su aliento en mi cara.

—¡No sigas molestando! —le ordené, enérgica.

—¿Por qué: me vas a tirar un alambre de los que tenís en los dientes? —me dijo, al tiempo que me daba un empujón.

—¡Te voy a acusar en Inspectoría!

—¡Arranquemos! El Feto quiere acusarnos —dijo en forma burlona, en medio de las carcajadas de sus amigos.

Yo no sabía qué hacer; tenía miedo, esperaba un golpe en cualquier momento, y el colegio estaba desierto; solo nosotros discutíamos en el patio, junto al muro de escalada. Sentí ganas de llorar, pero sabía que era peor hacerlo y me tragué las lágrimas.

—¿Sabíste qué ma', Feto?, no teníste ni un brillo, sói terrible de fea — Adolfo levantó su mano derecha amenazante, mientras sus amigos me rodeaban.

—¡A ver, mariconcito! ¿Pensái pegarle a una mujer? —escuché la voz salvadora de Milo.

Al ver a Milo y a Sofía, que venían corriendo a socorrerme, Adolfo y sus amigos iniciaron la retirada.

—¡Si eris tan machito, ven a pegarme a mí, maricón! —le gritó mi amigo, al tiempo que seguía a los chicos por el patio del colegio.

En invierno, a las siete de la tarde ya está oscuro, y el patio solo se hallaba iluminado por un par de focos apostados en las esquinas superiores del gimnasio. Hacía frío, pero gracias a la angustia que me habían producido las amenazas de Adolfo, no lo había sentido hasta ese momento, en que Sofía me abrazaba. Milo llegó casi enseguida.

—¿Qué estaba pasando? —me preguntó, con voz de padre protector.

—Desde hace unos días, cada vez que Adolfo me encuentra sola, me molesta.

—Ese tipo es apestoso, no lo soporto —dijo Sofi.

—Nadie lo aguanta, salvo Luciano y Gastón, que andan como tontos tras él, riéndose de cada una de las estupideces que hace. ¿Por qué agarró bronca contigo? —me preguntó Milo.

—La verdad es que hace tiempo que me grita “Feto”. Pero desde la última clase de inglés, en que la miss le corrigió la pronunciación, y me pidió a mí que lo hiciera como se debe, se ha puesto peor.

Después de tan desagradable episodio, nos encaminamos a

nuestras respectivas casas. No nos veremos durante el fin de semana; Milo irá a una parcela en el Cajón del Maipo, con su mamá y hermano, y a Sofía le toca fin de semana con su papá, que viaja especialmente desde Puerto Montt para estar con ella una vez al mes. Sus padres, igual que los míos, también están separados, pero desde hace más tiempo, y Sofi ya está acostumbrada a vivir sola con su mamá y su hermano, cosa que a mí todavía me cuesta mucho.

Estoy sentada en el escritorio, frente al computador, mientras escribo en mi cuaderno y pienso en Adolfo y sus amigos, en lo indefensa que me sentí esta tarde, y en lo mucho que necesito aprender karate, o algo por el estilo, que me sirva para defenderme de quienes me molesten. Hace unos días vi en el canal National Geographic un programa de defensa personal. En él mostraban algo así como los puntos vulnerables del cuerpo humano, y de cómo reaccionar ante un ataque. Me da rabia no haberle puesto más atención, porque ahora necesito verlo con urgencia y no sé cuándo lo repiten.

Mamá me pidió que le contara si pasaba algo malo en el cole. Pero si le cuento lo que me ocurrió, es seguro que irá a armar un escándalo y quedará como una tonta; y entonces sí que me molestará todo el curso.

Me están escribiendo por el chat del Facebook, así que sigo en un rato más.

Era Ana, y le conté lo que me pasó hoy. Ella cree que es buena idea aprender defensa personal. Hablaré con mamá para pedirle que me inscriba en una academia.

Ahora me iré a dormir; aún me queda sueño acumulado de la noche en que pasé despierta.

Sábado 14 de junio

¡Puchas que me da lata estar sin mis amigos justo hoy! Llamé a Milo al celu, pero nada, solo la vocecita cargante de la grabadora: “La persona a la que usted llama tiene su teléfono móvil apagado o se encuentra fuera del área de cobertura”... Y ni hablar de Sofía, llamo y llamo, pero no contesta, y ahora no sé qué hacer. Como ha llovido el día entero, decidí no levantarme y he pasado entre la tele, el computador y el refrigerador. En uno de esos momentos de compu, se me ocurrió entrar al YouTube, el famoso sitio de videos en Internet, al que nunca entro, porque lo encuentro medio aburrido, hasta que me enviaron un mensaje a mi correo para que viera a una perrita que baila cueca, con vestido y accesorios de huasa. Lo encontré tan tierno, que empecé a buscar videos de animales, por si encontraba otra cosa divertida. Sin querer, di con un título que decía “Los aullidos de Chanchomán”. Sin pensarlo dos veces, hice clic sobre el enlace, y casi me da un ataque cuando vi, en la pequeña película de video, a un chico gordito, enrollado en el suelo, mientras otros le daban patadas. El pobre niño solo atinaba a cubrirse la cabeza con los brazos, y podían escucharse sus alaridos de dolor, sus súplicas para que no le siguieran pegando, y las risas de sus atacantes, como si se tratara de una fiesta. “¿Será Juanjo?”, pensé, pero la imagen era muy borrosa como para identificarlo. Como todos estaban con uniformes de colegio, en un arranque de inteligencia deduje que eran escolares. Pese a que la luz era escasa, se podían divisar algunas mesas y sillas apiladas contra una pared, que parecía ser de color gris, en tanto que el piso era de color crema. Miré una y otra vez el video, intentando encontrar algo que me indicara si se trataba del mismo Chanchomán que yo había conocido. “¿Cuántos chicos habrán sido apodados con ese sobrenombre tan feo?”, pensé, y seguí

observando. De pronto mis ojos quedaron clavados en una mancha en la muralla, en algo así como un pedazo de papel pegado, escrito con unas letras extrañas. Estoy casi segura de que es Juanjo quien aparece en el video, pero necesito confirmarlo, y para eso tendré que hacer el intento de encontrar la famosa mancha en la pared.

Aunque es tarde, necesito hablar con alguno de mis amigos. Seguiré intentando comunicarme con ellos.

Domingo 15 de junio

Desperté con la necesidad imperiosa de ir al colegio para revisar las paredes de mi sala; el solo pensamiento de tener que esperar hasta el lunes me ponía los pelos de punta, más encima que todavía no lograba comunicarme con Milo ni con Sofi. Mientras me vestía, se me ocurrió una idea genial, y corrí donde mamá.

–Tengo un problema –le dije con cara de circunstancias.

–¿Qué pasa? –mamá me miró como esperando que le dijera que me había sacado un rojo en algún ramo.

–Mañana tengo una prueba súper peluda, y como se me quedó la guía en mi escritorio de la sala, necesito ir a buscarla.

–¿No puedes conseguirla con alguno de tus compañeros?

–Los he llamado, pero no contestan. ¿Puedo ir al cole a buscarla?

A mamá no le gusta que salga sola, así que partimos al colegio con el Nico. Mamá habló con el guardia y pude pasar a la sala, mientras ellos dos me esperaban en el auto. Apenas me abrieron la puerta de la sala, me dirigí soplada hasta mi puesto y agarré una guía de matemáticas, al tiempo que miraba las paredes. Me quedé helada al ver pegado, en el rincón izquierdo de la sala, a la altura de las mesas, un papel blanco, con las letras “CM”, escritas con plumón negro. Saqué mi celular y le tomé una foto.

Al llegar a casa me encerré en mi dormitorio, descargué la foto del celular y la comparé con la imagen del video. Era la misma.

No puedo dejar de pensar en el famoso video, en los gritos de dolor del chico, que podría asegurar que es Juanjo, y en las risas de sus atacantes. Me desesperaba el solo imaginarme protagonizando esa película, sin poder defenderme, porque no sé cómo hacerlo. A media tarde fui al dormitorio de mamá, que me

resulta muy extraño en un día domingo, sin papá tendido descansando a su lado. Mamá se hallaba dormida en la parte izquierda de la cama, con un libro entre sus manos, como si aún conservara la costumbre de dejar libre el espacio de papá, a la espera de que éste llegue en cualquier momento.

La miré desde el umbral de la puerta y, después de pensarlo unos segundos, me tendí a su lado, lo que hizo que despertara.

—¿Estás bien, Ema? —me preguntó, al tiempo que extendía uno de sus brazos para acogerme.

—Sí.

—Mi nenita —me dio un beso en la frente.

—Mamá, he estado pensando en que quiero aprender defensa personal —le dije, como si eso fuera lo más normal del mundo.

—¿Por qué ¿Te ha pasado algo? —me miró seria.

—No, pero creo que sería una buena idea —dije, haciéndome la súper tonta.

—¿Estás segura de que no te ha pasado nada? —insistió.

—Sí, mamá, estoy segura.

—No sé, mi amor, estás muy chica para eso y eres tan delgada. —No le gustó la idea.

—¡Mamá!

—Lo pensaré —dijo, y la conversación terminó.

Cuando mamá dice que pensará algo, en realidad es un “no”. Tengo que hallar el modo de aprender a defenderme de pesotes como Adolfo.

Lunes 16 de junio

Apenas vi a Milo y a Sofi sentados en sus puestos en la sala, corrí a hablar con ellos.

—No tienen idea de lo que descubrí el fin de semana —les dije muy bajito, para que nadie más pudiera escuchar.

—¿Qué pasó? —Milo me miró con ojos de intriga.

—Los llamé como una loca, pero no me contestaron —les reclamé.

—¿Qué onda? —insistió Milo.

—Es que no lo van a creer.

Sofía sacó la voz:

—Ya, pues, cuenta de una vez qué pasó

—En YouTube encontré un video en el que se ve que le están pegando a Juanjo —los chicos me miraron con cara rara.

—¿Que le están pegando a Juanjo? —Sofi estaba incrédula.

—Chiiist, baja la voz; no quiero que nos escuchen.

—¿Estás segura? —preguntó Milo, en un murmullo.

—Sí, y lo grabé, para que lo veamos durante el recreo, en la biblioteca. —Saqué de mi mochila un pendrive y se los mostré, triunfante.

La primera hora de clases se me hizo eterna; no había forma de que me concentrara en la exposición de las ecuaciones que nos estaban enseñando en matemática. Mi cabeza solo podía pensar en el video, en Juanjo retorciéndose de dolor en el piso, y en la conducta de los chicos que lo pateaban sin piedad. Me paré a botar unos papeles al basurero que estaba junto a la puerta de entrada de la sala, y mientras caminaba de regreso a mi puesto, observé los rostros y los cuerpos de mis compañeros, en un intento de hacerlos encajar con las siluetas que seguían danzando en mi mente. Pero nada.

Sonó el timbre del recreo, produciendo un gran alboroto en la

sala. Milo, Sofia y yo nos miramos con complicidad. Permanecemos en nuestros puestos hasta que nos dejaron solos.

–Vengan –les ordené, y los conduje hasta la pared donde estaba pegado el papel.

–¿Y esto qué tiene que ver con lo que nos mostrarás? –preguntó Milo.

–Es súper importante. Mírenlo bien.

Los chicos examinaron el papel durante unos segundos, y luego nos dirigimos a la biblioteca, donde hay cuatro computadores de consulta para los estudiantes. Nos sentamos frente a uno de ellos, puse el pendrive y abrí el archivo del video. Mis amigos no podían creer lo que sus ojos veían.

–¿Ven esa mancha blanca? –les pregunté, al tiempo que dejaba en pausa la película.

–Síi –respondieron a coro.

–¿La han visto antes?

–Es la misma que está en la sala –sentenció Sofi.

–¿Quiénes son los que golpean a Juanjo? –preguntó Milo.

–No tengo idea; es lo que debemos averiguar –respondí.

–No puedo creer que sean tan perversos, que hasta graben las estupideces que hacen para subirlas a Internet –Sofi se notaba molesta.

–Son muy crueles –dijo Milo.

–Milo ¿nos ayudarás?

–Sí, está bien.

Sonó el timbre que indica el final del recreo y los tres regresamos a nuestra sala.

En la tarde, mis amigos y yo nos reunimos en casa y, encerrados en mi dormitorio, comenzamos a planificar la investigación.

Debo confesar que me dio un poco de miedo de meterme nuevamente en un lío. Por un instante, tuve la idea de contarle a mamá lo del video, pero luego me imaginé lo que haría: iría a

mostrarlo a la rectoría del colegio y, quizás, a los carabineros. Pero yo estaba convencida que, para descubrir a los chicos que violentaban a Juanjo, había que hacer una investigación desde dentro, algo así como encubiertos, para que nadie sospechara y mis compañeros actúen con naturalidad.

Martes 17 de junio (en la madrugada)

No sé por qué siempre me da por pensar en la noche, y lo único que logro es desvelarme y andar al día siguiente quedándome dormida en todas partes.

Se me grabaron en la mente un par de ideas, que me parece que hay que poner en práctica.

1. Hacerme amiga de la persona que subió el video al YouTube.
2. Acceder al computador de Juanjo o, al menos, conseguir las claves de su correo electrónico. Y averiguar, además, si tenía Fotolog, Facebook y todas esas cosas.
3. Averiguar por qué Manolo me preguntó si su hermano se juntaba con Eugenio.

*Nota. Solo quería anotarlo para que no se me olvide.
Ahora intentaré dormir.*

Miércoles 18 de junio

He estado muy ocupada con el cole, con unos problemitas de la Normi en los que me involucré, y con la investigación de Juanjo. Ahora que Milo nos está ayudando, todo ha sido mucho más productivo (aunque todavía no hemos descubierto nada importante), pero no he tenido tiempo para escribir mi diario.

El martes, a eso de la una de la tarde, le mandé a Manolo, el hermano de Juanjo, un mensaje privado a través de Facebook, pidiéndole que nos juntáramos ese mismo día, a las cinco de la tarde, en la Plaza Egaña. Antes de salir del colegio, pasé la biblioteca, para conectarme a Internet y confirmar la reunión.

Sofi, Milo y yo llegamos diez minutos antes de la hora acordada y nos sentamos en el borde de cemento que separa el paseo peatonal de los jardines. La tarde estaba fría, el cielo gris, y las personas caminaban apresuradas envueltas en sus abrigos. Este invierno me ha resultado especialmente tétrico y más largo de lo común: la muerte de Juanjo, la separación de mis papás, el asedio de Adolfo y de sus amigos. O, quizás, el haber vivido en Dominicana, donde los inviernos solo son temporada de lluvias, hizo que olvidara las tardes frías de mi país. No lo sé; de lo que sí estoy segura, es que quiero despertar y encontrarme con los árboles floridos, con el aroma de la primavera en el aire, y con la seguridad de haber descubierto qué fue lo que le sucedió a Juanjo y, si tengo suerte, con papá y mamá amaneciendo juntos, abrazados en su cama.

A las cinco en punto vimos a Manolo acercarse por la avenida Irrarázabal. Corrí a su encuentro, dejando para otro momento mis reflexiones, y lo llevé hasta donde estaban los chicos. Lo saludaron y Milo le explicó que queríamos ayudarlo a descubrir quiénes molestaban a su hermano, y que ya estábamos haciendo

averiguaciones al interior del colegio para conseguir nuestro fin. Le mencionamos el video en YouTube y la certeza de que se trataba de Juanjo.

–Pero necesitamos que nos ayudes –le dije, mientras sacaba una libreta para anotar lo que no quería olvidar.

–¿Cómo puedo ayudarlos?

–Queremos ver el computador de Juanjo y las cosas que guardaba en su dormitorio –dije, con aires de investigadora que sabe lo que hace.

–Complicado –respondió, haciendo una mueca en su rostro moreno.

Milo lo miró con aspecto de intriga:

–¿Muy complicado?

–Es que mis papás no quieren que nadie entre a su dormitorio. Lo tienen como si fuera una capilla, o algo así, y permanece tal como lo dejó mi hermano.

–Eso es perfecto –Sofía tenía cara de haber pensado algo brillante.

–¿Por qué? –pregunté, al tiempo que los tres la mirábamos con extrañeza.

–Porque ahí está todo lo que nos puede servir.

Manolo recordó entonces que sus papás partirían el próximo fin de semana a un retiro espiritual, lo que nosotros consideramos como el mejor momento para entrar en el dormitorio de Juanjo. Antes de despedirnos, Milo entregó a Manolo un disco compacto con la copia del video que habíamos visto en Internet, más la foto del papel blanco pegado en la muralla de la sala.

–Una última cosa, Manolo: no le cuentes a nadie de esto –le advertí, mirándolo directamente a sus ojos cafés, sombreados por hermosas pestañas.

–Quédate tranquila: no le hablaré a nadie.

Esa noche estuve hasta tarde trabajando en el compu, buscando

en YouTube. El nombre del usuario que había subido el video era “cm_194” y, para poder escribirle algo, me tuve que inscribir como usuaria del sitio, con el nombre de “palquiria”, que fue el único que se me ocurrió.

Pensé que si pretendía hacerme pasar por otra persona, para lograr la confianza de “cm_194”, tendría que crearme un mail, un MSN, un Facebook y un Fotolog como ‘palquiria’. Una chica de mi edad debe contar, al menos, con todas esas cosas. También tenía que tener fotos, pero no podían ser mías, pues me reconocería en el acto. Me quedé pensando un buen rato, y llegué a la conclusión que a la única persona a quien podía pedirle fotos era a Ana. Así que, aprovechando que estaba conectada al chat, le conté mi plan y la necesidad de usar su rostro como ‘palquiria’. Yo creo que Ana extraña todas las cosas que hacíamos juntas, y los líos en que nos metíamos, pues terminó tan entusiasmada de poder ayudar en la investigación, que dijo que bueno al tiro, aunque me hizo prometer que la mantendría al tanto de todo lo que pasara.

Tardé como una hora en crear mi nueva identidad en la red. En Fotolog puse como información de perfil que era hija de un marino africano y de una profesora chilena, para justificar los rasgos mulatos de las fotos. Solo pude subir una foto, en la que ‘palquiria’ (en realidad, Ana) estaba en Providencia vitrineando (la foto se la había tomado a mi amiga cuando estuvimos juntas de vacaciones en Chile). En Facebook logré poner más imágenes, todas de mi amiga en Chile, pero sola, sin mí.

Seguí ojeando los videos de “cm_194”: Había muchos, de todo tipo: deportes, chascarros, programas de TV, etc. En uno, donde se mostraban trucos de magia con una moneda, le escribí comentándole que encontraba muy entretenido sus videos, y que me gustaría mucho que me posteara en el Fotolog, o que me diera su nombre en MSN, para que pudiéramos chatear. No sabía si iba a resultarme todo lo que se me había ocurrido esa noche, pero

nada perdía con intentarlo.



El miércoles lo pasé esperando la respuesta de “cm_194” a mi invitación de ser amigos. Esperaba, también, que Adolfo no me viera, para que no me molestara (tuve suerte, pues lo retiraron a la segunda hora de clases, no sé por que motivo) y, por último, esperaba que transcurriera rápido el tiempo en el cole, para ir con mis dos amigos a la casa de mi abuela Normi. Ocurre que Milo nos contó que, en el pasaje donde viven él y mi abuela, había entrado un perro de gran tamaño, pero tan flaco, que era solo huesos y cuero, y que apenas podía caminar. Como los animales me encantan, y no puedo verlos sufrir, en el primer recreo llamé a la Normi a su casa, para averiguar lo del perrito. Me contó que había intentado darle comida, pero que era tan temeroso, que se escapaba con la cola entre las patas. Le dije, entonces, que Milo y yo la ayudaríamos. Después de colgar, llamé a mamá y le pedí permiso para ir con Sofi donde mi abuela, cuando saliera del cole, a ver el pobre animal.

Cuando íbamos caminando por la avenida principal, y solo faltaba un par de metros para la entrada del pasaje de mi abuela, que está rodeado de arbustos y flores, vimos de pronto la carita asustada de un perro amarillo, que nos miraba con ojos tristes, asomado entre las ligustrinas. Intenté acercarme, pero el animalito huyó, escondiéndose en el interior de una de las casas del pasaje. No quisimos asustarlo más, así que seguimos caminando a la casa de la Normi, que nos esperaba con onces.

—¿Cuándo llegó el perrito? —le pregunté a la Normi, mientras comía una tostada con mantequilla.

—Emita, lo estoy viendo desde hace una semana. Me rompe el corazón verlo caminar a duras penas, así que, en la entrada del pasaje, le he dejado comida de las niñitas (así le dice mi abuela a sus cuatro perras), pero no sé si se la come él u otro perro.

—La gente es muy mala —dije, mientras pasaban por mi mente las imágenes de la paliza a Juanjo—, maltratan a los animales, le pegan

a los niños..., es como si estuvieran enojados con el mundo y quisieran desquitarse con los débiles.

—¿Te pasó algo, mi amor? —me preguntó cariñosamente.

—No, nada; pensaba en el que abandonó a ese pobre perrito.

—Sí, la gente es muy mala —asintió. Y luego, mirando a Milo, dijo—: Lo que me da más rabia es que los vecinos del pasaje, excepto tu mamá y la Silvita de la casa de la entrada, lo único que quieren es llamar a la Municipalidad para que se lo lleven. Y no quiero ni pensar en lo que le harían al pobre animal —mi abuela se secó una lágrima, escapada de uno de sus ojos.

A mamá le gustan los animales, pero no es fanática como nosotras; si tiene uno, lo cuida y ya. Pero a mi abuela la vuelven loca; a sus cuatro perras y tres gatas las trata como si fueran sus hijas. Si una se enferma, se amanece cuidándola y gasta cantidades enormes de dinero en el veterinario. “Me muero si a una de mis niñitas le pasa algo”, repite siempre. Estoy segura de que mi amor por los animales lo heredé directamente de ella. Podemos pasar horas hablando de sus niñitas, o bañándolas y peinándolas.

Después de tomar onces, volvimos con Milo y Sofi al pasaje, y nos sentamos en el suelo, delante de la casa de una señora que no se ve nunca, porque es tan viejita, que casi todo el tiempo está enferma. Milo sostenía una bolsa con comida para perros. Ahí, soportando el frío de la tarde invernal de Santiago, permanecemos a la espera del perrito. Entretanto, hablé a mis amigos de la identidad que había inventado la noche anterior para hacerme amiga de “cm_194”, la que les pareció una súper buena idea. En eso estábamos, cuando de pronto apareció el animalito, caminando apenas, con la cola entre las patas, aunque alerta para escapar. Tenía el tamaño de un pastor alemán, una oreja erguida y la otra doblada, y se le notaban todos los huesos del cuerpo; todos, no solo las costillas, sino que la columna vertebral, los de las patas, y hasta los de su triste carita. Nunca en mi vida había visto un perro

tan flaco y maltratado. Me dio tanta pena, que tuve que aguantarme para no ponerme a llorar. Milo tiene algo que da confianza a los animales. Se puso a gatas y comenzó a avanzar, mientras el perrito, asustado, retrocedía. Mi amigo estiró la mano y echó un puñado de comida en el suelo, para luego retroceder hasta donde estábamos nosotras. El animalito se acercó tímido y lo devoró en un instante, con la mirada clavada en nosotros. Milo volvió a gatear hasta el perrito y le dejó más comida, pero esta vez aquél no retrocedió. Pasó un rato, entre olfateadas y titubeos, hasta que finalmente dejó que nuestro amigo le pusiera una mano sobre la cabeza, momento en que Sofi y yo aprovechamos para acercarnos y acariciarlo.

Estábamos seguros de que la perrita era cachorra (era hembra, como pudimos ver cuando levantó la cola, que tenía como incrustada entre las piernas) y se nos ocurrió que podríamos entrenarla como perro guardián del pasaje. En este, la mayoría de las personas que lo habitan son viejitos, y están siempre con miedo de que les entren a robar o que les hagan daño. Recordé una conversación de la Normi con el administrador de las casas del pasaje, un señor también viejito, que vive al lado de la casa de mi abuela. En ella le contaba que los delincuentes los tenían tan asustados, que pensaban contratar un guardia; pero que como la mayoría son jubilados y tienen poco dinero, no podían pagarlo, así que se les había ocurrido comprar un perro guardián. Cuando la Normi supo que la perrita era cachorra, pensó en lo mismo que nosotros: adoptarla como cuidadora del pasaje. Ella, la señora Silvita y la mamá de Milo, se entusiasmaron con la idea y, mientras nosotros espulgábamos a la cachorrita, las tres mujeres se juntaron para planificar la estadía de esta en el lugar.

La noche del miércoles, después de habernos ocupado de Quiltri (así le pusimos a la perrita, un nombre derivado de quiltro), la Normi fue a dejarme a mi casa. Mientras conversaba con mamá y

regaloneaba al Nico, aproveché para entrar soplada a mi dormitorio a ver si tenía algún mensaje de “cm_194”, pero nada.

Jueves 19 de junio

Hoy fue uno de esos días para olvidar, y creo que todo se debió a mi culpa. A segunda hora nos tocaba Sociedad, y a la profesora le gusta que hagamos trabajos en grupos, como mínimo de dos alumnos. Lo malo es que uno no puede escoger con quién trabajar, sino que ella designa el equipo. La profe hablaba y hablaba, y yo pensaba y pensaba, pero nada que ver con las cosas del cole. Por mi mente desfilaba la imagen de la Quiltri saltando en el pasaje donde vive mi abuela. Salí de mi voladura cuando escuché: Ema con Adolfo. –La voz de la profe produjo eco en mis oídos.

–Señorita, ¿puedo trabajar con Sofi? –la interrumpí, angustiada.

–No –dijo, sin mirarme siquiera.

–Pero, señorita... –no pude terminar mi ruego: la profesora me lo cortó.

–Nada de peros, Ema –y siguió designando dúos, sin tomarme en cuenta.

Apenas vi que Adolfo tomaba su cuaderno y su libro para venir hacia mi puesto, me empezó a doler la guata.

–¡Hola, Feto! –me dijo, burlón.

–Me llamo Ema –contesté molesta.

–Como sea, te tiene que quedar bueno el trabajo: quiero una buena nota –dijo mi supuesto colaborador, al tiempo que se sentaba relajadamente, casi echado en la silla junto a la mía.

–El trabajo tenemos que hacerlo entre los dos –lo miré enojada.

–No creo que sea necesario –Adolfo sacó un MP3 de su bolsillo, se puso los audífonos, y luego se tapó las orejas con la bufanda que tenía enrollada al cuello.

–Mira, Adolfo: yo no quiero trabajar contigo y tú no quieres trabajar conmigo, pero estamos fritos: me da lo mismo que te guste o no la idea, ¡pero tú también vas a trabajar! –Estaba tan

enojada, que le di un tirón al cable del MP3, que se cortó, y quedé con uno de los audífonos en la mano.

La cara de Adolfo se puso roja de furia; de un salto, se levantó de la silla y faltó poco para que se abalanzara sobre mí.

–¡Pendeja estúpida! –me gritó.

–Perdón, fue un accidente –le dije en un murmullo.

–¿Qué pasa? ¿Por qué tanto escándalo? –la profesora se había apartado de su escritorio y se acercaba a nosotros.

–Disculpe, señorita, es que casi me caigo; perdón, nunca más.

Adolfo es muy cínico: sabe que los MP3 están prohibidos en el cole, y se hizo el tonto. Puso cara de niño bueno y le habló a la profe con voz simpática.

–Está bien, pero no interrumpas a tus compañeros –la profe lo miró con expresión amable y le regaló una sonrisa, al tiempo que le daba una palmadita en el hombro. Luego regresó a su escritorio. No sé como lo hace Adolfo, para ser tan pesado y al mismo tiempo caerle bien a los profesores.

–Óyeme, tontorrón: mañana quiero unos audífonos nuevos. ¿Me escuchaste? –Adolfo se acercó y me habló amenazante al oído.

Creo que mi compañero tiene razón: soy una tontorrón. No sé por qué me quedé callada escuchando sus amenazas, pensando, incluso, en cómo podía conseguirle unos audífonos nuevos. Mamá dice siempre que sé defenderme, pero Adolfo me da miedo, porque creo que es capaz de pegarme. No insistí con lo del trabajo, mi compañero se puso el audífono bueno en la oreja, y yo abrí el libro para hacer sola la tarea, que consistía en “identificar los problemas que aquejan a nuestra comunidad”. Estaba tan enojada, que no se me ocurrió nada. No importa, pues tenemos que entregarlo el lunes siete de julio, así que me queda tiempo. Ya pensaré en algo.

A la salida de clases, mientras caminábamos hacia el pasaje para

saber cómo estaba la Quiltri, conté a mis amigos lo que me había pasado con Adolfo.

–Pero, Ema, ¿por qué no se lo dijiste a la profe? –Sofi puso cara de paciencia.

–Porque creo que Adolfo es “cm_194”, y, si lo acuso, ya no lo podré comprobar.

–¿Qué te hace pensar que es él? –Milo me miró a los ojos.

–Es súper molesto, no me deja tranquila, siempre se las arregla para hacerme sentir mal.

Milo sacó un papel arrugado y mugriento de uno de los bolsillos de su pantalón.

–¿Saben? –dijo–, he estado pensando en nuestros compañeros; hasta hice una lista.

–¿De qué se trata esa lista? –pregunté.

–De los compañeros molestos. Somos treinta en el curso, y veinticinco están molestando a alguien todo el tiempo.

–Pero el peor es Adolfo. –Defendí mi teoría.

–No creas, la mayoría se hacen los tontos, y no te das cuenta lo desagradables que son hasta que te toca ser la víctima –Milo tiene siempre respuesta para todo.

–Quedamos en las mismas –la voz de Sofi emergió en medio de un suspiro.

–Por eso, no podemos decir nada hasta estar seguros –dictaminé.

Milo abrió el portón de la reja del pasaje, y los tres entramos con los pies casi a la rastra y la mirada atenta, esperando encontrarnos con la perrita. De pronto, la vimos pasar huyendo despavorida; tras ella iba la vecina de mi abuela, dándole de escobazos. Milo corrió a proteger a la Quiltri.

–¿Qué le pasa, señora? –Sofi se paró frente a la mujer. Nuestra amiga es alta y se veía amenazante, con sus brazos en jarra apoyados en la cintura.

–¿Qué les pasa a ustedes, que andan entrando perros mugrientos!

–la mujer estaba descontrolada, con los ojos desorbitados, como nunca antes la vi. La tenía por una ancianita amorosa. Qué equivocada estaba yo.

–Es una pobre perra flaca, que lo ha pasado muy mal –le dije calmadamente, intentando apaciguar los ánimos.

–¡Santo cielo, niñita! Los perros se ensucian por todas partes –la mujer seguía gritando.

–Yo he limpiado su caca todos los días, desde que llegó –dijo Milo, mientras abrazaba a la pobre Quiltri, que tiritaba de miedo.

–¡Dios mío, a mi edad tener que estar discutiendo con chiquillos mal educados!

–Señora, no queremos discutir con usted, pero ya que nombró a Dios, ¿cree que a Él le gustaría que usted maltrate a un animal? –le dije, sin pensarlo.

–Ya hablaré con tu abuela, niñita insolente.

La señora dio media vuelta y se fue reclamando entre dientes.

Nos quedó claro que a la Quiltri no la quieren en el pasaje. Parece que la Normi tiene hartas ganas de quedarse con ella, aunque le da un poco de miedo que le haga algo a sus perras. Las cuatro que tiene (cuando vine con Ana, de vacaciones, tenía tres, pero ese año, la tía Paula le regaló para su cumpleaños otra niñita, una yorky más enana que el resto) son tamaño llavero, y la Quiltri, pese a estar tan desnutrida, es grande y tiene unos tremendos dientes.

Esa noche mi abuela puso una alfombra para la perrita en el antejardín. Y le dejó agua, comida y la puerta abierta, con la esperanza de que le perdiera el miedo y se refugiara en su casa.

Si yo pudiera, recogería a todos los perros abandonados y atropellados que veo en la calle. Es lo que más me gustaría hacer en la vida. Pero como aún soy chica, me da un poco de miedo que se me quite el amor por los animales a medida que cumpla años, y me comience a preocupar de cosas que ahora no considero

importantes.

Como la Normi tiene obsesión con la comida, nos estaba esperando con sopaipillas y leche en el comedor de diario de la cocina, que es súper grande. Siempre que estoy en ese lugar, me imagino a mi abuela, al abuelo, a mamá y a la tía Paula conversando y riendo. También me gusta tocar los adornos y los muebles, pues siento que en esos objetos quedaron atrapadas las historias de una familia que ahora está dispersa. Me imagino que algún día a mis hijos les pasará lo mismo cuando se hallen en la casa de sus papás.

Mientras comíamos, la Normi hacía callar a sus perras, que a veces interrumpían nuestra conversación con sus ladridos chillones. Reflexionábamos sobre lo mala que es la gente con los animales, que los tratan como cosas y los desechan como si fueran basura, sin que les importe que sufran. La tele estaba encendida y, de vez en cuando, le poníamos atención.

—¿Cómo les puede extrañar que abandonen a un perro? Miren —dijo Sofi, indicando la pantalla de la tele, donde acababan de anunciar los titulares de las noticias de esa noche.

“Un pequeño recién nacido fue abandonado en las puertas del Hogar de Menores Renacer. El menor aún se encontraba con el cordón umbilical y se desconoce el paradero de la madre...”

Nos quedamos en silencio; seguramente todos pensábamos en lo mismo. Los hogares de menores están llenos de niños abandonados por sus padres, muchas personas ancianas viven solas, sin que sus familias se preocupen por ellas, y solo se sabe de que existen (como en el caso de esa guagua), cuando un vecino llama a la tele para denunciar la situación. En las calles, las personas se agarran a puñetazos por cualquier tontería, como si fuera el fin del mundo, y los niños se suicidan, porque los asedian en el colegio por ser distintos, o morenos, o gordos, o flacos, da lo mismo. Es como si todos estuvieran enojados con todos.

Camino a casa tenía pena, sin saber bien de qué, aunque creo que era una mezcla de todo: el mal rato con Adolfo, lo que le había ocurrido a Juanjo y a la pobre Quiltri, que estaba tratando de sobrevivir en un lugar que era peor que la jungla.

Saludé a mamá con un beso desganado, me fui al dormitorio, y, en un acto reflejo, encendí el computador (es lo que hago todos los días cuando llego a casa). En seguida abrí el correo electrónico con mi nueva identidad. Había recibido uno nuevo.

Hola palquiria:

Que wena que te hayan gustado mis videos, son bkn.

Me encanta tener amigos nuevos así que estoy :) de que me agregues al xat para que podamos hablar ;)

Xao

cm_194

Me quedé helada. Tenía todo planeado, incluso cómo hablar con “cm_194”, pero ahora no estaba tan segura de agregarlo. Lo pensé un par de minutos y abrí el chat de “palquiria”, me fui al botón de Agregar Contacto, anoté su mail, y apreté Enviar, antes de arrepentirme.

Viernes 20 de junio

Ayer me quedé hasta súper tarde buscando unos audífonos para Adolfo, acordándome de que cuando me regalaron el MP3, este traía unos que no me gustaron, y de que yo después compré otros. El problema era que no tenía idea dónde los había guardado. Di vuelta entero mi dormitorio, hasta me metí en la bodega del departamento, pero nada, los dichosos audífonos no aparecían, y a cada momento me daba más rabia conmigo por ser tan tonta y hacerle caso al molesto de Adolfo. Luego recapacitaba: yo se los rompí, yo tengo que pagarlos, y dale revolviendo todo, hasta que por fin aparecieron en el cajón de las bandejas, en la cocina. “Al menos me ahorro un problema”, pensé, y los guardé en mi mochila.

Lo primero que hoy hice en el cole fue buscar al pesote de Adolfo.

–Toma, aquí tienes tus audífonos –le dije, sin siquiera saludarlo.

–A ver –mi compañero los tomó y los examinó con cuidado–. Pero esta custión está usá –murmuró molesto.

–Son los únicos que tengo.

–Mira, Feto, te dije que quería unos nuevos, así que me voy a quedar con estos hasta que me traigái unos Sony –me hablaba como si fuera estúpida y, al terminar, me dio una palmadita burlona en la mejilla.

Quería gritarle, patearlo, tirarle el pelo, y todas esas cosas que no hago, porque soy pacífica, aunque quiera aprender defensa personal para defenderme de abusadores como Adolfo. El tipo me pone de malas; pero me contuve, pues no quiero armar escándalos antes de saber quién molestaba a Juanjo, y también porque mamá me dijo que no quería problemas conmigo.

Hace poco rato que mis amigos se fueron. Nos habíamos juntado

en casa para planificar lo de mañana, y decidimos confirmarle a Manolo que iríamos a su casa, aprovechando que no están sus papás, para revisar el compu y las cosas de su hermano. Todo esto me tiene un poco nerviosa; no me gusta meterme en lo ajeno, menos aún cuando se trata de cosas de Juanjo, mi compañero muerto. Pero sé que es el único modo de saber qué le ocurrió.

Nota 1. ¿Cuánto costarán los audífonos Sony?

Nota 2. Hoy no supimos nada de la Quiltri.

Nota 3. ¿Cómo puedo convencer a mamá de que me inscriba en una academia de defensa personal?



Sábado 21 de junio

Me duele la cabeza de tanto pensar e investigar. Llegamos a la casa de Juanjo a eso de las once, pues queríamos aprovechar el día. Estaba lloviendo a cántaros (como dice mi abuela) y por poco mamá no me deja salir de casa. Pero tanto le rogué, diciéndole que teníamos que terminar un trabajo de investigación con nota, que terminó por darme permiso. La casa está a unas diez cuadras de la mía, caminando por Irrázaval hacia la plaza Ñuñoa. Mis amigos y yo no podríamos andarlas sin llegar empapados, por lo que tomamos un micro.

Al llegar a una callecita sin salida y solitaria, nos encontramos con una construcción antigua pintada de blanco, con un jardín cuidado y enormes rejas de fierro. Estaba algo arrepentida de escarbar las cosas de un muerto, pero era demasiado tarde: la decisión estaba tomada y no me quedaba más alternativa que asumirla.

Apenas tocamos el timbre apareció Manolo. Se veía más alto de cómo lo recordaba. Su pelo ondulado estaba despeinado, y sus hermosos ojos de largas pestañas se destacaban aún más detrás de los lentes que traía puestos. Me dio un poco de vergüenza, y creo que hasta me puse roja, al darme cuenta que lo encontraba atractivo en esos jeans desteñidos y el polerón rojo, que dejaba escapar los bordes de la camisa azul piedra, a la altura de las caderas.

—¡Hola! —dijo, al tiempo que abría un paraguas para salir a recibirnos a la reja de entrada.

—¡Hola! —contestamos a coro.

—¿Tus papás se fueron, verdad? —preguntó Milo, antes de atreverse a cruzar el umbral.

—Sí, ayer en la noche.

Ingresamos a la sala y nos sentamos en el sofá. Me sentía incómoda en aquel lugar plagado de fotos. En los estantes, sobre las mesas de arrimo, en las paredes, en toas partes había portarretratos que cobijaban la figura de Juanjo en otros tiempos, cuando era feliz: riendo, patinando, en la playa, en el campo, con sus padres. Tomé una fotografía de la mesa, junto al sofá.

—¿Quién es? —distinguí a un chico delgado, de unos once años, que se veía feliz montado sobre un caballo.

—Juanjo —dijo Manolo.

—Pero qué distinto se ve; era mucho más...

El dueño de casa me interrumpió:

—Gordo... Antes no era gordo; subió de peso el año pasado.

No supe qué decir.

El silencio reinante era molesto; me hacía sentir intrusa, y se hizo aún más desagradable cuando nos levantamos del sofá para subir las añosas escaleras de madera, que chirriaban con cada una de nuestras pisadas. El segundo piso estaba en penumbras, pues la ventana, al final del corredor, apenas dejaba entrar una pizca de claridad, mientras el repiqueteo incesante de la lluvia golpeando el cobertizo me sobrecogía. Los tres seguíamos a Manolo, que caminaba con paso firme; una, dos tres puertas, y se detuvo frente a la que me pareció más tétrica.

—Miren bien como está todo; tiene que quedar igual cuando salgamos de la pieza —nos advirtió Manolo.

—No te preocupes —dije, al tiempo que tomaba todo el aire que podía para calmar mis nervios.

Manolo giró el cerrojo y abrió puerta; el dormitorio era amplio, con dos ventanales cubiertos con cortinas azules y visillos blancos. Estaba más oscuro que en el pasillo, por lo que el dueño de casa se apresuró en encender la luz. Permanecimos escudriñando atentamente cada una de las cosas, para recordar dejarlas en su sitio. La cama se hallaba a la izquierda de la puerta de entrada, con

los pies hacia ella, y el velador junto a la cabecera. Unos centímetros más a la derecha estaba el closet; le seguía un estante lleno de libros, coronado con un globo terráqueo. En la pared frente a la puerta, una de las dos ventanas terminaba donde había un gran escritorio con un computador y un cuaderno, que llamó mi atención. En el muro derecho, la segunda ventana. Al lado de la puerta, otro estante, con varios autitos de colección. En el centro de la habitación, sobre el piso de parquet, de destacaba una alfombra redonda de color azul, y junto a la cama, como esperando que alguien bajara de ella, un par de pantuflas.

Milo se sentó ante el computador, lo encendió y, cuando arrancó, se puso a teclear como loco. Manolo trajo un piso, lo puso a su lado, y ambos intentaron revisar el historial de visitas de las páginas que frecuentaba Juanjo. Yo tomé el cuaderno que había llamado mi atención, me senté en el suelo, y lo comencé a hojear. Era de matemática, del cole, pero de todos modos pensé que en él podía encontrar algo. En tanto, Sofi sacaba cada uno de los libros del estante y husmeaba en su interior. Los segundos, minutos, horas, pasaban, mientras escarbábamos en la intimidad de Juanjo, sin encontrar nada importante, o que diera luces de qué lo había atormentado.

—¿Y qué hay en el compu? —preguntó Sofi, después de devolver el último libro al estante.

—Lo típico; trabajos del colegio, juegos, las últimas páginas de Internet —repuso Milo, mientras seguía tecleando.

—¿Y en Internet? —pregunté yo.

—Hace como una hora que estamos probando claves para entrar a su correo electrónico y a Facebook, pero nada —Manolo habló con voz de hombre grande.

—Y nosotras no encontramos nada de utilidad en sus libros —balbuceó Sofi, y comenzó a mirar si había algo debajo de la cama.

Sentada sobre la cama, yo examinaba entretanto, centímetro a

centímetro, cada rincón del dormitorio. Estaba cansada, me dolía la cabeza de tanto mirar libros, autitos y cuadernos sin resultados. De pronto, mis ojos se posaron en el globo terráqueo ubicado en la parte más alta del librero. Recordé aquella vez en que papá nos anunció que nos iríamos a vivir a República Dominicana, porque lo trasladaba allí su empresa, y que yo corrí a mi dormitorio a buscar dónde estaba ese país en un globo terráqueo, muy parecido al de Juanjo. Por mi mente pasaron todos los buenos momentos vividos con mi familia, que ahora sentía destruida, ya que uno de sus miembros había quedado a miles de kilómetros. Pensé en los papás de mi compañero, en su hermano; ellos estaban más destrozados que los míos. Yo tenía la certeza de que vería nuevamente a papá; ellos trataban, en cambio, de conservar el recuerdo de Juanjo entre las cuatro paredes de su dormitorio. Me dio mucha pena, quise sentir cerca a papá, y me levanté de la cama para tocar la imagen de Dominicana en el globo terráqueo e imaginar que era el rostro de ese hombre que amo tanto. Me empiné lo más que pude y puse mi dedo índice sobre la isla caribeña, pero en ese momento perdí el equilibrio y estuve a punto de caer. Al tratar de afirmarme en el estante, pasé a llevar el globo terráqueo, que cayó rebotando en el piso, para quedar finalmente abierto en dos mitades junto a mis pies.

—¿Qué pasó? —Manolo despegó los ojos del computador, alertado por el escándalo.

—Perdón, se me cayó el globo, pero lo puedo arreglar —me disculpé, al tiempo que me inclinaba para intentar rearmarlo.

—¡Ten más cuidado, Ema! —me regañó Sofi.

—Aquí hay algo —dije entre dientes.

—¿Qué? —Sofi se acercó.

—Aquí hay un papel pegado por dentro del globo.

No podía creer lo que veían mis ojos. Tomé los dos pedazos del aparato y los puse sobre la cama. Los chicos, que se habían

acercado, los miraban desconcertados. Despegué la cinta adhesiva que mantenía fija la hoja de cuaderno y la desdoblé. Con lápiz de pasta, estaba escrito en ella el número 9 2 5 0 7 3 1 9.

—¿Y esto, qué será? —Sofi puso cara de decepción.

—La clave, puede ser la clave de su correo. —Milo habló con cara sonriente, en tanto corría a sentarse frente al computador. Sofi, Manolo y yo lo rodeamos.

—¡Bien! —exclamó triunfante nuestro amigo, al ingresar los números en la ventanilla de la clave en Gmail, mientras en la pantalla se desplegaba el listado de correos de Juanjo.

Milo abrió Facebook y probó la clave: también se abrió la página. Con Fotolog funcionó igualmente.

—Esta tiene que ser la clave que usaba para todo —la voz de Manolo era triste. Tragó saliva y salió del dormitorio.

—Espera —dije, mientras lo seguía.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿me das un vaso de agua? —No tenía sed, solo quería que habláramos.

Bajamos la escalera acompañados del mismo chirriar de los peldaños de madera, y al compás de las gotas de lluvia rebotando en el cinc del cobertizo, que escuchamos cuando subimos, pero esta vez no lo encontré atemorizante. La escalera desembocaba en el recibidor, desde donde nacía un pasillo largo y oscuro, que daba paso a la cocina.

—Toma —Manolo me pasó un vaso con agua.

—Gracias —respondí, automáticamente. Me senté en la mesa del comedor de diario, y él se sentó frente a mí—. ¿Estás bien? —le pregunté.

—No —fue lo único que dijo y agachó la cabeza, hundiéndola entre sus brazos, que había cruzado sobre la mesa.

El tiempo pasaba lento; hasta daba la sensación de que se había detenido, para dejar espacio a los sollozos de Manolo. Me hallaba

paralizada ante él. ¿Y si le hablaba, qué le diría? Un abrazo siempre ayuda, pero me sentía congelada en la silla. Por fin, una de mis manos se escapó y tocó su brazo izquierdo.

—¿Lo estas pasando muy mal, verdad?

—No te imaginas cuánto. —Manolo levantó la cabeza y pude ver sus ojos llorosos.

—¿Lo extrañas mucho?

—Mucho —secó sus lágrimas con los puños de su polerón y tomó un trago de agua del vaso que me había pasado—. ¿Sabes, Ema, me duele aquí? —se tocó el pecho con la mano derecha, a la altura del corazón, y sorbeteó—. Me duele tanto, y no se me quita con nada, ni llorando, ni hablando, con nada.

—Te entiendo.

—No, tú no entiendes. ¿Se te ha muerto un hermano?

—No —me sentí avergonzada.

—¿Se te ha muerto alguien, a quien tú adorabas por sobre todo en el mundo?

—No.

—Entonces no puedes entender cuánto duele; porque duele más que una herida: es una pena incontenible, que te acompaña todo el día y toda la noche —me paré de la silla y lo abracé lo más fuerte que pude; Manolo comenzó a llorar sin consuelo.

Nos quedamos sumidos en el abrazo por más tiempo del que hubiera esperado. Me sentía ridícula, intentando consolar a alguien sin saber cómo hacerlo; me supe estúpida por cada pregunta que le hice, y avergonzada al pretender entender la muerte sin que siquiera supiese lo que significaba la pérdida de una mascota. Manolo lloraba en mis brazos, mientras yo me preguntaba quiénes arrastraron a Juanjo a la decisión de terminar con su vida.

—Tengo rabia de no haberme dado cuenta de que algo le ocurría —Manolo escapó de mis brazos—. Quiero encontrar a esos pendejos que lo atormentaban.

—¿Y cuando los encuentres, qué vas hacer?

—No sé.

Escuchamos el rechinar de la escalera, y luego vimos a Milo y a Sofi detenidos en el umbral de la puerta de la cocina.

—Es tarde, vámonos —ordenó Milo.

—¿Hallaron algo en los mails? —preguntó Manolo.

—Tenemos que leerlos con calma. Me llevo la clave y después te cuento —Milo le mostró el papel en que había anotado los números.

Tuve una corazonada repentina:

—¡Espera! —dije— ¿Revisaron bien el dormitorio?

—Estábamos metidos en el compu —repuso Sofi, mientras se arreglaba la parca.

—Si Juanjo escondió la clave en el globo terráqueo, pudo esconder otras cosas en el dormitorio —puse cara de iluminada por una idea genial.

—Tienes razón —murmuró Milo.

Sin decir algo más, nos apresuramos a volver al dormitorio de Juanjo. Sofi encendió la luz y nos detuvimos en el centro de la habitación a observar los lugares que podían servir de escondite. Corrimos la cama, el velador, revisamos detrás de cada uno de los cuadros que poblaban las paredes amarillas del dormitorio, pero nada. Colgué el último cuadro que había tenido en mis manos y crucé la habitación hacia la puerta, donde me esperaban mis amigos.

—¡Quieta! —Milo hizo que me detuviera en medio de la alfombra azul.

—¿Qué pasa? —me quedé como una momia, un poco asustada, imaginándome que había una araña, a las que le tengo terror.

—Parece que hay una tabla suelta —Milo se acercó, y yo pisé con más fuerza la alfombra bajo mis pies.

Enrollamos cuidadosamente la alfombra; ante nosotros

aparecieron las imperfecciones del piso añoso y un par de tablas sueltas, que Manolo levantó con cuidado. Bajo ellas surgió un espacio oscuro y mugriento. Sofí, que parece no tenerle miedo a las arañas, metió una mano y comenzó a buscar a tientas. A cabo de unos segundos, sacó una cajita de cartón, que abrió apresuradamente, mientras nosotros la mirábamos expectantes.

—¡Una llave! —dijimos a coro, en tanto que Sofí sostenía en una de sus manos lo recién descubierto.

—¿De dónde será esta llave? —Miré a Manolo con cara de intriga.

—No sé —respondió, encogiéndose de hombros.

Dejamos la casa sin encontrar la puerta o la caja que abriera la dichosa llave. Solo nos llevábamos la clave de Internet que encontramos en el papel oculto en el globo terráqueo.

No ha parado de llover. En las noticias aparecen las imágenes de los sectores inundados y de la gente que reclama por la mala construcción de sus viviendas. Yo estoy abrigadita en mi dormitorio, con la llave misteriosa en las manos, segura de que abre los secretos de Juanjo. Ella me recuerda la vez que le pedí a papá que me dejara usar la caja fuerte de mi habitación en el departamento del hotel donde vivíamos en Dominicana. Quería guardar en ella mi diario de vida y todas esas cosas que eran importantes para mí. Me imagino que Juanjo también tenía cosas importantes que proteger, y decidió guardarlas bajo llave.

Estoy agotada; no soy capaz de entrar a Internet y ver lo de Juanjo. Mejor lo hago mañana.

Domingo 22 de junio (en la mañana)

Acabo de despertar de un sueño que me dejó preocupada. No es que crea en esas cosas de anuncios a futuro en los sueños, pero este fue como si lo hubiera vivido, y lo que en él pasó es lo que me tiene mal. Yo estaba en una plaza con muchas flores y prados verdes; creo que era primavera, porque podía sentir el aroma dulzón del pasto recién cortado y el trino de los pajaritos en los árboles. De pronto veía a Manolo, que se me acercaba sonriente y me tomaba de las manos, me acariciaba el pelo y me daba un abrazo fuerte; después me decía que me quería y me daba un beso en la cara, muy cerca de la boca. En ese momento desperté con un nudo en la guata y una pregunta instalada en mi cabeza: ¿Me estará gustando Manolo? Porque una sueña cualquier tontera, pero este sueño en particular me hacía sentir feliz. Es verdad que lo encuentro lindo; no sé si es simpático o no, porque siempre hablamos de su hermano y nada de nosotros. No, no me puede gustar: tiene muchos años. ¿Qué edad tendrá? Uf, qué horror, tengo que hablar con Ana.

Nota. No pensaré más leseras y me dedicaré a ver las cosas de Juanjo en Internet. Mis amigos llegarán al mediodía y ni siquiera me he levantado.

Domingo 22 de junio (en la noche)

Hoy hemos revisado cada uno de los mails que estaban en la casilla de correos de Juanjo, y apenas uno, que él no alcanzó a abrir, es de quienes lo acosaban:

“Xanxo asqueroso, te vimos baboseando en el cole, ¿no te da vergüenza salir de tu ksa, pedazo de masa sin forma? Si yo fuera tú me encierro en la ksa y no salgo más, dai pena con esa kra de xanxo llena de granos. Otra cosa, guatón repugnante, kchamos que le estay haciendo ojitos a la Lucila, cómo podís creer que esa tremenda mina te puede peskr si lo único que dá es pena.

Mejor no te apareskai en el cole te vamos a sakar la cresta igual que la semana pasá que quedaste todo moretiao jajaja.

Xanxo, q le dijiste a la profe de naturaleza por el informe q te hicimos challa jajaja, supe q te pusieron un 2 aja, pero no day pa ma tonto asopao”.

Milo leyó el mail en voz alta. Cuando calló, nos miramos en silencio.

–No puedo creer las brutalidades que le escriben –Sofi tenía cara de pena–. ¡Cómo pueden ser tan malos!

–¿Quién se lo mandó? –pregunté, con un nudo en la garganta.

–No lo dice –Milo revisó el remitente.

–¿Quién será? –insistí.

–Lo único claro es que pertenece curso, por lo del informe de Naturaleza –Sofi se paró de su silla y fue a mirar la tarde gris por la ventana de mi dormitorio.

–Encuentro raro que no tenga remitente –Me acordé de los mails que recibo: todos tienen la información de quien lo envía.

–En realidad, es hartito raro –Sofi seguía mirando por la ventana.

Mis amigos se fueron cuando había comenzando a oscurecer. Me quedé en mi dormitorio, pensando en el mail y en todas las cosas

feas que decía. No entiendo por qué las personas se tratan tan mal, por qué dicen cosas hirientes. He estado poniendo atención a las conversaciones de mis compañeros; las encontraba de lo más normales, aunque no puede estar bien ponerle apodos a todos, sobrenombres que destacan lo feo o malo que tienen, como si apocar a los compañeros los hiciera sentirse mejores que ellos. A mí me dicen Feto, lo que me carga; a Milo le pusieron Lagartija, no tengo idea por qué. Si un compañero no es muy buen alumno, lo molestan, le dicen idiota, estúpido o mongólico. Si a un chico le va bien en el cole, le dicen Nerd, e igualmente lo molestan. Al final da lo mismo lo que uno haga, siempre están las miradas atentas de esos grupos de chicos que se sienten felices con el malestar ajeno.

Apenas si conocí a Juanjo, creo que nunca hablé con él, pero sí escuché cuando mis compañeros lo molestaban y él no decía nada, se quedaba en su rincón del final de la sala, haciendo como si eso no le importara, incluso sonriendo. Nunca lo vi acompañado, ni siquiera la niña que se sentaba junto a él le hablaba: era como si solo existiera para que se mofaran de él. En Educación Física era peor: como tenía sobrepeso, le costaba mucho correr o hacer cualquier ejercicio. Recuerdo las risotadas de mis compañeros al verlo sudando y trotando lentamente, con dificultad y cansancio extremo. “Cachen el chancho”, decían a coro, y luego las risas exageradas, mientras él hacía como si nada.

Estoy enojada con mi curso, estoy enojada conmigo misma por creer que eso estaba bien, por no defenderlo, porque no me lo hacían a mí. Todos sabíamos que le decían Chanchomán, incluso los profesores, pero jamás nadie pensó en cómo se sentía él con ese apodo. Ahora se me viene a la cabeza cada uno de los insultos del mail que hallamos, y me da una pena negra, pues me doy cuenta de que es demasiado tarde y de que ya no puedo hacer nada; ya no lo puedo consolar, ya no puedo ser su amiga, ya no

puedo enfrentar a los matones que lo patearon en el suelo, porque ni siquiera soy capaz de identificarlos. Juanjo está muerto y siento que lo matamos entre todos.

Lunes 23 de junio

No me gusta ir al colegio cuando mis amigos faltan. Hoy Sofi y Milo no fueron a clases y me sentí sola todo el día; cada hora se me hizo eterna, pues intenté evitar encontrarme con el pesado de Adolfo. Apenas tocaban el timbre del recreo, corría a instalarme en la recepción del cole, junto a la secretaria; le hablaba cualquier cosa o simplemente me hacía la súper tonta, hojeando algún cuaderno, simulando que estudiaba. Hice lo mismo que aprendí de un chico en una serie del Nick que me gusta mucho, Manual de Supervivencia Escolar de Ned: en uno de los capítulos, el protagonista tiene problemas con unos bravucones y se libra de ellos escapando del mismo modo que yo lo hice hoy (y mamá dice que la tele no enseña nada...).

En clases ni siquiera miré al pesote; cada vez que detectaba su humanidad acercándoseme, me paraba hecha una bala y le preguntaba cualquier cosa al profe de turno, hasta verificar que el susodicho había regresado a su puesto.

Cuando tocaron el timbre del fin de la jornada me empecé a sentir a salvo; había logrado escapar del mal rato de encontrarme con Adolfo y sus monigotes, que lo siguen como si fuera un dios.

No me gusta irme sola a casa, pero debí hacerlo. Esperé en Recepción hasta que vi salir del cole a todos mis compañeros; respiré profundo y me encaminé casi al trote rumbo a mi casa, que está a escasas cuatro cuadras. Todo iba bien, incluso me sentía aliviada de haber terminado ese día de colegio, cuando, al cruzar la segunda calle, detrás de un quiosco abandonado, apareció Adolfo, acompañado de Gastón y Luciano.

—¿Vas sola, Feto? —me preguntó burlón, mientras sus amigotes me rodeaban.

—Déjame tranquila.

–¿Y mis audífonos?
–No tengo plata para comprar nuevos –respondí enérgica.
–Qué pena –dijo, al tiempo que le hacía una seña a sus amigos.
Luciano se me acercó, me quitó la mochila y se puso a escarbar en ella hasta encontrar mi celular, que entregó a Adolfo.
–¡Devuélvemelo!
–No, Feto, ahora es mío.
–Me lo estás robando. Te voy a acusar en el colegio y a los carabineros –le dije, sin pensarlo.
–No lo creo, Feto –Adolfo se reía burlonamente.
–Te voy a acusar –insistí.
–Si tú me acusas, le diré a la profe de Naturaleza que copiaste en la última prueba, en esa que te sacaste un seis.
–Yo nunca he copiado –me defendí.
–Y hablo con los papás del Chanchomán para contarles que tú le pusiste ese apodo tan feo y que lo molestabas el día entero.
– ¡Eso es mentira!
–Y qué importa, ¿tú creí' que te van a creer a ti? Una pendeja nueva, que se las da de gran persona. No seai tonta, Feto, y, por último, te puede ir mal conmigo, pendeja –Adolfo simuló que me abrazaba como si fuéramos pololos, aprisionándome tan fuerte que casi no podía respirar.

Cuando Adolfo y sus amigos finalmente me dejaron, yo me quedé parada al lado del quiosco, sintiéndome desamparada, estúpida, cobarde. ¿Por qué no le mandé un rodillazo entre las piernas, como tantas veces he pensado que haría si me viera amenazada por un hombre? Me puse a llorar como una tonta, acordándome de la conversación que tuve con mamá hace unos días, en que me pidió que le dijera si me pasaba algo malo, y que confiara en ella. Me sequé las lágrimas y caminé, decidida a contarle todo lo que estaba pasando. Estaba segura de que entendería la necesidad, a lo menos, de inscribirme en una

academia de karate, y, por supuesto, de que armaría un escándalo monumental en el colegio.

Al entrar al departamento encontré a mamá en la cocina, afeitada preparando un queque.

–¡Hola, mamá! –le di un beso en la mejilla.

–Hola, Ema, ¿cómo te fue?

–No muy bien, en realidad –dije, decidida a contárselo todo, aunque me costara un súper reto y un castigo por no hablarle antes del tema.

–Qué bueno –respondió, y yo me quedé con la boca abierta.

–¿Qué bueno que no me haya ido bien? –le pregunté, molesta.

–Perdón, estaba distraída. –Dejó a un lado la fuente en la que preparaba la masa, se limpió las manos en el delantal, y terminó simulando que me escuchaba, como buena madre.

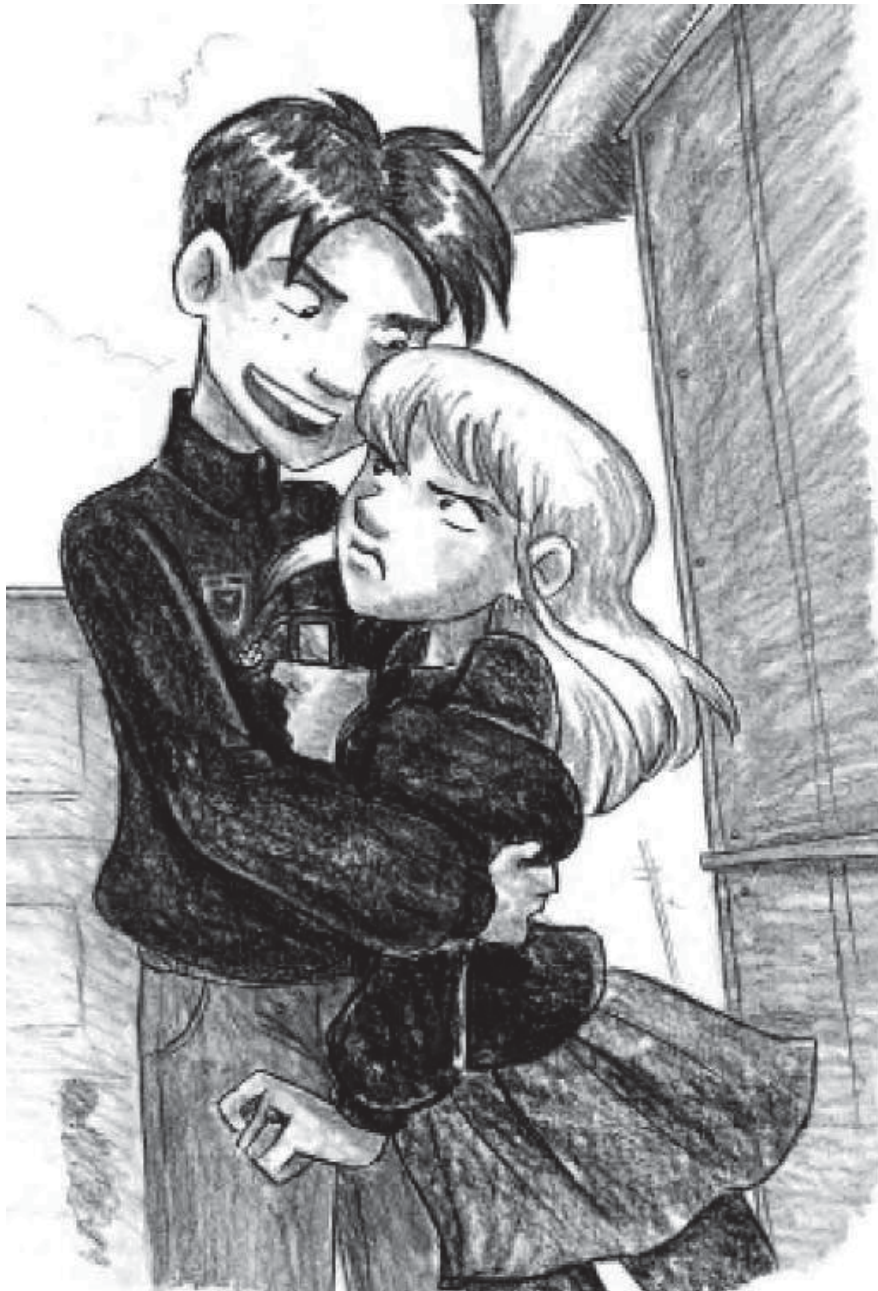
–¡Tú nunca me escuchas, mamá! –Me dio tanta rabia, que salí de la cocina y me encerré en mi dormitorio.

– ¡Abre, Ema! –mamá golpeaba la puerta que yo había cerrado con llave–. Ema, hablemos –insistía.

–¡No quiero hablar contigo! –le grité.

–¡No me grites, niñita insolente!

–Mamá, sin gritarte, no quiero hablar contigo. ¿Para qué te hablo, si haces como que me escuchas, pero en realidad no me pones atención?



No sé cuánto rato estuvo esperando al otro lado de la puerta; la verdad es que no me importa. Me molesta mucho cuando se quiere hacer la buena madre, comprensiva y dedicada, pero si la necesito, o quiero hablar algo importante con ella, me doy cuenta de que no le importa y que sigue metida en sus cosas. Después se enoja y dice que soy una adolescente intratable, que estoy muy rara, que me enoja por todo, y bla-bla-bla. No me encuentro distinta a cómo era antes y es ella la que no me entiende. No pienso contarle nada, y ya veré cómo arreglo las cosas yo solita.

A las 23 horas del mismo día

Estoy segura de que mamá llamó a papá para hablarle quizá qué cosas de mí. Sucede que acabo de colgarle el teléfono a papá. Me dio un sermón de media hora, diciéndome que, no porque él esté en otro país y se haya separado de mamá, yo puedo faltarle el respeto. Me pidió que le contara qué me pasaba, pues necesitaba saberlo, a lo que respondí que yo también merecía saber por qué ellos se habían separado. Como no me contestó, igual que siempre, le notifiqué que no pensaba decirles nada hasta que me contaran todo lo de ellos, pero no llegamos a acuerdo. Me deseó buenas noches y colgó. No entiendo a los adultos: están llenos de secretos.

Nota 1. Estoy tan enojada, que mejor me voy a dormir.

Nota 2. Yo no soy una mala niña, ¿o sí?

Nota 3. No sé que hacer con Adolfo.

Martes 24 de junio

No lo puedo creer: al llegar del cole me encontré con que la puerta de mi dormitorio no estaba. Mamá la mandó a sacar, ¡es de lo peor!

–Si te encierras, no puedes tener puerta –me dijo, impávida.

–¡Pero, mamá! –no alcancé a defender mi privacidad.

–¡Pero nada, te quedas sin puerta hasta que aprendas a comportarte! –me sonrió, cínica, y se fue a hacer sus cosas. Creo que la odio.

Nota. De nuevo faltaron mis amigos al cole.

Miércoles 25 de junio, a las seis de la mañana

Sigo enojada con mamá. Cuando estoy de malas pulgas, hago cosas que no debería, como hoy.

Mamá dice que no tengo derecho a mi privacidad, pues no me hago responsable de esta y me pongo en riesgo. Todo eso, porque cierro con llave la puerta de mi dormitorio. He estado muy enojada con ella desde el lunes, y hoy desperté a las cinco de la mañana decidida a no respetar su vida privada. Bajé de la cama sin hacer ruido, pues ahora que no hay puerta, hasta el más mínimo murmullo se escucha lo mismo que un estruendo en todo el departamento. Me senté frente al compu, lo encendí y me fui derecho al historial del chat con las conversaciones de mis padres.

Ahora ya sé por qué se separaron. No sé si escribir lo que leí, porque estoy muy confundida. Necesito hablarlo con alguien, aunque no se me ocurre con quién; si estuviera Ana, ella sabría ayudarme a no odiar a papá.

Por lo que entendí de las conversaciones, papá engañó a mamá con una de las chicas de Promociones; una de esas mujeres que se pasean por todo el Resort, vestidas con uniforme del hotel, destacando sus formas perfectas y sus pieles mulatas con olor a Caribe, ofreciendo a los huéspedes planes de vacaciones de la misma cadena, en otros lugares de distintas partes del mundo.

“No me pidas que te perdone, porque no puedo”.

Mientras leía, recordaba la noche en que los vi hablando en la sala del departamento donde vivíamos en el hotel, la cara de pena de mamá y sus lágrimas rodando por sus mejillas. “Ya no más”, le decía, al tiempo que se libraba de los brazos de papá.

“Fue una tontería, nada importante, perdóname por favor, yo te amo”.

Papá le suplicaba que nos quedáramos, tal como ahora rogaba por su perdón.

“Tú no me amas: si lo hicieras, no me hubieras cambiado por una chiquilla que podría ser tú hija”.

Hay muchas promotoras dando vueltas por el hotel, pero creo que la mujer que se enredó con papá debe haber sido Rosita; es la más joven y linda de todas.

“De verdad fue una tontera, me arrepiento tanto”.

Ahora todo era muy claro: las llegadas tardes de papá, sus ausencias los fines de semana, sus malos humores. Ahora entiendo por qué se enojó tanto aquella vez que entré sin golpear a su oficina y él estaba parado muy cerca de la promotora, sentada frente al escritorio. Cuando abrí la puerta, papá dio un salto y se puso rojo.

—¡Te he dicho que golpees antes de entrar! —me reclamó con un grito.

—Perdón, es que necesitaba hablar contigo —me disculpé, avergonzada.

—Hablaremos en casa —dijo por terminada la interrupción y me hizo cerrar la puerta cuando salí.

“No te importaron tus hijos y menos yo; no me ruegues, me resultas patético”.

Pobre mamá, lo debe estar pasando muy mal.

“Iré a Chile para que hablemos, necesito que me perdones y recuperarlos”.

Mi papá es increíble: me castiga por cualquier tontera y él se manda las tremendas embarradas, para después pedir perdón. ¿Por qué no se habrá acordado de lo que siempre me dice: “Pedir disculpas está bien, pero es mejor pensar las cosas antes de actuar mal”? Decirlo es fácil, pero ni a él le resulta.

“Yo no te quiero ver, pero los niños irán en vacaciones de invierno para que estén un tiempo contigo”.

Ya no estoy tan segura de querer ir a Dominicana. Es verdad que extraño mucho a mis amigos y a papá, pero lo que ahora sé me da una rabia enorme con él. Creo que es malo, que ya no nos quiere, aunque diga lo contrario.

“¿Tienes otra persona? ¿Es eso verdad?”

Sí, aunque estoy furia con mamá, sé que ella nunca tendría un pololo. Por eso es que papá me pregunta siempre si sale con amigos. Cree que ella es igual a él.

“Eso a ti no te importa”.

A lo mejor tiene un pololo y yo no me he dado cuenta, tal como no me di cuenta que papá tenía algo con Rosita. Tal vez por eso mamá está tan distraída y no me pone atención.

“Claro que me importa: eres mi mujer”.

La he visto hablando con el vecino que es dentista; se ríe mucho con él, hasta creo que le coquetea.

“Mira, quédate con esa mujerzuela y no te arrastres más. Lo único que yo quiero ahora es el divorcio”.

Escuché ruidos en el dormitorio de mamá y apagué el compu lo más rápido que pude.

Nota. Sigo después, tengo que arreglarme para ir al cole.

En la noche.

Todo el día he pensado en mis papás. He andado en las nubes, sin prestar atención a las clases y menos a Adolfo, que cada vez que pudo me gritó Feto y a mí me dio lo mismo.

Sofi faltó de nuevo a clases, aunque por suerte Milo sí vino, así que no me sentí tan sola.

–Te estuve llamando a tu celu y no me contestaste –me reclamó apenas me vio en la sala.

–Lo perdí –repuse automática. Ya ni siquiera me importaba que Adolfo me hubiera quitado mi teléfono.

–¿Dónde?

–¿Dónde qué?

–¿Dónde perdiste el celu?

–Ah, no sé, lo perdí –no quería dar explicaciones.

–¿No me vas a preguntar por qué falté? Eris re buena amiga.

Miré a Milo con cara de preocupación.

–¿Qué te pasó? –le pregunté, para que no se enojara conmigo.

–Ya que preguntas... Con todo lo que nos mojamos el domingo, me dolía la garganta. Sofi está con gripe y tiene licencia hasta el viernes.

–Ah.

–A ti te pasa algo, ¿qué onda? –Milo me miró con ternura.

–Tengo atados.

–¿Te siguió molestando Adolfo?

–No es eso –respondí, a punto de ponerme a llorar.

–¿Qué te pasa, Ema?

–Después te cuento –respiré profundo, en un intento de controlar las lágrimas.

El primer bloque de clases transcurrió sin que me diera cuenta. La profe hablaba y hablaba, sin que yo entendiera lo que decía. Por fin sonó el timbre y la mayoría de mis compañeros salieron corriendo de la sala. Milo y yo quedamos solos.

–¿No quieres salir? –Milo es muy tierno cuando quiere.

–No.

–Adolfo te hizo algo, ¿verdad? Le voy a sacar la cresta.

–Tranquilo, no es eso.

–Es que estás muy rara.

–Mira, Milo, leí unas conversaciones de mis papás en el chat y me enteré de que se separaron porque papá engañaba a mamá con otra mujer.

–No te creo –Milo quedó con la boca abierta.

–Y también discutí con mamá, pero por otras cosas, y ahora no

tengo puerta en mi dormitorio.

—¡Qué mal!

—Sí, estoy con toda la mala, pero lo que me tiene peores saber que papá no vale la pena.

—¿Por qué dices eso?

—¿No escuchaste que te conté que tiene otra mujer? —Milo es igual a papá; al parecer, encuentra de lo más normal esas cosas.

—Pero, Ema, eso no tiene nada que ver contigo.

No pudimos seguir hablando: había sonado el timbre que anunciaba el final del recreo y la sala estaba nuevamente llena de ruidos.

Durante Sociedad hice como que escribía, pero en realidad estaba sumida en mis recuerdos de tiempos mejores en Dominicana; luego se me aparecía la cara sonriente de la novia de papá, y todo se me derrumbaba. Siempre tuve la esperanza de que mis padres se reconciliaran, pero ahora creo que eso ya no será posible. De pronto, sentí que me tocaban la espalda y me tiraban un papelito sobre el escritorio. Miré hacia atrás, y Milo me sonrió.

“Habla con tu mamá”.

La letra de mi amigo se dibujaba entre los cuadraditos de la hoja de cuaderno.

“No puedo, espíe sus mails, y si se entera es capaz de hacerme dormir en el living”.

Le devolví el papel y seguí haciendo como que escuchaba lo que la profe explicaba. Nuevamente el papel cayó sobre mí escritorio.

“Ema, no digas que tu papá no vale la pena por lo que hizo; son cosas de ellos. ¿Qué sabes tú sobre lo que pasó realmente?”

Me di vuelta y lo miré con cara de furia. Respondí lo más rápido que pude:

“Sé que me tuve que ir de Dominicana, dejar a mis amigos, llegar a Chile y acostumbrarme de nuevo a este país. Sé que mamá sufre mucho, porque la he visto llorar. Sé que no tengo papá, pues

se quedó con su trabajo y su novia. Sé que lo odio. Sé que no lo quiero volver a ver. Sé que me ocultaron la verdad. Sé que mamá no me presta atención, porque solo piensa en ella”.

Estaba tan enojada, que al terminar de escribir arrugué el papel en forma de bola y se lo tiré en la cabeza a Milo, con tan mala suerte que la profe me vio.

—¡Schulz, a Inspectoría! —la profe se paró de su silla y extendió su brazo izquierdo, indicándome la puerta de la sala.

—Pero, señorita...

—¡Pero nada, a Inspectoría!

Una inspectora de patio me llevó a la oficina de Inspectoría General, donde le explicó unas cuantas cosas al señor Bustos, terror del colegio por su mal carácter y fama de llamar a los apoderados.

—Siéntese, señorita Schulz —el inspector general me indicó una silla. La situación me recordaba las salas de interrogatorio que aparecen en las películas—. ¿Está mostrando las garras, señorita?

—No.

—¿No qué? —el hombre se sentó en una esquina de su escritorio y me miraba hacia abajo; por instantes yo me sentía más insignificante.

—Yo nunca había estado en Inspectoría, señor Bustos.

—Es verdad, pero si continúa con este tipo de comportamiento, nos veremos muy seguido, señorita —el hombre se acomodó el delantal blanco que tenía puesto—. Karen, llame por teléfono al apoderado de Ema Schulz y díglele que venga a retirarla —el inspector le daba órdenes a su secretaria. Se me vino el mundo encima.

—Se lo juro, nunca más, nunca más, pero no llame a mi mamá, por favor.

—Lo siento, usted sabe que la disciplina es primordial en este colegio. Al que se comporta mal, se le castiga, así de simple. —Me

puse las manos sobre la cara, para ocultar las lágrimas que se escapaban alborotadas—. No llore, señorita, no le servirá de nada.

Es verdad, el inspector es de lo peor, ya que ni siquiera me preguntó por qué le tiré el papel a Milo. Con solo aparecer en su oficina estaba sentenciada.

—¿Está seguro de que la disciplina es importante en este colegio? —lo miré con la cara llena de rabia y los ojos rojos por el llanto—. ¿Usted sabe realmente lo que pasa aquí?

—¡No sea insolente! Pensaba mandarla hoy a su casa con una anotación negativa en su hoja de vida, pero ahora está suspendida. ¡Salga de mi oficina!

Mamá llegó al colegio al cabo de media hora, y me encontró sentada en un sillón, junto al escritorio de la secretaria del inspector general. Me miró con cara de paciencia, se acercó a la señorita Karen y entró a la oficina de mi verdugo. Pasaron diez minutos eternos; salió furiosa, me tomó de un brazo y me condujo hasta la calle.

—Otra vez suspendida, Ema —me dijo, mientras caminábamos hacia casa—. ¿Por qué estabas molestando a Milo? —escuchaba su voz furiosa, acompañada del ruido de sus tacones golpeando en el pavimento—. Me llaman, tengo que dejar el trabajo tirado y venir por ti; si ya eres grande, no entiendo por qué estás dando tantos problemas —cada vez sus pasos eran más apresurados y su voz más enérgica—. Dime algo. Contéstame.

—Perdón.

—Perdón, perdón, es lo único que sabes decir. ¿Y qué hago contigo ahora? No te puedo dejar sola en la casa —no supe si estaba enojada, decepcionada o frustrada. —Estás suspendida hasta el lunes, Ema, Ema, Ema... Te está haciendo mal la adolescencia. — Ya me tiene chata con el temita de la adolescencia; en ocasiones, hasta pienso que es una enfermedad.

Mamá no regresó al trabajo: se quedó en el departamento

conmigo y desde aquí llamaba a sus clientes de la compañía de seguros en que trabaja como vendedora. Me preguntó varias veces qué había pasado en el cole, pero yo no tenía ganas de hablar con ella, por mi enojo. Tampoco puedo decirle por qué me enfurecí con Milo, pues tendría que confesarle que había leído sus conversaciones de chat con papá. Ahí sí que estaría metida en problemas, así que es mejor que me quede callada.

Jueves 26 de junio

Antes de irse al trabajo, mamá me trajo a casa de la Normi, donde me quedaré hasta el sábado. La verdad es que prefiero estar lejos de mi casa por unos días; así no me veo tentada a seguir viendo las conversaciones de mis papás, tampoco peleo con el Nico, y dejo que las cosas se calmen con mamá, pues estos últimos días solo hemos discutido. Lo mejor es que mi abuela es amorosa, aunque esté todo el día intentando alimentarme, pues me encuentra muy flaca.

La Normi no está enojada conmigo, no me reta ni pregunta por qué estoy tan rara, como lo hace mamá cada vez que puede. Claro que estar aquí a veces me aburre, porque no tengo compu ni televisión por cable, pero en recompensa estoy rodeada de perros y gatos, que me encantan. Me siento más tranquila, pues no se me aparece Adolfo a cada instante, para decirme pesadeces, ni estoy viendo el hueco que dejó la puerta de mi dormitorio, así es que me considero en una especie de vacaciones en medio del desastre.

Estoy ocupando el mismo dormitorio que compartí con Ana el año en que pasamos las vacaciones en Chile. Apenas llegué me tiré sobre una de las dos camas con olor a antiguo, y me quedé dormida. Desperté a eso de las once con los ladridos desesperados de la Javiera, una perrita poodle negra, la mayor y más desordenada de todas las niñitas de mi abuela.

—¿Qué haces? —le pregunté a la Normi, cuando la vi por la ventana del dormitorio arrodillada escarbando en el jardín.

—Desmalezando —me miró, con una sonrisa pacífica en los labios.

—¿Te ayudo? —No esperé la respuesta, me puse las zapatillas y corrí al antejardín, perseguida por la jauría de niñitas.

Íbamos quitando una a una las “malas hierbas” que crecían junto

a los rosales, y si se pudiera hacer lo mismo con las personas que hacen daño, quitaría de mi vida la presencia de Adolfo. Las perritas deambulaban entre nuestras piernas, olfateando todo y moviendo sus colas en señal de alegría. Uno de los vecinos de mi abuela salió a cortar el pasto que crece en una franja diminuta, frente a su casa. Los pájaros cantaban y el sol del invierno alumbraba tímido. La Normi y yo charlábamos sobre cosas sin importancia y nos reíamos a cada rato. Me sentía muy bien, tranquila.

Pero nada es eterno. De pronto, apareció la Quiltri con sus ojitos asustados, dirigiéndose derecho hacia nosotras, seguramente a buscar la comida que le deja mi abuela.

En eso, la vio el vecino y la comenzó a ahuyentar:

—¡Fuera, perra asquerosa! —le gritó, con tanta rabia, que mi abuela, que aún no se había percatado de la presencia de la Quiltri, se puso en pie de un salto.

—¿Para qué echas a la perrita? Déjala tranquila.

—¡Pero Normi, que no te das cuenta que me daña el pasto!

Comenzaron hablando y terminaron discutiendo a grito pelado, mi abuela protegiendo a la Quiltri, y el vecino dándole de escobazos a la pobre perra, que huyó despavorida. Yo no sabía qué hacer; ya veía que se agarraban a golpes o que, al menos, llegaban los carabineros, pues al cabo de un rato habían aparecido cinco señoras con cara de furia. Aprovechando la trifulca, tomé a mi abuela de un brazo, la llevé a la cocina, e hice que se sentara en una de las sillas del comedor de diario, mientras le preparaba una taza de té, para que se calmara.

—No sé qué hacer, Ema. Yo quiero adoptar a la Quiltri, pero no hay caso: la perrita solo viene a comer y se arranca, y estos vecinos tan desconsiderados la agarran a patadas apenas la ven. Y eso que todas las mañanas van a misa para calmar sus culpas; eso no es cristiano. Con la Silvita, que tiene una nieta tan amorosa que

es veterinaria, ¿sabías?, le pusimos todas sus vacunas, la desparasitamos, a la fuerza, claro, porque el pobre animal está aterrado –me dio pena ver cómo lloraba mi abuela; ella ama a los animales y sufre cada vez que ve a uno maltratado–. Pero nada, esta gente lo único que quiere es dejarla abandonada.

–Tranquila, Normi –Yo no sabía qué decir, aunque opino lo mismo.

La Normi estaba tan descompuesta, que debí llevarla a su dormitorio para que se recostara un rato. Se durmió casi al instante, rodeada por sus cuatro perras y tres gatas, que se acomodaron en la cama. Me dio gusto ver a mi abuela defendiendo sus convicciones. Quiero ser como ella, y luchar por lo que pienso y creo justo. Tal vez fue bueno que me suspendieran; como dice mamá, las cosas siempre pasan por algo, y si no hubiera tenido ese problemita en el cole, hoy no estaría aquí y la Normi no hubiera tenido quien la cuidara.

Quiero sorprender a la Normi con el almuerzo; después sigo.

En la noche.

Lo único que sé preparar son tallarines, y eso fue lo que cociné para darle una sorpresa a la Normi. No soy nada de hábil en la cocina, pues desde que era chica mamá me tenía prohibido entrar en esa pieza de la casa, que siempre me resultó muy atractiva. “Te puedes quemar”, me decía, y me sacaba antes que alcanzara a poner un pie en ella. El año pasado aprendí a hacer huevos revueltos y tallarines; fue lo que almorzamos hoy, y pese a que me quedaron hartos pegoteados, la Normi consideró que era “manjar para los dioses”. Sé que lo dice, porque me quiere.

Estuvimos conversando en la cocina, al calor de la estufa a gas, mientras las niñas, echadas en el piso, trataban de soportar el frío que se dejaba sentir desde el suelo de baldosas. Cuando me paré para ir al dormitorio a buscar el canasto del tejido de mi abuela, divisé por la ventana del living a la pobre Quiltri, comiendo

desesperada la comida que la Normi le deja a diario junto a la reja, aunque alerta a cualquier movimiento. De pronto, Estella, una de las gatas de mi abuela, salió de entre las plantas que adornan el jardín y avanzó cautelosa hacia la intrusa. La perrita permaneció inmóvil, sin saber si continuar comiendo o prepararse para huir, y cuando la gata dio otro paso, la única oreja rígida que coronaba la cabeza del pobre animal se agachó en signo de sumisión. Estella se sintió importante y se engrifó con majestuosidad; la perrita dio un salto y corrió aterrada a refugiarse en un lugar donde no hubieran animales tan agresivos. La gata, satisfecha, caminó hasta el plato de pellets, y los saboreó con aires de triunfo.

No pude evitar reírme: ¿cómo un perro puede tenerle miedo a un gato? En mi mente apareció la imagen de la Quiltri una semana atrás, con todos los huesos asomándole bajo la piel, la cola entre las piernas, y las heridas de los golpes que había recibido. Ella lo ha pasado tan mal, que ni siquiera sabe que los gatos les temen a los perros. La Estella actúa como las personas (¿o será que las personas actúan como animales?): si se topan con alguien sumiso, desvalido, inseguro o desprotegido, se aprovechan, descargando toda su agresividad, para sentirse importantes. Es lo que me pasa a mí con Adolfo, y lo que le ocurría a Juanjo con los chicos que lo molestaban.

La Normi estuvo toda la tarde enseñándome a tejer chalecos para las niñas. A las cinco en punto sonó el timbre: era Milo, que me traía los cuadernos para que pasara la materia que me había perdido por su culpa.

–Perdona por meterme en tus cosas –me dijo, apenas me vio al otro lado de la reja del jardín.

–Da lo mismo.

–No volveré a mencionar el tema.

–Estaría bueno –lo cierto es que aún me duraba el enojo con él.

–¿Amigos? –Milo puso cara de perrito regalón.

–Amigos –respondí; sabe que no puedo resistir esa cara.

Le pedí permiso a la Normi para ir a ver a Sofi a su casa. Como mi abuela es re buena onda, me dijo que sí de inmediato, con la condición de que regresara a casa a las siete. Me abrigué como pude y caminamos con Milo hasta la casa de Sofia. La pobre apenas hablaba, le dolía la garganta, tenía fiebre y una cantidad de mocos increíble. En su dormitorio conversamos del cole, de las pruebas que nos estábamos perdiendo y de las copuchas de los compañeros que circulan con vida propia. Entre las risas pudimos escuchar el timbre del teléfono.

–Te llaman –la mamá de Sofi se asomó por la puerta, con un teléfono inalámbrico en la mano.

–¿Quién?

–Manolo –dijo con cara pícaro, mientras nosotros nos mirábamos intrigados.

Sofía tomó el aparato, dubitativa.

–¡Hola!... en realidad un poco enferma... sí, ellos están conmigo ahora... en serio, y dónde... ¿y tú crees que la llave es de esa caja?... Yo no puedo, estoy en cama... pero mañana, porque ahora es muy tarde para ir a tu casa... sí, claro que puedes venir; pero sería mejor que nos encontráramos mañana, los chicos ya se irán... ya po', mañana en mi casa, a las cinco y media... chao – Sofía colgó y nos quedó mirando con cara de noticias.

–Manolo encontró una caja en el garaje y piensa que era la de Juanjo –dijo.

Me dio un apretón en la guata, no sé si por las ganas de saber qué escondía el hermano de Manolo, o si porque iba a ver a éste.

Estoy metida en la cama con una sensación extraña, quizás nerviosa. Es verdad que me intriga saber los secretos de Juanjo, no porque sea copuchenta, sino que siento que podremos descubrir dentro de la caja misteriosa lo que le pasaba, y entender lo que hizo.

Otra cosa que me tiene preocupada es la sensación de intranquilidad que me provoca saber que mañana veré a Manolo. Hace unos días escribí que soñé con él; lo cierto es que todas las noches se mete como un fantasma en mis sueños, a veces como un chico que se cruza en la calle, otras es un amigo, o un príncipe, o lo que sea, siempre aparece su imagen. Creo que me gusta un poco; pero no me puede gustar: está bien que sea lindo, el problema es su edad. Uf, estoy loca, mejor intentaré dormir.

Viernes 27 de junio (en la madrugada)

Son las tres de la mañana y yo debería estar durmiendo, pero no puedo, me he desvelado. Estaba en lo mejor navegando en mis sueños, y era eso, viajando en un río caudaloso, donde la balsa que me sostenía se movía como enferma, cuando me despertaron los gritos de mi abuela:

–¡Esta temblando, está temblando! –la Normi apareció en el dormitorio con dos de sus perras en brazos.

Yo no lograba despertar bien.

–¡Temblor! –me dijo, mientras me pasaba las dos perras para que las cargara y ella pudiera sostener las restantes–. ¡Arranquemos!

No había tiempo para discutir, así que tomé a Rebeca y a Violeta, y corrí tras la Normi por los pasillos, esquivando los muebles y adornos. Al llegar a la cocina, el temblor ya había terminado. Le tengo miedo a los terremotos, aunque nunca he estado en uno, pero puedo controlarme y esperar, tranquilita en mi cama, que pasen los temblores. Con mi abuela eso era imposible: me dio un terror de fin de mundo, y lo menos que esperaba era que la tierra se abriera y nos tragara.

–¡Santo Dios! Qué susto –dijo la Normi. Aún le tiritaban las piernas.

–Sí, susto, pero no es para tanto, abuela, era solo un temblor –puse a las niñas en el suelo.

–Tú lo dices, porque nunca has estado en un terremoto –soltó a las otras perritas, y respiró profundo, al tiempo que juntaba la puerta de la cocina–. Mejor no la cerramos por si viene otro.

–Tranquila –le dije, pero la Normi ya se había despertado, y creo que el susto le dio hambre, porque puso el hervidor de agua, sacó un par de tazones y preparó té. Sacó también un paquete de galletas, las puso en un plato y nos sentamos a la mesa.

–Ay, Emita, me acuerdo del terremoto de Valdivia como si fuera ayer –mi abuela puso esa cara de cuento que tanto me gusta.

–¿Cuándo fue eso?

–El veintidós de mayo del año sesenta, yo era una lolita de dieciséis años –tomó un trago de té y se abrigó con el chal, que tenía sobre los hombros–. Un día domingo, a eso de las tres de la tarde, estábamos todos en la casa de la calle General Lagos, al lado del río Calle-Calle. Escuchábamos las noticias en la radio, porque la noche anterior hubo un terremoto en Concepción, cuando en eso comenzó a temblar. Mis papás y nosotros, los ocho hermanos, salimos arrancando al patio y nos quedamos calladitos, esperando que pasara el movimiento. Cuando pensábamos que todo se había calmado y nos disponíamos a entrar a la casa, vino el remezón fuerte –la Normi se puso pálida de solo recordarlo.

–¿Qué pasó? –a esas alturas ya no tenía sueño y el relato de mi abuela estaba tan entretenido, que no pensaba acostarme.

–La tierra empezó a moverse como si fuera una alfombra que estuvieran sacudiéndola. Las casas se desplomaban, los viejos y grandotes álanos del patio se mecían lo mismo que varillas. Era imposible mantenerse en pie y caí sentada sobre un tronco, que papá usaba para picar leña, y luego empecé a dar botes sobre él. Se me salieron los zapatos mientras rezaba, implorándole a Dios, a la Virgen y a todos los santos, que pararan el terremoto; fueron los segundos más largos que he sentido en toda mi vida. Pensé que se acababa el mundo; la tierra rugía, acompañada del ruido de los derrumbes, del aullido de los perros y del alboroto de los pájaros, que volaban desorientados.

–Pero ya todo pasó, Normi, y tú estas aquí –le dije, tratando de calmarla, al ver que revivía cada uno de sus impresiones a medida que me contaba lo sucedido.

–Ojalá hubiera sido solamente eso: la tierra se calmó, dejando una nube de polvo, incendios incipientes, que consumían los restos

de las edificaciones, y los gritos de dolor de las personas atrapadas entre los escombros. Me puse en pie y miré hacia el río –la Normi respiró profundo y tomó otro trago de té–: fue terrible, hijita, el río corría al revés, se devolvía en su cauce y el nivel del agua subía calmadamente. “¡Maremoto!”, gritó papá, y todos partimos corriendo hacia los cerros. Tres días nos quedamos acampando en una carpa improvisada, junto con un montón de gente que no podía volver a sus casas, porque estaban cubiertas por el agua del río, que dejó de ser dulce y se convirtió en salada, pues el mar había entrado en él.

–Ahora entiendo por qué arrancas de los temblores –le dije, con cara de niña inteligente, pero lo que en realidad tenía era terror.

–Emita, cuando volvimos a la casa, ya no quedaba nada: el río se la había llevado entera.

Mi abuela terminó su té y se quedó pensando en silencio durante un buen rato; yo la miraba sin saber qué decir.

–Murió tanta gente, fue terrible. Pero en fin, eso ya pasó, como tú dices –yo asentí con la cabeza–. Hay que volver a la cama.

Ahora tengo miedo de dormir, porque puede haber otro temblor. Eso me pasa por hacerle preguntas a la Normi sobre el terremoto; uf, creo que desde hoy arrancaré cada vez que sienta que la tierra se mueve.

Viernes 27 de junio (después de almuerzo)

Por suerte estoy suspendida, de otro modo hubiera sido imposible que pudiera levantarme para ir al cole. Las historias de mi abuela me dejaron pensando hasta tarde, y llegué a las siguientes conclusiones:

1. Me encanta el mar, pero en Chile es mejor vivir bien lejos de la costa; así, si hay un terremoto, por lo menos uno se ahorra el maremoto.

2. Da lo mismo donde uno viva: siempre corre el riesgo de un desastre natural, porque parece que de verdad el planeta está vivo: aquí son los temblores, en Dominicana los huracanes, y no sé qué en el resto del mundo, pero estoy segura que cada país tiene sus problemas.

3. Mejor no sigo pensando en tonteras, pues tengo hartas cosas que solucionar y no me queda tiempo para asustarme de lo que podría pasar.

La Normi me dejó dormir hasta las doce, y eso que ella es fanática de levantarse temprano para “aprovechar el día”. Entró al dormitorio con una bandeja que contenía leche con chocolate, una ensalada de frutas, queque y un sandwich de jamón y queso (estoy segura de que si viviera con mi abuela estaría redondita).

–¡Servicio a la habitación! –me dijo, con la cara llena de risa y su séquito de niñas, que intentaban comerse mi desayuno.

–Qué rico, gracias Normi –me senté en la cama y recibí la bandeja. Mi abuela me miró tiernamente y se acomodó a mis pies.

–Mi amor, si yo te pregunto algo, ¿me lo contestarías? –puso cara de sicóloga.

–Depende de la pregunta –me dio miedo lo que se le pudiera

pasar por la mente.

—No es nada terrible.

—Hagamos un trato, Normi, un pacto. Primero, tú puedes preguntarme todo lo que quieras, siempre que sea un secreto entre las dos. Segundo, si yo te pregunto algo, tú me lo respondes, y no te niegas a hacerlo diciéndome que soy muy chica para entender ¿hecho? —y extendí mi mano derecha para sellar el acuerdo, que ella aceptó con un apretón de su palma tibia contra la mía.

—Yo primero —dijo mi abuela, armándose de valor—. ¿Por qué te suspendieron?

—Todo empezó, porque le tiré un papel a Milo y me pilló la profe —estaba segura de que ella lo sabía.

—Eso lo sé, pero ¿por qué se lo tiraste?

No sabía si responderle o no. Finalmente le conté de mi enojo con mamá por no poner atención a lo que me pasaba, y que estaba tan picada, porque me había sacado la puerta del dormitorio, que leí el archivo con las conversaciones del chat de ella con papá.

Mi abuela me escuchaba atenta; no sé si estaba enojada, pero si era así, lo disimulaba muy bien. Le conté que sabía que papá engañaba a mamá con otra mujer, y que ahora sentía que lo odiaba. También le hablé sobre el papelito en que Milo me escribió que yo no sabía, en realidad, lo que había sucedido, y que fue eso lo que desató mi furia, pues estaba segura de que papá había preferido a otra mujer que a su familia.

—¿Sabes, Ema? Milo tiene razón, porque tú no tienes nada que ver con los problemas de tus padres.

Su comentario me extrañó, ya que, después de todo, era su hija la engañada.

—¿Es que a ti no te da rabia? —pregunté.

—Mi amor, yo no me meto en eso. Estas canas que tengo, me las gané con cada año que he vivido, y sé que las cosas no son ni tan negras ni tan blancas, también están los tonos grises.



—No entiendo.

—Todos los matrimonios tienen problemas; yo también los tuve con tu abuelo, y hasta nos separamos por unos cuantos meses —la Normi se me acercó y acarició una de mis mejillas—. No condenes a tu papá, él no se lo merece. Deja que ellos arreglen solos sus problemas y verás que todo saldrá bien.

—¿No te importa que tuviera una polola estando casado con mamá?

—Mira, Ema, los adultos no son tan distintos a los niños; se hacen los maduros. Son hombres y mujeres que caminan por la vida dando órdenes, sintiéndose seguros e importantes, moviendo el mundo con su trabajo. Pero, por dentro, mi amor, por dentro son niños que necesitan amor, que los regalonen, que los escuchen.

—Lo estás justificando —le dije, molesta.

—No, no lo estoy justificando, creo que actuó mal, pues tu mamá merecía ser respetada. Pero nosotras no sabemos qué problemas tenían, solamente conocemos una versión de lo sucedido, y sería justo que escucharas lo que tiene que decir tu papá.

—Le he preguntado varias veces por qué se separaron, pero no me responde —le dije, un tanto frustrada.

—Tienes que conversar con ellos, decirles que te enteraste de todo, para que hablen con la verdad.

—No quieren hablar.

—Ya llegará el momento en que lo hagan; las cosas caen por su propio peso, recuérdalo siempre.

—Si papá dice amar a mamá, ¿por qué se metió con Rosita? No lo entiendo.

—Chiquita, el amor y la vida en pareja es una ciencia rara, que no tiene respuestas exactas, como te darás cuenta cuando te toque a ti.

—La Normi retiró la bandeja, se sentó junto a mí en la cama, y me acurrucó en sus brazos, acariciando mi pelo—. Una, a través de la vida, se puede enamorar de muchas personas: el amor no solo se

da en una pareja, también está el amor de hijo, amor de amigos, amor de abuelos, como el que yo siento por ti. Todos son muy intensos, todos merecen la pena, y no importa que sufras amando, porque es rico querer a las personas y sentir ese calorcito en el corazón —me puse a llorar como tonta—. Chiquitita, no seas tan severa con tu papá; deja que pase el agua bajo el puente y que las cosas se solucionen de la mejor forma. Ellos podrán hacerlo.

—Papá dice en el chat que ama a mamá y que nos extraña mucho, ¿tú le crees?

—Sí, le creo, porque uno se equivoca muchas veces en la vida, y siempre merece una oportunidad —me besó en la frente—. ¿Tú te has equivocado?

—Un millón de veces —dije entre risas y lágrimas.

—Y ¿te han perdonado?

—Siempre.

—Y qué crees, ¿tu papá merece ser perdonado?

—Yo lo adoro, Normi, no me gusta vivir sin él, me hace falta todos los días, y sé que a mamá y al Nico también —ahora sí que lloraba a moco tendido.

—Entonces, no te enojas con él, no lo alejes de tu vida y espera; mientras exista amor entre ellos, todo se puede solucionar. Mi vida, estoy rezando mucho para que todo se arregle, y el de arriba nunca me ha fallado —dijo, mirando al cielo.

—No le contarás a mamá, ¿verdad?

—Tranquila, chiquita, es un secreto entre las dos, que me llevaré a la tumba —mi abuela me abrazó fuerte y nos quedamos así. Yo, agradeciendo el tener una abuela tan bacán, y ella, entregándome todo su amor—. Chiquita, te quiero regalar algo.

—¿Qué cosa?

—Escúchame bien, porque esto te servirá para toda la vida: el amor no es gratis, es dar y dar sin esperar nada a cambio; es estar atento a lo que la otra persona necesita, y estar dispuesta a

acompañarla en todo. Si un par de amigos se hallan conscientes de esto, serán amigos por siempre; si un matrimonio se preocupa el uno del otro, sin jamás descuidarlo, seguirán juntos por siempre. Pero si descuidas el sentimiento, si te despreocupas de recordarle a la otra persona cuánto la quieres, el amor se termina y ya no hay nada qué hacer.

Nunca antes había hablado cosas primordiales con la Normi, nunca le conté lo que sentía o lo que pensaba. Nunca antes un adulto me había hecho sentir tan importante ni tan grande; nunca antes me había cuestionado la relación de mis papás, siempre los vi juntos, y me los imaginaba unidos por toda la eternidad. Creo que no había sido capaz de verlos como personas comunes y corrientes, que cometen errores, que sienten, que aman. Me hizo tan bien hablar con la Normi, que estoy aliviada y feliz de saber que, cuando necesite unas palabras llenas de sabiduría, solo tengo que acudir a ella.

Viernes 27 de junio (en la noche)

Milo y yo llegamos a las cinco en punto donde Sofía. Estábamos un poco ansiosos por saber el contenido de la famosa cajita (a mí se me revolvía la guata, creo que por ver a Manolo), cuya llave habíamos descubierto. Subimos al dormitorio de nuestra amiga y permanecemos callados, mirando al techo, como si fuese la sala de espera de un médico. Manolo llegó a las cinco y media (traté de no mirarlo, ahora que creo que me gusta me pone nerviosa), y la mamá de Sofi lo acompañó hasta la habitación. Manolo cerró la puerta y esperó un momento, hasta asegurarse de que no seríamos interrumpidos, haciéndonos un ademán de saludo con la cabeza sin emitir palabra. Luego se descolgó la mochila y sacó de su interior una caja del tamaño de una de zapatos, de madera natural, con bisagras en uno de los costados y una cerradura en el frente. Se acercó a la cama de Sofi y la puso sobre ella, como si se tratase de un tesoro. Yo saqué la llave de mi bolsillo. Estaba indecisa, pero Milo me la quitó de la mano y abrió la caja. Adentro había un montón de papeles, un caballito de madera, un cuchillo cartonero, una foto de la familia y un cuaderno. Permanecemos mirando el contenido, inmóviles, sin saber qué hacer. Personalmente, tenía la sensación de estar removiendo una tumba, y no me hallaba muy segura de querer hacerlo. Por fin, Manolo sacó el caballito y lo tomó entre sus manos, para mirarlo detenidamente.

—Esto era de papá; se lo regaló hace tres años a Juanjo, porque a éste le encantaba —dijo, al tiempo que sonreía con ternura.

—¿No estará mal que veamos sus cosas? —pregunté, dubitativa.

—Es lo que tenemos que hacer —Milo sacó el contenido de la caja y comenzó a repartirlo.

Como me gustan los cuadernos (será por esta manía que tengo

de escribir un diario), antes de que Milo me pasara otra cosa, metí una mano en la caja y saqué el cuaderno de tapas rojas. –Yo veo esto –dije, y con el cuaderno en la mano me fui a sentar en el suelo, en un rincón del dormitorio.

Pese a estar con mis amigos (y hasta con Manolo, al que miro de reojo de vez en cuando, para ver si se fija en mí), me sentía sola, con el espíritu de Juanjo vagando en el aire, con su ser transformado en letras y dibujos, que se posaban en las páginas blancas del cuaderno. No era un diario de vida, no, más bien un lugar donde escribir pensamientos difusos y dibujos extraños:

“Odio el día; la claridad me recuerda que debo ir al suplicio aunque ruegue por quedarme en el refugio, mis súplicas no son escuchadas y me lanzan a las fieras que me agobian. Odio la noche; el manto negro me inquieta, me llena de ideas que quiero alejar”.

Luego, dos dibujos muy bien hechos, pero aterradores. El primero, el día representado por un foso luminoso que se abre en la tierra, desde cuya claridad salen monstruos, serpientes y arañas, que intentan atrapar a un niño que viene cayendo desde el cielo. El segundo, algo así como un bosque, mezclado con tumbas que se abren semejando una invitación a pasar. Ni los escritos ni los dibujos tienen fechas. Me quedé observando detenidamente cada uno de los detalles, pero solo pude presentir pena en ellos.

Di vuelta la hoja y seguí viendo cosas similares:

“¿Puede ser más tormentosa la muerte que la vida en el infierno?”

Debajo de esta pregunta, Juanjo se había dibujado en el suelo, recibiendo golpes, algo así como lo que vimos en el video.

Poco a poco los escritos y dibujos dejaron de ser claros y se transformaron en mamarrachos descuidados y sucios; cruces, dagas, sogas. Uno que llamó mi atención decía simplemente: “un buen plan”, y lo acompañaba el dibujo de una muñeca

ensangrentada, con un cuchillo cartonero junto a ella, y más abajo, con letras desordenadas: “Soy cobarde, no puedo”. No seguí hojeando el cuaderno; me dolía la cabeza y me sentía confusa. ¿Cómo un niño puede escribir y dibujar cosas tan macabras?

–¿Encontraron algo? –pregunté, al tiempo que cerraba el cuaderno.

–Algunos papeles son mails, y otros, amenazas escritas en hojas de cuaderno –Sofi tenía cara de pena–. Nada muy distinto a lo que vimos en su casilla de correos.

–¿Y tú, Milo, qué encontraste? –le pregunté, agotada de tanto pensar.

–Esto –me dijo, y me entregó un papel con un dibujo de un paso sobre nivel.

–Lo único que tiene algo de sentido de todo lo que me tocó ver es esto, aunque no lo entiendo. –Manolo nos mostró un poema:

“Fuiste mi hermano mi mejor amigo,
mi compañía cuando era afortunado,
mas hoy cuando la amargura me estrangula
eres quien aprieta el nudo relegando todo lo andado.
Escribo un garabato en nuestro intervalo olvidado,
que ha mutado en el ser que más me ha dañado.
Hoy quiero gritar tu nombre al viento
y no puedo, pues las palabras se ahogan en mi garganta,
porque sin importar todo lo que me has hecho,
aún me haces falta.
Quiero que sepas compañero de otras andanzas
que te perdono,
pese al miedo a la desesperanza
y si no sabes quién eres las letras que forman tu nombre
se ocultan entre estas palabras”.

Manolo terminó de leer, tragando saliva para no llorar. Los demás nos quedamos callados, tratando de descifrar el poema.

Fue una tarde extraña. Meterse en los secretos de un chico que decidió terminar con su vida es perturbador, pero lo sabemos necesario. Tanto yo, como mis amigos, queremos saber quién fue el responsable de que Juanjo despreciara la vida. No sé qué haremos si llegamos a descubrirlo, pues nada lo devolverá a este mundo.

Sábado 28 de junio (en la mañana)

Ayer me traje una fotocopia del poema de Juanjo y me quedé en el dormitorio, analizando cada letra, en el intento de leer el nombre del chico que lo acosaba, pero no conseguí descifrarlo. Me había quedado dormida sobre la cama, con el papel arrugado en una de mis manos, cuando sentí un golpe en la puerta, seguido por los pasos de mi abuela con su séquito de niñitas.

–¿Estás despierta? –me preguntó, bajito.

–Sí –contesté, aunque lo cierto es que era ella quien me había despertado.

–Mira lo que me llegó –la Normi me pasó un papel.

“Se cita a reunión urgente de la Comunidad para mañana sábado. Tema a tratar: perro vago en el condominio” –leí en voz alta–. Ups, siguen molestando con la Quiltri.

–Sí, y estoy muy preocupada –mi abuela se sentó a los pies de mi cama, al tiempo que todas sus niñitas se encaramaban a ella de un salto.

–Talvez decidan dejar a la Quiltri como guardiana del pasaje –intenté darle ánimo.

–Emita, esta gente se ha puesto más complicada con los años. Dios te oiga y sea eso, pero lo dudo.

La Normi salió del dormitorio con todas sus perritas y yo me quedé despierta, pensando en cómo podíamos ayudar a la pobre Quiltri.

Mamá iba a venir a buscarme hoy en la mañana, pero la llamé por teléfono para pedirle permiso para quedarme hasta la noche, y así poder saber que resolverían en la reunión del condominio. Por suerte accedió.

Toda la mañana la pasé con Milo y la Quiltri. A ésta le hicimos mucho cariño, le dimos harta comida, la despulgamos y le

pusimos un collar que tenía una placa con su nombre, comprado por la Normi. Limpiamos, además, la caca, hasta que no quedara ni el olor, de modo que nadie pudiera reclamar que el animalito ensuciaba. Mientras estábamos afanados en las labores de acicalado de la perrita, los vecinos del pasaje pasaban y nos miraban con cara de pocos amigos, aunque nosotros no les dábamos importancia y seguíamos en lo nuestro.

En la tarde no vimos a la Quiltri, ya que suele salir del pasaje y perderse por unas cuantas horas. Aprovechamos el día soleado y nos sentamos en el suelo, afuera de la casa de la Normi, a revisar todas las cosas que habíamos logrado acerca de la investigación sobre Juanjo.

—¿Pudiste hablar con “cm_194”? —me preguntó Milo, con cara de preocupación.

—¿Cómo? Si la Normi no tiene Internet —me excusé.

—¿Nunca has chateado con él?

—Mira, Milo, lo acepté como amigo en el chat, pero lo puse sin admisión, porque me da un poquito de miedo.

—Ah... Espérame. —Milo se paró de un salto y se dirigió a su casa. A los pocos minutos regresó con un computador portátil y me hizo señas desde su antejardín para que me acercara.

—¿Para qué trajiste el portátil?

—Para que admitas al tipo y veamos si está conectado. —Se me pusieron los pelos de punta.

El compu portátil de Milo es bacán con todo y wi-fi. Lo encendió y me lo pasó para que entrara a mi cuenta de chat. Yo no tenía muchas ganas de hacerlo, pero no había alternativas, ya estaba metida en esto. Puse mi nombre de usuario y clave, para luego entrar a mis contactos y darle admisión a “cm_194”, rogando que no estuviera conectado. Tuve tan mala suerte, que de inmediato apareció en verde.

—Tranquila, Ema, déjame a mí —Milo me quitó el compu, pinchó

en su nombre y le comenzó a escribir.

“palquiria” dice:

—Ola cm.

“cm_194” dice:

—Ola, quien eris.

“palquiria” dice:

—No te acordai de mí, te comente un video en YT.

“cm_194” dice:

—No me acuerdo.

Hasta ese momento todo iba bien; es verdad que estaba un poco nerviosa, pero podía controlarme.

“palquiria” dice:

—No importa, que bkn el video del waton q le están pegando.

Leí las palabras en la pantalla y me corrió un escalofrío por todo el cuerpo.

“cm_194” dice:

—Sí, está bkn jajaja

“palquiria” dice:

—Mis amigos y yo una vez le pegamos a una perna por perna, pero la tonta nos acusó.

“cm_194” dice:

—Q mal, yo no le pegue, grabé no más.

Milo seguía escribiendo y yo, a esas alturas, hasta tiritaba, no sé si de rabia o del miedo que me daba el pensar en ser descubiertos.

“palquiria” dice:

—Y lo grabaste con el celu??

“cm_194” dice:

—Obvio.

“palquiria” dice:

—Te gusta hacer pelis???

“cm_194” dice:

—D más es bkn, todos mis videos dicen cm y los ven caleta de

gente en YT.

“palquiria” dice:

–Q buena, voy a ver si encuentro más para comentártelos.

“cm_194” dice:

–Bkn :)

“palquiria” dice:

–Y en que cole estai???

“cm_194” dice:

–En uno en Ñuñoa.

“palquiria” dice:

–Chócale, yo =, en el Americano

Me puse roja, casi morada: ¿cómo se le ocurría a Milo decir que estaba en el Americano? Seguro que nos descubriría. Le di un manotazo en el hombro y le puse cara de ogro.

–¡Tonto! –le grité enojada.

–¿Qué onda?

–Estamos fritos. –Me desesperé de solo pensar que “cm_194” podía ser Adolfo y que, apenas supiera que lo estábamos engañando, nos pegaría a los tres–. Le dijiste que estaba en el Americano.

–¡Uy! La embarre, perdón –Milo se puso más blanco que un papel.

Le quité el compu y me desconecté lo más rápido que pude.

–Al menos, sabemos que él no le pegaba –dijo, con cara de disculpa.

–La embarraste igual, Milo.

–Qué alharaca, si no sabe quién eres.

–Milo, cuando me hice el perfil en el YouTube, donde había que poner un sitio en Internet, puse el Fotolog.

–¿El tuyo?

–No, inventé uno con las fotos de Ana.

–¿Y de qué te preocupas? Ana no está en el cole.

Por eso mismo me preocupo, porque si el tipo tiene medio dedo de frente, se dará cuenta de que es un engaño.

Nos quedamos sentados delante de la casa de Milo, pensando en cómo arreglar el enredo. Pero no se nos ocurrió nada.

–Ya sé, saca las fotos o cierra el Fotolog –Milo puso cara de idea genial.

Tomé nuevamente el compu, entré al Fotolog, pero ya era demasiado tarde.

“cm_194” dijo en 28/06 16:13

–Q raro, yo también estoy en el Americano y nunca te he visto, me hubiera dado cuenta pq eris distinta, tu kchai.

–Igual eris linda.

–Xao”.

Me tapé la cara; sentía un hormigueo en todo el cuerpo.

–¿Por qué dices que se hubiera dado cuenta? –En ocasiones Milo es muy despistado.

–¿Qué no ves, Milo? Las fotos son de una chica mulata, y en el cole no hay ninguna mulata –le dije, enojada.

No tenía caso cerrar el Fotolog, había que seguir pasara lo que pasara.

Al rato vimos que la Normi salía de su casa, al igual que la mamá de Milo. En ese momento recordé la reunión en que se hablaría de la Quiltri. Esperamos que entraran en la casa de la señora Silvia, la primera del pasaje, y nos encaminamos lentamente hacia ella, ocultándonos de los vecinos entre los autos estacionados. Cuando todos entraron, nos escurrimos en silencio por entre el jardín de la señora que prestaba la casa para estos eventos, y nos apostamos detrás de unas ligustrinas, junto a un ventanal semiabierto.



Al comienzo, las personas de la reunión reían amistosamente, pero al cabo de un rato la cosa se puso complicada.

—Vecinos, como ustedes saben, llegó un perro al pasaje y tenemos que decidir qué hacer con él... —dijo el señor que hace de administrador, mientras nosotros seguíamos ocultos, sin hacer ruido, e incluso cuidando de que nuestra respiración no se escuchara.

—...la señora Normi, aquí presente, junto con la señora Marité y la dueña de casa, la señora Silvita, han pensado en que el perro podría ser buen guardián...

El que hablaba trataba de sacar voz de hombre importante.

—...así que haremos lo justo y lo someteremos a votación, pero antes la señora Marité nos dirá por qué cree que sería buena idea que el perro se quede.

Agarré una de las ramas del arbusto y la atraje hacia mí, para que ocultara mi rostro, mientras intentaba mirar hacia el interior de la casa. Estaban todos sentados en círculo, unas catorce personas, alrededor de una mesa de centro. Mi abuela se sentaba justo delante del ventanal, dándome la espalda. Vi a la mamá de Milo ponerse de pie, respirar profundo, y comenzar a dar sus razones para que la Quiltri se quedara.

—Vecinos, sabemos que hay mucha delincuencia; todos los días aparecen en las noticias personas que han sido asaltadas en sus propias casas, les roban las cosas y les hacen daño. No les importa si son jóvenes o viejos, entran y hacen lo que quieren. Nosotros no somos personas con tantos recursos como para contratar un guardia de seguridad, pero sí podemos adoptar a esta perrita y entrenarla para que cuide el pasaje...

La mamá de Milo hablaba con calma, en un intento por hacer entender a los vecinos que tener a la Quiltri en el condominio sería una buena forma para espantar a los ladrones. Sin embargo, una señora bajita y de muchos años, la miró con cara de furia, se puso

de pie y comenzó su discurso:

—Mira, Marité, yo sé que a ti te gustan mucho los perros, y si la quieres tener, ¿por qué no la entras a tu casa y nos dejan a nosotros tranquilos? ¿Que no ves que el perro se ensucia en todas partes y rompe las flores de los jardines, que tanto nos cuestan mantener...?”

Después de aquellas palabras, era imposible entender lo que se decía. Todos discutían con todos; unos pocos a favor que la Quiltri se quedara, y muchos en contra. El señor que hace de administrador intentaba calmar los ánimos, pero nadie le hacía caso, y faltaba poco para que se agarraran a bofetadas. De pronto escuché una voz ronca: —Ya llamamos a la Municipalidad y vendrán de la perrera a llevársela. —Por un momento todo fue silencio, hasta que la Normi rompió en llanto y ya no me pude contener. ¿Cómo se les ocurría hacer llorar a mi abuela, que es una mujer tan buena? ¿Cómo se les ocurría llamar a la perrera, para que se llevaran a la pobre Quiltri, que no le ha hecho daño a nadie? Salí de entre las ligustrinas, entré en la casa y me paré en medio de la sala, bajo la mirada sorprendida de quienes estaban reunidos.

—Ustedes se creen personas buenas —dije, en voz muy alta—, pero son malos, muy malos. Se encierran en sus casas, cuidan sus jardines, se apenan si una flor se seca, pero les da lo mismo que un animalito sufra de hambre, que lo golpeen, que lo lancen a la calle. Tienen la posibilidad de proteger a esta perrito, de darle amor, de recibir su gratitud y su protección; pero no, ustedes prefieren llamar a la perrera, para que la maten y así quedarse felices con sus lindos jardines. —No pude contenerme: tenía tantas cosas que decir y no pensaba seguir guardándomelas. No quería ser cómplice de la muerte de la Quiltri, así como me sentía cómplice de la muerte de Juanjo por haberlo ignorado. Eso nunca volvería a pasarme.

—¿Quién es esta mocosa mal educada? —una señora de como mil años alzó la voz.

—Soy la nieta de la Normi, y si decirles la verdad es ser mal educada, sí, soy mal educada, pero no voy a quedarme en silencio esperando que la perrera se lleve a la Quiltri.

—¡Saquen a esta mocosa de aquí!

Un hombre, al que no había visto nunca, me tomó del brazo para arrastrarme hasta la puerta. Pero yo logré zafarme de él y me paré junto a mi abuela, que me miraba con los ojos muy abiertos.

—¡No vamos a permitir que le hagan daño a la Quiltri! —exclamé, al tiempo que mi abuela se paraba de su asiento para que saliéramos juntas de la sala.

Había oscurecido y el frío se dejaba sentir sin misericordia. Tras nosotras salió Milo de entre las ligustrinas, luego la señora Silvita y la señora Marité cruzaron la puerta de entrada. Sentía a mi corazón dando saltos en el pecho y tenía tanta energía, que podría haber peleado con todos los funcionarios de la perrera, de ser necesario. Miré a las mujeres hablando, especialmente a mi abuela, que parecía tener más años con sus ojos llenos de lágrimas.

—Chiquita, no debiste entrar así —me dijo con ternura.

—Es que no soporté lo que estaban diciendo.

—No debiste espiarnos —la Normi me miró con cara seria.

—Perdón —Nuevamente me estaba comportando mal.

—Gracias —me dijo, y ya no entendí nada.

—¿Por qué?

—Por defenderme a mí y a la perrita. —Mi abuela me rodeó con sus brazos y me puse a llorar—. Tranquila, chiquita, todo saldrá bien.

En eso vi que la puerta de entrada al pasaje se abrió y entraba el auto de mamá. En ese momento recordé que debía regresar a casa, aunque lo cierto era que quería quedarme con mi abuela, hasta arreglar el problema de la Quiltri.

La Normi conversó un buen rato con mamá sobre la perrita y lo mucho que la había ayudado en estos días. También le pidió que me dejara con ella hasta el domingo, y se ofreció, incluso, a ir a dejarme a nuestro departamento. Mamá estuvo de acuerdo, y ahora me encuentro en la cama de la pieza de alojados, esperando que pase la noche para intentar mañana rescatar a la Quiltri de las garras de los vecinos del pasaje.

Domingo 29 de junio

Por fin hemos arreglado uno de los líos. Me levanté a las siete de la mañana y después de tomar el desayuno, que la Normi no perdona, aunque una no tenga hambre (no se sale de casa sin comer “el alimento más importante del día”), me fui en busca de la Quiltri. No la encontraba en lugar alguno, pese a que recorrí el pasaje como mil veces. Incluso miré por entre las rejas de las casas de los vecinos por si se había escondido en alguna de ellas, pero de la perrita ni luces. Como a las diez de la mañana apareció la cara de Milo entre las cortinas de su dormitorio, que tiene vista a la calle. Me hizo una seña de saludo con la mano y yo le contesté con un montón de movimientos, indicándole que saliera. Al rato apareció en buzo y con cara de sueño.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó, en medio de un bostezo.

—Busco a la Quiltri, pero no la encuentro.

—Se esconde en el gimnasio —dijo, y comenzó a caminar hacia la salida del pasaje.

Al lado del pasaje hay un terreno eriazo, donde hace una pila de años hubo un gimnasio, y que ahora está abandonado. Milo salió a la calle y yo lo seguí.

—¡Quiltri! ¡Quiltri! —Milo gritaba, encaramado en los muros del terreno eriazo.

—¿La ves? —También me encaramé en el muro.

—No... ¡Quiltri!

—¡Allí está! —dije, triunfante.

La perrita apareció corriendo, con la única oreja que podía levantar erguida hasta más no poder. Esperamos que la Quiltri saliera a la calle, y Milo la sujetó con fuerza por el collar que le habíamos puesto el día anterior. Casi a rastras, la llevamos hasta la

casa de mi abuela, pese a la resistencia que ponía. Apenas cruzó la reja del antejardín, se sentó y por más que tirábamos del collar, no se movió más. Milo sacó fuerza de hombre grande y la tomó en brazos, al tiempo que yo abría la puerta que conduce al patio, para que la entrara. La perrita estaba aterrada; se echó en un rincón y tiritaba tanto, que los pelos se le caían al piso. Se produjo un escándalo tremendo: las niñas de la Normi ladraban desesperadas desde el ventanal que da a la terraza, con ganas de atacar a la intrusa.

—Espérame —le dije a mi amigo.

Fui en busca de la Normi, que salió de la cocina con su séquito de perras completamente trastornadas con la visita. Rápidamente, mi abuela puso orden con un buen reto, y las niñas partieron derecho a conocer el olor de la recién llegada.

—Ya, Normi, aquí tienes a tu nueva niña —le dije, agotada.

Nunca antes había visto a mi abuela tan feliz. Se acercó a la Quiltri, hablándole tiernamente para tranquilizarla—. Te tenemos que bañar —le decía, dándole palmaditas afectuosas en el lomo—. Mi niña linda —seguía hablándole a la recién llegada.

Fue un día agotador. Bañar a la perrita nos dio mucho trabajo, pero estoy contenta de haber hecho, por primera vez en mi vida, lo que siempre querría hacer: rescatar a perros y a gatos abandonados. Por suerte, a la Normi le conmueven los animales tanto como a mí, y de no haber sido por ella, que estaba dispuesta a recibir a un integrante más en su familia, a la Quiltri la hubieran matado.

Lunes 30 de junio

De vuelta en mi casa, en mi cama y en mi dormitorio sin puerta. No sé hasta cuándo durará esto. Hoy volví al cole después de estar suspendida, como indican las “normas del establecimiento educacional”. Mamá pasó a hablar con el inspector general y yo me fui a mi sala, con un poco de vergüenza, caminando sin ganas y arrastrando los pies por los pasillos de baldosas blancas, sin importarme el frío matutino, que convertía en vapor mi respiración. Una puerta tras otra y, finalmente, la que tenía que traspasar. Entré intentando pasar inadvertida, pero mis esfuerzos fueron en vano, pues sentí las miradas copuchentas y los cuchicheos de mis compañeros, que me enfurecieron. Tomé todo el aire que pude y me di valor para continuar con paso firme hasta mi puesto.

—¡Hola! —escuché la voz de Adolfo.

—¿Qué quieres? —le pregunte molesta, mirándolo con furia de solo pensar en que me atacaría—. Si quieres saber de los audífonos, no los tengo —me di media vuelta y seguí caminando.

—¡Se enojó el Feto! —escuché su voz fuerte, acompañada de un coro de carcajadas de mis compañeros de curso.

Me senté junto a Sofía; Milo aun no había llegado. No pasaron ni dos segundos, y ya tenía a Adolfo parado junto a mí, con su cara mezcla de bufón y de matón de pacotilla.

—Creo que haré una llamada —el desagradable sacó mi celular de su bolsillo y comenzó a marcar números, pero lo ignoré—. Necesito mis audífonos a más tardar mañana, ¡Feto! —guardó el teléfono en su bolsillo y se acercó a hablarme al oído. No me pude aguantar.

—¡Escúchame, pendejo estúpido! —le grité a todo pulmón—. ¡No pienso pagarte los audífonos, así que deja de molestar! —me paré de la silla y comencé a forcejear con él para quitarle mi celular—.

¡Entrégame mi teléfono, ladrón! –estaba enardecida, tiraba combos y patadas al aire, sin achuntarle, mientras Adolfo intentaba sujetarme los brazos, hasta que al fin logré meter una mano en su bolsillo y quitarle el celular.

–¡Qué pasa aquí! –escuché la voz ronca del señor Bustos.

El inspector general estaba parado en la puerta de la sala, con cara iracunda. Apenas habló, todo fue silencio, y Adolfo puso cara de pobre víctima.

–No sé que le pasa a Ema, señor, me quitó el teléfono.

–¡Mentiroso, este celular es mío! –dije, al tiempo que miraba el aparato, pero en ese instante me di cuenta de que no lo era.

–Señorita Schulz, a mi oficina.

Solo Sofi intentó defenderme, pero el señor Bustos no le hizo caso. El resto de mis compañeros se quedó callado, como momia indiferente a la injusticia. Mientras caminaba hacia la puerta, veía sus rostros cómplices de lo que me estaba pasando, y recordé una situación similar de hace unos meses, cuando era Juanjo a quien esperaba el inspector en la entrada de la sala. Lo habían acusado de usar un torpedo en una prueba; él lo negó, pero no le creyeron y, al igual que ahora, nadie alzó la voz en su defensa.

–Le dije que nos veríamos seguido, señorita Schulz, pero nunca pensé que sería tan pronto –nuevamente mi verdugo estaba sentado sobre una esquina de su escritorio, y yo, en el banquillo de los acusados. Quise aclarar los hechos:

–Señor, las cosas no son como parecen.

–¿Y cómo son? –me preguntó, con voz petulante–. ¿Acaso usted no estaba golpeando a Adolfo?

–Sí, pero...

–¿Este teléfono es suyo? –me mostró el aparato confiscado.

–No, pero...

–Lo que pasa aquí, señorita Schulz, es que usted es una niña problema, que no respeta la autoridad, que no valora la disciplina,

que no le interesa estudiar y que solo sabe ir por la vida ocasionando problemas –puso voz de hombre inteligente–. Pero, ¿sabe?, le quiero decir algo: usted no llegará a ninguna parte con esa actitud matonesca.

–Señor, usted no escucha o, más bien, escucha lo que quiere oír. Da lo mismo lo que yo diga, usted ya me condenó, igual que la semana pasada –dije, lo más educadamente que pude.

–¿Qué quiere que escuche, señorita? –el inspector se paró del escritorio y se ubicó desafiante frente a mí.

–Me puse a pelear con Adolfo, porque él me molesta todo el tiempo, me dice Feto, me quita las cosas, es agresivo, no me deja en paz –quería que entendiera mis razones–. Sé que estuvo mal lo que hice, pero tengo que defenderme.

–Ema, nunca hemos tenido una queja de Adolfo; en cambio, usted es violenta hasta con sus amigos. ¿O ya olvidó el episodio anterior?

–Le juro que no soy violenta.

–No es lo que demuestra, señorita –el inspector regresó a su escritorio, tomó una carpeta, la abrió y comenzó a leer–: Aquí dice que sus padres se separaron hace muy poco; talvez la pena que esto le produce la hace reaccionar de este modo.

–Nada tienen que ver mis papás con lo que me pasa en el colegio –me defendí.

–Usted ya sabe cómo funciona esto; ahora tendré que llamar a su apoderado y se irá suspendida –puso cara de satisfacción–. Espere afuera.

–Señor... –no me dejó seguir hablando.

–¡Espere afuera, señorita Schulz!

Caminé en dirección a la puerta, y cuando ya tenía mi mano en la manilla, me acordé de Juanjo, de todo lo que no hicimos por él, de lo que yo le debía: poner un poco más de atención a lo que pasaba, y jamás callarme si tenía algo que decir. Me di vuelta y le

hablé:

–No me importa si quiere o no escucharme, pero lo que pienso, se lo diré de todas formas. Si quiere después me expulsa, me da lo mismo –me devolví para pararme frente a su escritorio.

–Señorita, no haga su situación más complicada de lo que ya está.

–No me arrepiento de intentar pegarle a Adolfo, se lo merecía. Pero de lo que sí estaré arrepentida toda la vida es de no haber defendido a Juanjo cuando lo molestaban, de haber pensado que las bromas maliciosas son normales en el colegio, de no haber intentado ser su amiga, porque él estaba siempre solo...

–¿De qué Juanjo me habla?

–De Juan José Morales Pineda, mi compañero que se suicidó –dije, molesta.

–¿Qué tiene que ver él con su mal comportamiento?

–Que no voy a permitir que me pase lo mismo, señor.

–Hable claro señorita.

–¿Para qué?... Tiene razón, mejor me voy.

No alcancé a entrar a la primera clase y ya estaba suspendida por otra semana. Al contrario de lo que imaginé, mamá no se enojó conmigo. Nunca supe qué habló con el inspector la hora entera que estuvo metida en su oficina, solo sé que ahora tengo que ir al sicólogo, y que me mira con cara de pena. Debe pensar que estoy loca, o algo por el estilo.

Nota. Estoy quedándome nuevamente en casa de la Normi.

*Ella no pregunta qué me pasa, y eso me gusta,
porque todo esto me tiene chata.*

Jueves 3 de julio

No he escrito, porque no tenía tiempo ni ganas de hacerlo; quería alejarme un poco de este cuaderno y dedicarme a descubrir quién molestaba a Juanjo. Además, tenía pendiente el trabajo de Sociedad; soy responsable, aunque el inspector crea lo contrario.

El lunes en la tarde, después del cole, Milo y Sofi pasaron a verme a la casa de mi abuela, y nos encerramos, a conversar, en el dormitorio de alojados.

–¿Qué onda? De nuevo suspendida –me dijo Milo, que se había perdido la pelea con Adolfo.

–No quiero hablar de eso –dije seria, para que no insistiera en el tema.

–Oye, pero la profe de Sociedad dice que igual tienes que disertar el lunes sobre esa cuestión de los problemas que aquejan a la comunidad –Milo me recordó el trabajo que debía hacer con Adolfo.

–Ahora tengo hartos tiempos para hacerlo –dije, riendo irónica.

Esa tarde pasé a mis cuadernos las materias que me había perdido. Mientras tanto, conversaba con los chicos y comíamos las cosas ricas que la Normi nos prepara para que “no pasemos hambre”, como dice. Eran las siete de la tarde cuando Sofi se fue, y con Milo aprovechamos el tiempo que nos quedaba para ir a su casa a ver los mails y el Fotolog de “palquiria”.

Para arreglar el problemita que habíamos dejado pendiente, cuando Milo le dijo en el chat a “cm_194” que “palquiria” estaba en el colegio Americano, nos metimos en el Fotolog de mi seudo amigo, y le posteamos que el colegio en que yo estaba se llamaba Anglo Americano, y que, claro, no era el mismo, por lo que nunca nos habíamos visto. Mientras cruzábamos los dedos, rogándole a Dios para que Adolfo nos creyera, aprovechamos de ver sus fotos

e identificar al compañero que grabó la paliza a Juanjo. Tuvimos mala suerte: ni una sola imagen correspondía a él; todas eran de artistas de música rock, tipo satánica.

—¡Que lata! Creo que nunca sabremos quiénes molestaban a Juanjo. —Estaba decepcionada.

—El nombre se encuentra en el poema, ¿te acuerdas? —Milo sacó la fotocopia que nos habíamos llevado el viernes anterior.

—Lo leo una y otra vez y no logro descifrarlo. —Yo miraba el techo, como si la respuesta a todas las preguntas que teníamos se escondiera en la pintura blanca.

—Mira, “cm_194” dice que él solo grabó la golpiza, y como las imágenes no están movidas, significa que no fue él quien le pegó, aunque sí sabe quiénes lo hicieron: son sus amigos. Tenemos que descubrir cuáles de ellos.

—¿Quién es seco para computación en el curso? —se me había ocurrido algo.

—¿Qué tiene que ver? —Milo me miró con cara rara.

—¿Te acuerdas del mail con las amenazas que leímos en casa de Juanjo, que no tenía remitente? Por mucho que he intentado mandar un mail sin remitente, no he podido lograrlo; entonces, quien asediaba a Juanjo sabía cómo hacerlo...

Milo me interrumpió:

—Claro, eso quiere decir que es alguien bueno para computación.

Esa noche, al despedirnos, quedé con la tarea de descifrar el poema, y Milo, con la de averiguar quién era bueno para computación.

Todos estos días, en que he estado suspendida, me he mantenido ocupadísima. Por las mañanas ayudé a la Normi a educar a la Quiltri, y a convencer a las niñas que la aceptaran como una más de la familia. Por suerte, parece que nos resultó, pues ahora la perrita corre feliz por el patio, dando saltos y haciendo hoyos en el jardín. Mi abuela ni siquiera la reta, porque dice que ha sufrido

mucho como para hacerla pasar un mal rato. La Normi es increíble.

Por las tardes, mi abuela se dedica a tejer y a ver sus teleseries, metida en la cama. Por mi parte, las destinaba a leer el poema letra por letra, contra el espejo, al revés, en fin, como fuera, para intentar descifrar el nombre oculto, pero nada. También había comenzado a desarrollar el trabajo con el que debía disertar el lunes siguiente; pero me tenía aburrida y muy molesta que tuviera que hacerlo con Adolfo. Sin embargo, no estaba dispuesta a llamarlo, y prefería hacerlo sola, para no verle la cara, aunque mi nota también fuera de él.

Hoy estaba investigando sobre la contaminación ambiental, que, después de todo, es un problema que aqueja a la comunidad, ya que en esta época pasamos en alerta ambiental. No se puede hacer gimnasia y las guaguas se enferman, al punto de ir a parar al hospital. El miércoles estaba revisando unos artículos que habían salido en el diario, cuando la Normi me avisó que me llamaban por teléfono.

—Hola, habla Manolo, ¿cómo estás? —me dijo, con su voz tan linda. En verdad creo que me gusta un poco.

—Suspendida —le contesté, automáticamente.

—¿Por qué?

—Me agarré con un compañero —sentía cositas raras en la guata, pero no me puede gustar, porque es muy mayor.

—Qué mal.

—No importa, me da lo mismo. Oye, Manolo, ¿qué edad tienes?

—Diecinueve, ¿por qué?

—Por nada, quería saberlo. —Sí, son muchos años. Mejor me olvido de él, pero igual es lindo.

—Te llamaba, porque quería saber si habían averiguado algo.

—Sabemos que el matón es bueno para computación; Milo está averiguando en el cole quién puede ser, y yo intento descifrar el

poema. ¿Tú sabes algo más?

—No, nada, pero acuérdate de llamarme, si se enteran de algo.

—Sí, lo tengo súper presente.

Tengo que olvidarme de Manolo como sea, es muy grande para mí.

Después de colgarle, no pude seguir pensando en la contaminación ambiental, cuando en realidad quienes están más contaminados que el aire son las personas. Me aburrí de ver en las noticias las peleas de las pandillas que se agarran a combos, porque unos son de una tribu urbana que odia a la que tienen en frente, solo por ser distintos. Me cansé de que los colores de piel sean importantes, al punto de abrir o cerrar puertas.

Me niego a aceptar que las personas sean más o menos apreciadas, dependiendo de si son gordas o flacas, de que su apariencia física sea determinante, al punto de ser más importante que sus principios, pensamientos, carácter y convicciones.

No quiero ser parte de este mundo, que tiene el alma contaminada con la miseria de la discriminación, que no escucha a los viejos, porque cree que la cabeza ya no les funciona y hablan puras tonteras, sin detenerse a oír lo que la vida les ha enseñado.

No quiero aceptar que las personas valgan más, de acuerdo a la cantidad de dinero que tengan, sin recordar que todos tenemos dignidad.

Me niego al abuso de poder, de las ansias que sienten algunos por dominar a los demás, aunque sea por la fuerza, como intenta hacerlo Adolfo conmigo.

No quiero estar frente a un inspector general, que piensa que el ser adolescente me hace tonta y rebelde, sin importarle las verdades que diga, porque al colegio y a su imagen no les conviene.

No quiero volver a tener miedo de salir a la calle, o de ir al colegio, porque sé que me encontraré con un adolescente

abusador, que ha visto en las amenazas y en los golpes el mejor medio de conseguir lo que quiere. No tiene ningún derecho de atemorizarme.

No quiero que mis compañeros y los profesores, con su silencio, sean cómplices de las burlas y de los maltratos.

Después de pensar en todo esto, sabía el tema que trataría en el trabajo de Sociedad.

Viernes 4 de julio (en la madrugada)

Me he despertado de improviso, en medio de un sueño perturbador. Apenas cerré los ojos, comencé a soñar que caían hojas de papel desde el cielo, igual que gotas de lluvia. Me ponía bajo ellas y las iba atrapando: todas tenían escrito el poema de mi compañero muerto. De pronto apareció Juanjo, en medio de una niebla súbita, que me miraba fijo. “En la quinta línea”, decía, convirtiéndose luego en hojas escritas con poemas que caían al suelo. Abrí los ojos en la oscuridad, con la sensación de haber dormido durante días. Encendí la luz, tomé la fotocopia del poema que estaba en el velador, y busqué la quinta línea. Esta decía: “escribo un garabato en nuestro intervalo olvidado”. Cerré los ojos, sin conseguir entender lo escrito, pero en mi mente se destacaron las primeras letras de cada palabra, y pude ver el nombre con claridad.

Eran las cuatro de la madrugada y no sentía ni una pizca de sueño; tenía, más bien, la necesidad de escribir, de dibujar palabras en mi diario, de desarrollar el trabajo que debía entregar el lunes.

En la noche.

Aún estaba oscuro cuando abrí la cortina del dormitorio. Mientras escribía el trabajo de Sociedad, miraba por la ventana, que tiene vista al pasaje y a la casa de Milo, para evitar que mi compañero se fuera al cole sin que antes habláramos. Faltaban veinte minutos para las ocho cuando apareció en la reja, con cara de dormido. Abrí la ventana y entró una corriente de aire gélido.

– ¡Milo! –fue un gritito en medio de un murmullo– ¡Ven!

–¿Qué hay? –Milo había caminado hasta la reja de entrada de la casa de mi abuela.

–Necesito saber todo sobre nuestro compañero Eugenio –le

ordené.

–¿Por qué? –me miró, intrigado.

–Cuando vuelvas del cole te cuento. Quiero todo: la dirección, cuánto tiempo hace que está en el Americano, todo –insistí.

–Tú sabes algo.

–Sí, pero en este momento no te diré nada. Juntémonos con Sofi después del cole; ahora ándate, que estás atrasado –cerré la ventana, al tiempo que me despedía moviendo una mano. Milo se fue de malas ganas.

Pese a que había dormido muy pocas horas, tenía la cabeza llena de ideas y poco tiempo para reunir las pruebas en contra del matón de Adolfo, suficientes para desenmascararlo y mostrar al verdadero chico que se esconde en esa cara de inocente, con que convence a los profes en el cole.

Necesitaba una cámara para grabar una película, pero mi abuela solo tenía una antigua para fotos. Recordé la de mamá y la llamé por teléfono, para que me la pasara a dejar, diciéndole que debía hacer un trabajo con ella. No puso problema, y me la entregó antes de irse al trabajo.

Todo el día lo pasé planeando la “operación Fito”, como le puse a la trampa que pensaba tenderle al matón de Adolfo.

Cuando faltaba una hora para que mis compañeros salieran de clases, le pedí permiso a mi abuela para ir al cole. Me miró un poco dudosa, pero después de pensarlo un instante, me dijo que bueno. Era viernes y nos tocaba escalada; como estaba suspendida, no podía asistir a la actividad, pero de todos modos me puse el equipo de gimnasia y preparé el bolso con mis útiles de aseo personal, verificando que la cámara tuviera baterías y memoria suficiente para la grabación. No seguí pensando en los riesgos que corría, pues el asedio de Adolfo me tenía harta, y ya era tiempo de terminar con él.

Llegué al cole cinco minutos antes del término de la jornada de

clases. Al escuchar el timbre, y ver que los chicos comenzaban a salir desesperados desde sus salas, me filtré entre ellos, subiéndome la capucha de la parka y ocultando mi rostro con una bufanda. De pronto, Milo y Sofi pasaron junto a mí.

—¡Sofi! —le dije, tratando de cambiar el tono de voz. Ella me quedó mirando extrañada.

—¿Ema?

—Chist, vamos al baño.

Sofi le dijo algo al oído a Milo, y los tres caminamos hasta los baños ubicados en Recepción. Después de asegurarnos de que en ellos no había nadie, Milo se quedó vigilando la puerta de entrada, para que no nos interrumpieran.

—¿Para qué quieres saber dónde vive Eugenio?

—Eso te lo cuento después, ahora necesito encontrarme a solas con Adolfo, y que ustedes graben todo lo que pase, sin que él se dé cuenta —abrí mi bolso y saqué la cámara—. ¿La sabes usar?

—¿Para qué? —Sofi tomó la cámara y la examinó.

—Para que no me moleste más y ahorrarme el sicólogo —respondí.

Cuando salimos del baño quedaban pocos chicos dando vueltas en los patios. Estaba casi segura de que Adolfo aún no había salido del cole, pues siempre se demora en irse a su casa. Caminamos por los pasillos buscando al matonzuelo, mientras mis amigos me seguían, ocultándose detrás de los pilares, de los arbustos o de lo que fuera. De pronto, vi que mi pesadilla venía bajando la escalera que conduce a la biblioteca. Me saqué entonces el gorro y la bufanda, para que se viera mi cara, que él detectó a la distancia. Acompañado de Gastón y Luciano (su grupito de maleantes), Adolfo se me acercó con paso firme. Sentí miedo, pero me lo aguanté.

—Miren a quién tenemos aquí, ¿acaso no es el Feto suspendido? —Adolfo se dirigió a sus amigos con arrogancia.

—No me sigas molestando —le dije, calmadamente.

—Ja, ja, ja, tontorrón, quiero hablar contigo en otro lugar.

Adolfo examinó el entorno con la mirada, descubriendo que uno que otro profe caminaba por los pasillos. Me tomó firmemente por un brazo y casi me arrastró hasta un patio solitario, al otro lado del gimnasio.

Me sentí perdida. Mi plan había fallado: mis amigos habían quedado ocultos al otro lado del patio, desde donde era difícil que vieran lo que me estaba pasando. Por un momento sentí desesperación e intenté arrancar, pero los secuaces de Adolfo me detuvieron, sosteniéndome por los brazos. Intenté dar patadas, pero me contuve al ver las siluetas de Milo y Sofi, ocultándose entre los arbustos del jardín cercano al patio, cámara en mano.

—¿Terminaste el trabajo para el lunes? —me preguntó, con aires de jefe.

—No.

—¿Y qué estás esperando? Necesito una buena nota —se acercó y acarició una de mis mejillas. Sentí asco.

—Si termino el trabajo, será solo mío; no pienso incluirte en él.

—Sí que lo harás —dijo con tono burlón.

—No pienso hacerlo.

—Es mejor que lo pienses, y también que pienses en mis audífonos, porque si no me los entregas el lunes, la verás muy fea, Feto estúpido —Adolfo empuñó una mano y amenazó con golpearme.

—¡Déjame tranquila! Yo nunca te he hecho nada. ¿Por qué me molestas?

—Porque me gusta y punto; porque eres patética, con tu pelo de choclo, la boca llena de alambres, y esas piernas flacas que dan asco. Porque te crees mejor que yo, porque me caes mal y no te soporto.

—Te voy a acusar —lo amenacé.

—¿Y quien te va a creer, tontorrón? Si el Bustos, y toda la

manga de profes estúpidos, son más tontos que tú. No cachan na' de na' –se sentía muy seguro de todo lo que decía, mientras sus amigos se reían–. ¿O tú creí' que alguna vez me han pillado en algo? Siempre paga otro por mí, cabrita, y ahora tú lo estas haciendo... jaja.

–No pienso poner tu nombre en el trabajo, y no te voy a comprar los audífonos.

–Te va a ir mal, Feto, si no veo mi nombre en él.

–¿Qué vas a hacer, me pegarás? –le dije, desafiante.

–No soy tan tonto, Feto, pero cualquiera se puede caer de las escaleras –insinuó, sonriendo.

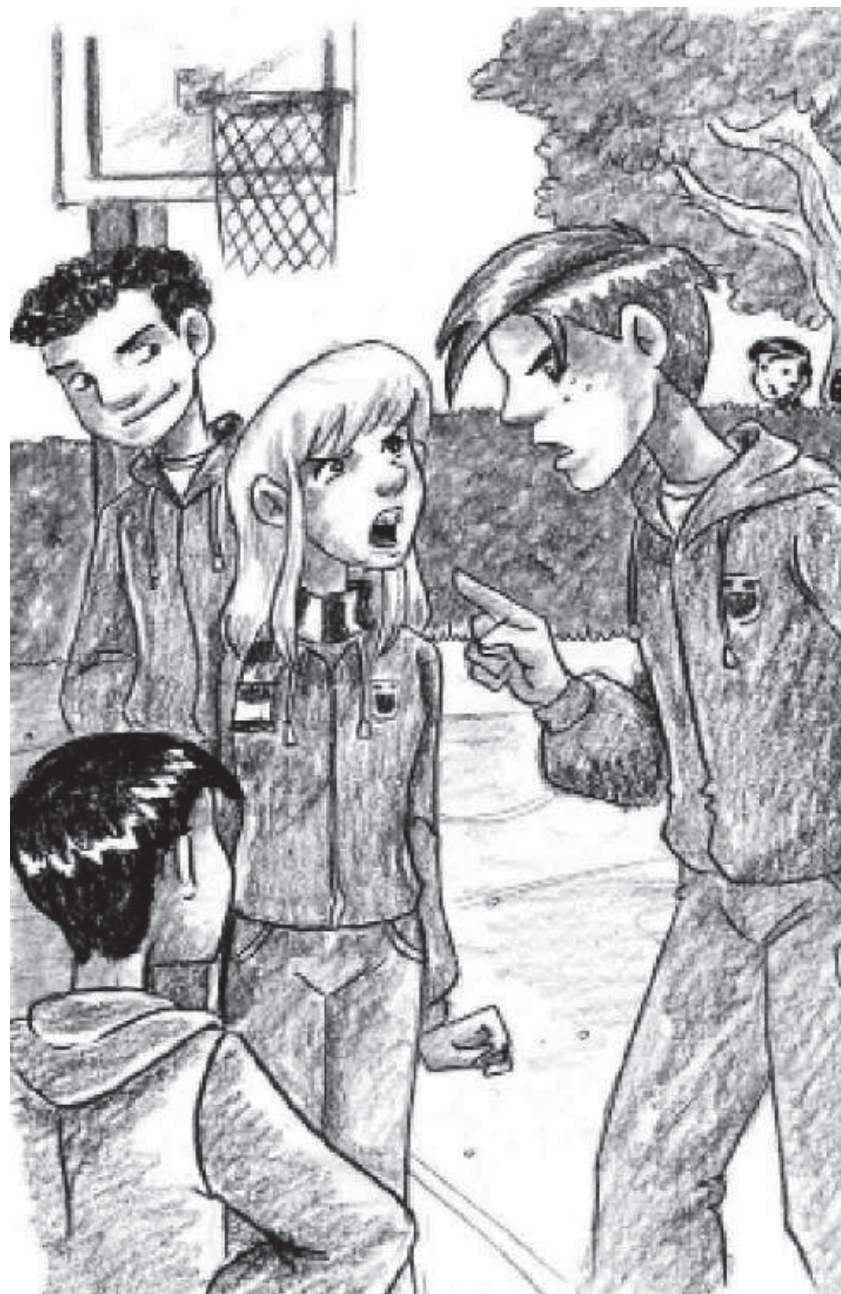
–Tú molestabas a Juanjo.

–¿A quién, al Chanchomán? No, tontita, ese trabajito lo hacía otro. Bien merecido se lo tenía por perno.

–¡Eres malo! –le grité. No podía creer que admitiera los hechos como si nada.

–Ya lo sé.

Finalmente Adolfo hizo una seña a sus amigos y estos me soltaron, acomodaron sus mochilas, y se fueron como si nada hubiera pasado. De nuevo me sentí impotente, pero esta vez valía la pena. Esperé que sus figuras desaparecieran en los pasillos del colegio y fui al encuentro de Sofí y de Milo, que me esperaban ocultos detrás de los arbustos.



–¿Lo grabaron?

–Todo –dijo Sofi, quien me abrazó casi llorando.

Los chicos no se quedaron a escalada, y los tres nos dirigimos a la casa de la Normi. Mientras caminábamos, les conté cómo había descubierto el nombre de Eugenio en el poema.

–¿Estás segura de eso? –Milo me miro incrédulo.

Saqué la fotocopia del bolsillo de mi parka y le mostré la quinta línea del poema.

–Tienes razón –Sofi no podía creerlo.

–¿Averiguaste lo que te pedí? –necesitaba saber más sobre Eugenio.

–Sí –respondió Milo–, y también sé quién es el experto en computación.

–¿Eugenio? –dije; Milo asintió con la cabeza.

Estaba comenzando a oscurecer cuando llegamos a la casa de mi abuela. Como siempre, ésta nos esperaba con cositas ricas para comer. Permanecimos hablando en la cocina, porque a la Normi le gusta saber lo que pasa en el colegio. Al oírnos, se le ilumina la cara y goza con nuestros cuentos. Se nota que los disfruta, y a nosotros nos encanta hacerla sentirse bien.

Tenía la cabeza llena de cosas, algo así como un huracán de ideas desparramadas que necesitaban ser ordenadas. Fuimos al dormitorio para planear lo que haríamos al día siguiente.

–Quiero ir a la casa de Eugenio –dije, de pronto.

Me miraron con cara de interrogación.

–Si ya sabemos que era él quien molestaba a Juanjo ¿para qué quieres ir? –me preguntó Sofi.

–Quiero hablar con él, para saber por qué lo hacía.

Definimos todo lo que haríamos al día siguiente, y luego llamamos por teléfono a Manolo, para que nos juntáramos en la tarde en la Plaza Egaña. No le adelantamos nada de lo que sabíamos; era mejor hablarlo en persona.

Los chicos se fueron y la Normi se acostó. Me quedaré aquí hasta mañana en la noche, porque me es más fácil reunirme con mis amigos estando en esta casa, ya que mi abuela no hace preguntas; está convencida de que todo lo que hacemos es parte de un juego. No le he contado nuestros planes, pues no quiero preocuparla.

Me siento agotada, y me duele la cabeza de tanto pensar. También me cansan los encuentros con Adolfo, pero el de hoy era necesario para denunciarlo. Ahora que tengo una prueba en su contra, estoy más tranquila, aunque me complica el descubrimiento del acosador de Juanjo. Milo me contó que éste y Eugenio fueron súper amigos hasta quinto; andaban todo el tiempo juntos, se invitaban a las casas y a los cumpleaños. Fue en sexto, de vuelta de las vacaciones de verano, desde cuando ya no se les vio nunca más juntos.

Pese a mi cansancio, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Eugenio. Es un chico alto, delgado, de pelo muy corto y piel morena, que se junta con tres compañeros: Alberto Castro, Ignacio Farfán y Camilo Mora. ¿Camilo Mora? Claro, qué tonta, ¿cómo no lo pensé antes? “cm_194” debe ser Camilo Mora, el que grabó la paliza y la subió a Internet.

Nota. Después sigo, tengo que llamar a Milo.

Ya hablé con Milo. A él también le cuesta creer que ese grupito fueran los acosadores, pues siempre se han visto muy tranquilos. Es verdad que molestaban al pobre Juanjo llamándolo Chanchomán y escondiéndole sus cosas, pero hacían lo mismo que el resto de mis compañeros molestosos. Nunca hubiéramos imaginado que eran ellos los autores de esos mails aterradores, ni menos que fuesen ellos los que lo golpeaban. Personalmente, siempre pensé encontrar el nombre de Adolfo oculto entre las líneas del poema.

No seguiré escribiendo; casi se me cierran los ojos de sueño y

mañana será un día muy movido.

Lunes 7 de julio (a las seis de la mañana)

Desperté súper temprano y, como debo esperar un buen rato para levantarme, aprovecharé de avanzar en mi diario. Tengo demasiadas cosas que escribir, y trataré de que no se me olvide nada.

El sábado, a las once de la mañana, nos juntamos los tres en la entrada del pasaje, para ir donde vive Eugenio. Tomamos un micro, que nos dejó en la Plaza Ñuñoa, y después caminamos unas tres cuadras, hasta llegar a la dirección que Milo tenía anotada en un papelito. El día estaba lindo, el sol brillaba con majestuosidad, y hasta daban ganas de quedarse bajo sus rayos para espantar al invierno, que falta tanto para que termine. La casa de Eugenio estaba en una esquina y era antigua, grande, llena de jardines y plantas que salían desde el patio, cruzaban la vereda y terminaban en el bandejón que separa la calle.

Estábamos, al otro lado de la calzada, dándonos ánimo para tocar el timbre, cuando vimos que un auto se detenía frente a la entrada de vehículos y tocaba la bocina. Una mujer, que imaginé la mamá de Eugenio, salió corriendo desde una puerta lateral y se apresuró a abrir el portón. El auto ingresó al estacionamiento y de él bajó un hombre grande y regordete, que le hizo una seña a la mujer. Ella corrió a descargar el maletero, y regresó tan cargada de bolsas, que por poco no quedaron algunas regadas en el jardín. El portón permaneció abierto de par en par, y no se veía nadie, pues la pareja había entrado en la casa.

–Aprovechemos de entrar –dije, decidida, y, sin esperar respuesta, crucé la calle y entré al patio.

–Estás loca, Ema –me susurró Sofi, mientras nos ocultábamos

entre los arbustos, bajo una ventana.

—Chist —la hice callar.

La ventana estaba abierta y pudimos escuchar los gritos del hombre, que no los puedo escribir, pues casi todos eran garabatos, y a mí no me gustan las palabrotas. Se lo escuchaba muy molesto, reclamando por todo: la casa sucia, que no le servían el café que tanto necesitaba, que no sabía por qué se había casado con “esta mujer estúpida”, y otras cosas que no recuerdo.

Estábamos arrepentidos de haber entrado a hurtadillas en el patio de un lugar que parecía un infierno. Milo hizo una seña para que saliéramos de allí, y ya habíamos comenzado a caminar agachados rumbo al portón, cuando vimos a Eugenio, que entraba y lo cerraba. Me dolió la guata de terror, al sentirme atrapada en esa casa, de la que quería escapar lo más rápido posible. Nuestro compañero parecía contento, aunque la alegría le duró lo que tardó en llegarle el eco de los gritos de su padre. Tuvimos que volver a ocultarnos entre los arbustos, junto a la ventana, mientras Eugenio daba unos pasos dudosos, para luego regresar al portón, al tiempo que la puerta principal chirrió.

—¿Que no tienes casa, mocoso ¡Entra! —la voz del hombre sonó como un trueno, en medio del silencio inquietante. Eugenio agachó la cabeza y desapareció detrás de los muros azules de su hogar.

Yo me enojo con mamá, porque siento que no respeta mi privacidad, y porque hasta se atrevió a sacar la puerta de mi dormitorio. La encuentro estricta, pues me castiga cuando la embarro en algo o me saco una nota que ella considera mala, aunque no sea un rojo. Pero lo que sucede en mi casa es, en realidad, el cielo, comparado con el calvario que se desarrollaba tras la ventana, bajo la cual nos hallábamos.

Cuando nos dimos cuenta de cómo trataban en su casa a Eugenio, a gritos e insultos, tratándole de inútil y estúpido, no

supimos qué hacer. Estaba claro que tocar el timbre para hablar con él era una muy mala idea.

Continuamos ocultos, escuchando voces desagradables durante mucho rato, sintiendo las piernas acalambradas de tanto estar agachados. Por más que mirábamos a nuestro alrededor, no encontrábamos la forma de salir de este lugar espantoso.

—Rodeemos la casa —dijo Milo, en un murmullo.

Tomó la delantera, comenzando a gatear entre las plantas sin hacer ruido, mientras lo seguíamos, deteniéndonos de vez en cuando, para intentar encontrar el modo de salir de allí. Al doblar una de las esquinas de la edificación, vimos un nogal enorme, erguido junto al muro que daba a la calle lateral. —Por aquí —indicó Milo, al tanto que trepaba al árbol, para alcanzar el muro y saltar a la calle. Sofi y yo lo imitamos. Las clases de escalada nos fueron muy útiles.

Caminamos hasta la Plaza Ñuñoa y nos sentamos en el césped.

—¿Qué hacemos? —Sofi estaba acongojada.

—No sé —Milo comenzó a sacar hebras del césped y las lanzaba lo más lejos que podía.

—Tratan hartó mal a Eugenio —se me escaparon las palabras.

—Pero eso no le da derecho a maltratar a sus compañeros —sentenció Sofía.

—No digo que tenga derecho, pero es el único modo que conoce de tratar a la gente. —No sé por qué lo defendí.

Después de almorzar en casa de mi abuela, nos dirigimos a la Plaza Egaña para reunirnos con Manolo, quien estaba sentado en uno de los bordillos de cemento que separan el césped del paseo peatonal. Tenía cara de ansiedad (pese a ello estaba muy lindo, pero no puedo seguir pensando en eso), mientras arrugaba y estiraba nerviosamente un papelito que tenía en sus manos.

—Ya sabemos cuál es el nombre oculto en el poema —le dije, antes de saludarlo.

–¿Quién es? –Manolo se puso de pie, y me miró fijo.

–Eugenio, compañero nuestro y de Juanjo. –Saqué el poema con la quinta línea subrayada, y con la letra inicial de cada palabra destacada.

–¡No te creo! –Manolo me arrebató el papel y lo leyó una y otra vez–. ¡Pero si ellos eran amigos!

–Eran –aclaró Milo–; hace tiempo que no se pescaban.

El hermano de Juanjo nos contó entonces, que sus papás le habían prohibido ir a la casa de Eugenio, porque éste llegaba siempre muy alterado. Pese a ello, según decía Juanjo, se seguían juntando en el colegio. Sus papás nunca le prestaron mayor importancia a las amistades de su hermano; generalmente les preocupaban otras cosas.

–Las notas –dije, en forma automática.

–Sí, claro, querían que le fuera bien en el colegio, para que entrara a la universidad.

–No sé por qué a los padres solo les importan las notas. A veces pienso que les da lo mismo si uno lo pasa bien o mal en el cole –dije, acordándome de la insistencia de mamá en que tenga un buen rendimiento.

–¿Qué piensas hacer, ahora que sabes quién era el matón de Juanjo? –Milo tomó a Manolo de un brazo, intentando consolarlo.

–No sé.

–Nadie hará nada –ordené con seriedad–. Lo tengo todo planeado.

Manolo no estaba muy convencido de que yo pudiera hacer algo, y me dio plazo hasta el lunes en la tarde. Después, entregaría el poema a la policía.

El domingo entero lo pasé en casa, haciendo el trabajo de Sociedad. Trabajé como nunca, y solo lo di por finalizado cuando sentí que había quedado perfecto.

Pasé la grabación con las amenazas de Adolfo a un CD y lo

guardé en mi mochila, para que no se me fuera a quedar. Además, le pedí a Milo que al día siguiente llevara su computador portátil al colegio, pues lo necesitaría para la presentación.

Cuando estaba preparándome para dormir, mamá apareció en mi dormitorio.

–¿Cómo estás, Ema? –me preguntó con voz dulce, y no pude evitar acordarme de los gritos del padre de Eugenio.

–Bien, mamá.

–¿Todavía estas enojada conmigo? –fue hasta mi cama y se sentó en ella.

–No.

–¿Extrañas mucho a tu papá?

–Sí, y extraño verlos juntos a los dos.

–¿Quieres saber por qué nos separamos?

–Ya no, lo que quiero es que se arreglen.

– Ah.

–¿Todavía tú lo quieres, mamá?

–Muchísimo –dijo, con un puchero en la boca.

No pudimos seguir hablando; me vino un llanto con hipo incontrolable. Mamá me abrazó, acariciando mi pelo con tanto amor, que sentí que nada malo podía pasarme si ella estaba conmigo.

–Te quiero tanto, mamá.

–Y yo te adoro, Ema.

–Perdóname por gritarte, por no entenderte, por ser pesada.

–¿Y también por las suspensiones del colegio?

–No, por ellas no, porque no fui la culpable.

–¿Y quién fue, entonces?

Se me ocurrió una idea genial; en vez de contestarle, le pregunté:

– Mamá, ¿puedes ir mañana al cole conmigo, y esperar hasta mi disertación?

–Sí, claro que puedo.

–Mañana me dirás si debo pedirte perdón por las suspensiones.

Mamá se quedó conmigo un buen rato. Pero no seguimos hablando, solo nos hacíamos cariño, mientras yo recordaba que la Normi había sentenciado que “mientras exista amor entre ellos (entre mis padres), todo se puede solucionar”.

*Nota 1. Es hora de que salga de la cama,
me duche y haga unas llamadas.*

Nota 2. Espero que todo salga bien. Hoy es el día.

Lunes 7 de julio (en la noche)

Hoy me tocaba Sociedad en la primera hora. Llegué al cole quince minutos antes de que tocaran el timbre. Milo me estaba esperando con su computador portátil sobre el escritorio.

–¿Para qué lo quieres? –me preguntó, con pocas ganas de pasármelo.

–Ya lo verás; y quédate tranquilo, que no le haré nada malo.

Todo me hacía reír, pero eran los nervios lo que me tenían loca, pues no sabía si lo que había planeado iba a resultar. Puse el compu de Milo sobre una mesa, junto al escritorio de la profe, dejé el trabajo de investigación al lado, y quedé esperando que llegaran todos mis compañeros. Faltaba un minuto para las ocho de la mañana, cuando Adolfo cruzó la puerta.

–Hola poh’, Feto, veo que terminaste mi trabajo –sonrió, burlonamente.

–No es tu trabajo. No puse tu nombre.

–Te dije que tenías que ponerlo –Adolfo se acercó y apretó discretamente uno de mis brazos, con tanta fuerza que me hizo daño.

–No apareces en el trabajo, y punto –le dije, decidida.

–¿Qué pasa aquí? –la profe de Sociedad venía entrando y se detuvo junto a nosotros.

–Nada grave, señorita, solo que a Ema se le olvidó poner mi nombre en el informe del trabajo. ¿Puedo escribirlo a mano? –Adolfo puso su mejor cara de cínico.

–¿Lo hicieron juntos? –la profe me miró a los ojos.

–Sí –respondí, y el abusador sonrió satisfecho, al tiempo que se apresuraba a escribir “Adolfo Escobar” en el informe.

Los minutos pasaban lentos, mientras la profe decía unas cuantas cosas que yo no era capaz de entender, pues estaba concentrada en

lo que debía disertar. De pronto, golpearon la puerta: eran el señor Bustos y mamá. Llamaron a la profesora, a quien el inspector le dijo unas cuantas cosas, y luego hicieron pasar a mamá. La miré con una sonrisa, y ella me cerró un ojo, al tiempo que se sentaba en mi puesto, al lado de Sofia.

—Alumnos —la profesora alzó la voz—, como ustedes saben, los padres son parte primordial en el proceso de aprendizaje de ustedes. Así lo entiende la mamá de Ema Schulz, quien nos ha pedido estar presente en la disertación de su hija y, por supuesto, nosotros estamos felices con su presencia.

Un cuchicheo plagó la sala.

—¿Están listos, chicos? —nos preguntó la profe.

—Sí —respondió el patudo de Adolfo, y se paró a mi lado, sin tener idea de qué se trataba la disertación.

—Bien, entonces ¿de qué problema que aqueja a nuestra comunidad nos hablarán? —preguntó la señorita.

Adolfo me quedó mirando, para que respondiera.

—De la contaminación —dije.

—Sí, de la contaminación, y de lo malo que es para las personas el no poder respirar aire puro ni nadar en aguas limpias —agregó Adolfo.

Nuevamente golpearon la puerta y la profe se paró de su escritorio para abrirla. Al cabo de unos segundos entró el señor Bustos, con cara de aporreado, acompañado de dos carabineros que, con toda calma, se ubicaron al fondo de la sala. A la señorita se le había transfigurado la cara y nos miraba asustada. Otra vez los murmullos de mis compañeros se dejaron escuchar.

—Señorita, ¿puedo seguir? —la profe asintió con la cabeza—. Como dije antes, este trabajo trata sobre la contaminación, pero no la ambiental, como cree Adolfo —le lancé una mirada acusadora—, sino sobre la contaminación del alma y el comportamiento violento de la sociedad, en general, y de este curso, en particular. —

Los carabineros me miraban atentos, mientras el señor Bustos se retorció nervioso—. Como ustedes saben, hace un mes uno de nuestros compañeros, Juan José, se suicidó. En las noticias se dijo que era una víctima del matonaje escolar; los periodistas entrevistaron al rector, hablaron con los padres de Juan José, y plantearon varias hipótesis, que nadie tomó en cuenta, o que, al menos, en el colegio no se consideraron. Pasaron los días y ocurrieron otros hechos, que llenaron las portadas de los diarios y los titulares de los noticieros, y ya nadie volvió a mencionar el tema. Pero yo no pude quedarme tranquila, sabiendo que un chico de mi curso había muerto por no soportar el abuso de compañeros que no lo toleraban, y me empeñé en descubrir la verdad. —Adolfo seguía de pie a mi lado, pero se había reducido al mínimo por el miedo que le provocaban mis palabras—. Esta es la historia de Juan José...

—Ema, ¿no cree que sería mejor hablar en la oficina de este tema? —la señorita intentaba que no siguiera adelante con mi disertación.

Mis compañeros continuaban en sus puestos, en medio de la calma que precedía a un desastre. Se miraban entre ellos, giraban las cabezas y escudriñaban a los carabineros, que yo había llamado a primera hora. El día anterior había descubierto en Internet que existía un teléfono para denuncias de maltrato infantil, el ciento cuarenta y siete, y lo que yo estaba pasando era eso: maltrato. Así lo entendió la funcionaria que escuchó detenidamente todo lo que tenía que decir, al otro lado de la línea, sin interrumpirme, sin dudar, y me sentí segura cuando dijo: “No estás sola”. Le hablé, también, sobre las pruebas que había reunido y lo importante que sería que un carabinero estuviera en el colegio cuando las revelara.

—Déjela que continúe —la voz ronca de uno de los carabineros se hizo escuchar.

—Yo no conocí mucho a Juanjo, como le decían en su casa a

nuestro compañero. No me di el tiempo de hablar con él, no me pregunté tampoco por qué se sentaba al final de la sala, al lado de una niña que no le dirigía la palabra, ni cuáles eran los motivos de la pena que cargaban sus ojos. Mil veces escuché que le gritaban “Chanchomán”, y estoy segura de que ya nadie del curso recordaba su nombre. Al saber de su muerte, no comprendí su decisión. ¿Cómo entender que un chico se suicide, porque lo molestan en el colegio, si a todos nos hacen lo mismo? A mí me dicen Feto, y todos se ríen, menos yo, claro. Pero es soportable, uno puede vivir escuchando tales cosas.

Mis compañeros se inquietaron; algunos comenzaron a murmurar y otros bajaban la cabeza, intentando ocultarla entre sus libros. La profesora me miraba incrédula, sentada ante su escritorio.

—En el funeral de nuestro compañero conocí a su hermano Manuel, quien me pidió ayuda para descubrir quiénes lo molestaban. En un comienzo, no estuve muy segura de hacerlo, pero con el correr de los días me vi enfrentada a lo mismo que Juan José: un grupo de este curso comenzó a asediarme. Recibí amenazas y faltó poco para que me pegaran, incluso estuve suspendida por ello. Cuando el señor Bustos me llevó a su oficina, para reprocharme mi mal comportamiento, intenté contarle lo que pasaba, pero él no me quiso escuchar. No le importó lo que tenía que decir y prefirió castigarme sin motivo.

Miré fijamente el rostro del inspector general, mientras la mayoría de los chicos del curso hacía lo mismo. En ese momento me sentí como un abogado acusador en medio de un juicio.

—Señorita Schulz, es suficiente —el inspector me hizo callar.

—¡Deje que mi hija termine de hablar! —Mamá se levantó de su asiento, dirigiéndose al señor Bustos, y me sentí más apoyada que nunca.

—Antes de mostrarles unos videos, quiero decirles una cosa —

continué—. Primero, que todos somos responsables de la muerte de Juanjo; la sociedad completa, porque nos obliga a vivir rodeados de violencia e intolerancia, al punto de validar la agresividad como un modo normal de comportamiento. Nos creemos muy superiores a los animales, pero ellos no agreden a sus semejantes por puro gusto.

Todos me miraban con cara de “esta niña está loca”, pero ello pareció darme más fuerzas; me sentía llena de una energía salvaje, que no sé de dónde la sacaba.

Tenía muchas cosas que decir y no me callaría ninguna.

—Somos responsables todos nosotros: sus compañeros, por no denunciar los maltratos de los que era víctima; los presenciamos y callamos, convirtiéndonos en cómplices de los abusos que sufría.

Los chicos hablaban entre ellos; parecían no estar muy convencidos de lo que yo seguía diciendo.

—Son responsables ustedes, los profesores, por no prestar más atención a lo que pasa en el colegio, al que nuestros padres nos envían pensando que en él estamos seguros, pero ustedes se preocupan únicamente de las notas y de la excelencia académica, así pueden seguir figurando entre los colegios más exitosos de Santiago.

Callé un momento, mirando por la ventana los rayos de sol que comenzaban a salir, despejando el día, tal como yo despejaba las mentiras que empañaban mi existencia y atormentaban mi vida. Luego dije, mirando a Eugenio:

—Aquí tengo fotocopias de un poema que escribió Juanjo. Si alguien lo quiere leer, puede sacar una cuando termine mi disertación —puse junto al computador la pila de copias que había preparado el día anterior, destacando cada una de las iniciales que formaban el nombre de Eugenio—. Este poema prueba que fuiste tú, Eugenio —recalqué, dirigiéndome a él—, quien lo atormentó. Que fueron tú, y tus amigos Camilo, Ignacio y Alberto, los

principales responsables de la muerte de Juanjo.

Eugenio se había puesto intensamente pálido; se tapó la boca con una mano y comenzó a dar chillidos lastimeros, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Sé que la vida en tu casa es un suplicio —continué, siempre dirigiéndome a él—, pero no debiste desquitarte con un chico que te sentía su amigo. Por muy mal que lo pases en tu casa, nada justifica lo que hiciste. Y ahora quiero que vean algo —esta vez me dirigí al inspector general, y apreté la tecla Intro en el computador de Milo. Comenzó entonces a exhibirse la película que mostraba la paliza que le habían dado a Juanjo—. Señor Bustos, esto le sucedía a Juan José en su colegio de tan excelso nivel académico y preocupación por la disciplina.

El inspector abrió los ojos, intentando captar mejor las imágenes. Mis compañeros comenzaron a hablar desordenadamente entre ellos: —Mira, es Chanchomán, pobre —murmuraban algunos, al tiempo que mamá se tapaba la cara y Milo, junto a Sofía, me miraban con la boca abierta.

Cuando la película de la paliza terminó, comenzó el episodio que habían grabado mis amigos el viernes anterior.

—¡Y escuche y mire bien, señor inspector! —dije, con una seguridad que a mí misma me sorprendía—. Ahora verá lo que me ha tocado a diario vivir aquí, y que fue lo que usted no quiso oír.

En la pantalla apareció Adolfo con sus amigos, sosteniéndome firmemente, mientras su líder me amenazaba. —El Bustos es más tonto que tú —se escuchó claramente, y el inspector clavó su mirada en mi acosador—. Cualquiera se puede caer de las escaleras —nuevamente la voz de Adolfo se dejó oír en medio de los comentarios de los reunidos en la sala, al tiempo que uno de los carabineros hacía anotaciones en su libreta. Por fin todos podían ver las imágenes indeliberables de mi sufrimiento.

En eso Adolfo, al verse descubierto en sus mentiras e hipocresía,

intentó salir de la sala. Quedaba claro que no había tomado parte en el trabajo de investigación que debimos hacer ambos. Pero la profesora de Sociedad lo retuvo justo cuando se aprestaba a cruzar la puerta.

—Chicos, quiero que estén seguros de algo y que lo graben muy bien en sus cabezas: nadie puede amenazarlos, nadie puede faltarles el respeto, atemorizarlos o violentarlos. Si están en problemas, cuéntenselos a sus papás, hablen con los profesores. Defendamos a nuestros compañeros maltratados, no callen. Y si nadie les cree, llamen al ciento cuarenta y siete, a la unidad de la policía que está para protegernos.

Mis compañeros se dieron vuelta a mirar a los policías, que aún permanecían en el fondo de la sala y asentían con sus cabezas.

—Para los que todavía no se han dado cuenta —dije, por último—, los carabineros están aquí, porque yo los llamé. Y todos nos podríamos haber ahorrado esto, si usted, señor Bustos, hubiera escuchado a sus alumnos.

Mamá se levantó de su asiento, se me acercó y me dio un abrazo.

—Eres valiente, chiquilla —me dijo, y salimos de la sala.

Miércoles 9 de julio

Estoy en casa. Mamá ha hablado hartito conmigo todos estos días, y entre las muchas cosas que dijo, me prometió que los tres (ella, el Nico y yo) iríamos a Dominicana en las vacaciones de invierno. Solo falta una semana para ello, y ya estoy ansiosa de ver a papá y a mis amigos, que he extrañado tanto.

No sé qué pasó con Adolfo, pero estoy segura de que ya no me molestará más, ni siquiera sé si lo volveré a ver. Tengo la esperanza de que no regresará de las vacaciones.

De Eugenio y su grupito tampoco he sabido más; solo espero que piense en lo que hizo y que pida ayuda para terminar con el infierno que tiene en casa.

A Sofía y a Milo los veré mañana, pues quedamos en juntarnos en casa de mi abuela, para comer las cositas ricas que nos prepara y jugar un rato con la Quiltri.

No he vuelto al cole después del evento del lunes; mamá no quiere que me exponga y yo le encuentro toda la razón (no es por floja).

Manolo, uf, creo que me gusta mucho, y, claro, él no me pesca, porque soy una cabra chica, lo entiendo. No creo que lo vuelva a ver; quizás en unos años más, cuando no se note tanto la diferencia de edad y pueda decirle que me trastorna.

Nota. Ya es tarde, me iré a dormir. Quiero descansar la cabeza, que aún siento abombada con tanta cosa, pues debo planear algo para que mis papás se reconcilien. Tiene que ser una idea extraordinaria, para que resulte en las dos semanas que durarán mis vacaciones en Dominicana.